

Prólogo

El patio de recreo era una algarabía. A sus escasos ocho años Mikhail llevaba ya dos en los Estados Unidos, y afortunadamente no temía ya que llamaran en cualquier momento a su puerta para llevarse a su padre, o que lo despertaran de repente una mañana en Ucrania para tener que escapar a Hungría, atravesar Austria y llegar finalmente a Nueva York. Algo que, a la luz del tiempo transcurrido, le parecía un sueño.

Vivía en Brooklyn, y eso estaba bien. Tenía la nacionalidad estadounidense, y eso estaba aún mejor. Con su hermana mayor y su hermano pequeño iba al colegio... y hablaban inglés la mayor parte del tiempo. Su hermanita pequeña, todavía bebé, había nacido allí, y por suerte nunca sabría lo que era temblar de frío escondida en un vagón de tren, esperando a que la descubrieran. O esperando alcanzar la libertad.

Había veces en que no pensaba en nada de eso.

Le gustaba levantarse por la mañana y mirar por la ventana de su dormitorio las casitas pequeñas que tanto se parecían a la suya. Le gustaba oler el desayuno que su madre preparaba en la cocina. Y oír silbar a su padre mientras se preparaba para salir a trabajar. Su padre tenía que trabajar mucho, y a veces volvía por las tardes muy cansado, pero siempre tenía una sonrisa en los ojos. Y por las noches siempre había comida caliente y risas en la mesa donde se sentaban a cenar.

El colegio no estaba tan mal, y estaba aprendiendo mucho. Excepto cuando sus profesores decían que tenía el defecto de soñar despierto con demasiada frecuencia.

-Mira. Las chicas están saltando a la comba -le comentó en aquel instante Alexi, su hermano pequeño, en el patio de recreo.

Ambos tenían el cabello oscuro y los ojos de un color castaño dorado. A sus años, no se preocupaban demasiado de las chicas. A no ser que fueran de la familia.

-Natasha -añadió Alex con una orgullosa sonrisa, refiriéndose a su hermana mayores la que mejor salta.

-Es que es una Stanislaski -comentó Mikhail, como si eso lo explicara todo.

Alexi asintió en silencio mientras escrutaba el patio de recreo. Le gustaba ver cómo se comportaba la gente, lo que hacía y no hacía. Fijó la mirada en los dos chicos que se encontraban en el otro extremo de la pista.

-A la salida del colegio tenemos que darles su merecido a esos dos. Willy y Charlie Braunstein.

-De acuerdo. ¿Por qué? -inquirió Mikhail.

-Porque Will dijo que éramos espías rusos y Charlie le rió la broma. Por eso.

-Ya -asintió Mikhail. Y los dos hermanos se miraron, sonriendo.

Volvían del colegio a casa con retraso. Mikhail llevaba el pantalón roto y Alexi el labio inferior partido, pero había valido la pena. Los hermanos Stanilaski habían salido victoriosos de la batalla.

-Charlie tiene un buen gancho -comentó Mikhail-. Cuando vuelvas a enfrentarte a él, tendrás que ser más rápido. Y además tiene los brazos más largos que tú.

-Pero ahora tiene un ojo morado -apuntó Alex con tono satisfecho.

-Sí. Cuando mañana vayamos al colegio... Oh-oh -se interrumpió de repente, atemorizado.

Nadia Stanilaski, su madre, los estaba esperando en la puerta de casa, con las manos en las caderas.

-Vaya. Creo que vamos a tener problemas... -musitó Alexi.

-Y que lo digas -repuso Mikhail.

Alexi ensayó la más beatífica de sus sonrisas, a pesar del dolor del labio. Pero Nadia seguía mirándolos con expresión ceñuda.

-¿Habéis vuelto a pelearos otra vez?

Como mayor de los dos, Mikhail dio un paso hacia delante.

-Solo un poquito.

-¿Entre vosotros?

-No, mamá -Alex le lanzó una esperanzada mirada-. Will Braunstein nos dijo que...

-No me interesa lo que os dijo Will Braunstein. ¿Soy yo acaso la madre de Will Braunstein?

Ante su tono enfadado, ambos bajaron la mirada al suelo, murmurando:

-No, mamá.

-No, claro. Soy vuestra madre. Y esto es lo que hago cuando mis hijos vuelven tarde del colegio y se pelean como vándalos...

Pero antes de que pudiera meterlos en la casa, escuchó un ruido traqueteante que solo podía provenir de la vieja camioneta de su marido, Yuri.

-¿Qué es lo que han hecho? -inquirió al contemplar la escena.

-Pelearse con los Braunstein. ¡Vamos dentro ahora mismo a llamar a la señora Braunstein para pedirle disculpas!

-¡Ay! ¡Uy! -protestó Mikhail cuando Nadia lo agarró de una oreja.

-Creo que esto podría esperar. Tengo algo que enseñaros... -anunció Yuri mientras bajaba del vehículo, sosteniendo un diminuto cachorro de perro-. Os presento a Sasha, vuestro nuevo hermanito.

Ambos niños gritaron de deleite y, una vez liberados, corrieron a acariciarlo. El perrito los lamió a su vez, agradecido, y Yuri se lo entregó solemnemente a Mikhail.

-Es para vosotros dos y para Tasha y Rachel. Cuidaréis de él, ¿entendido?

-Lo cuidaremos muy bien, papá -exclamó Alex-. ¡Dámelo, Mik! -exigió.

-Soy el mayor. A mi me lo dio papá primero.

-Hey, no os peleéis. Venga, enseñádselo a vuestras hermanas -pronunció Yuri, y los dos niños lo abrazaron emocionados.

-Gracias, papá -dijo Mikhail, y se volvió luego hacia su madre para darle un beso en la mejilla-. Ahora mismo llamamos a la señora Braunstein, mamá.

-Desde luego que la llamaréis -Nadia sacudió la cabeza mientras los dos niños entraban corriendo en la casa, llamando a gritos a sus hermanas-. Vándalos -pronunció, repitiendo la palabra que había aprendido recientemente de su vecina, Grace Macnamara, y que tan bien parecía sentarles a sus hijos.

-Bah. Es normal a su edad -comentó Yuri antes de levantar a su esposa en brazos, riendo a carcajadas-. Somos una familia americana -la bajó al suelo y, tomándola de la cintura, se dispuso a entrar en la casa-. Dime: ¿qué tenemos hoy para cenar?

1

No era una mujer paciente. Toleraba mal los retrasos y las excusas. En cuanto a las esperas, y en aquel momento estaba esperando, hacían descender varios grados la temperatura de su mal genio. Y, con Sydney Hayward, aquella furia helada era muchísimo peor que la rabia más ardiente. Una fría mirada o comentario suyo hacían temblar al más templado. Y ella lo sabía.

En aquel momento paseaba arriba y abajo por su despacho, en el décimo piso de un rascacielos del centro de Manhattan. Todo estaba en su lugar: documentos, archivos, agendas y libros de direcciones. Su escritorio de ébano con aplicaciones de bronce estaba perfectamente ordenado, con los bolígrafos y plumas colocados en hilera sobre su pulida superficie, los libros de notas cuidadosamente situados al lado del teléfono...

Su propia apariencia era un reflejo de la meticulosa precisión y fina elegancia del despacho: un traje de color beige perfectamente almidonado y planchado, que destacaba sus largas piernas; su sencillo collar de perlas, con los pendientes a juego y su reloj de oro, todo muy discreto pero a la vez exquisitamente selecto. Como correspondía a una Hayward.

Se había recogido el cabello, de color rojo cobrizo, con un broche dorado. Las diminutas pecas que salpicaban su rostro resultaban casi invisibles bajo una ligera capa de maquillaje. Sydney era consciente de que aquellas pecas la hacían parecer demasiado joven y vulnerable. A sus veintiocho años tenía una cara que expresaba a la perfección su origen. Pómulos resaltados, barbilla levemente apuntada, nariz recta y pequeña. Un rostro aristocrático, tan pálido como la porcelana, con una boca bien delineada y unos enormes ojos de color azul oscuro, en los que mucha gente creía ver tanta inocencia como vulnerabilidad.

Miró de nuevo su reloj, suspiró y se acercó a su escritorio. Antes de que pudiera levantar el teléfono, sonó el intercomunicador.

-¿Sí?

-Señorita Hayward, hay un hombre aquí que insiste en hablar con la persona que está al frente del proyecto Soho. Y su cita de las cuatro...

-Ya son las cuatro y media -la interrumpió Sydney, con tono rotundo-. Hágalo pasar.

-Sí, pero no se trata del señor Howington...

Así que Howington había mandado a un subordinado. El disgusto la hizo levantar aún más la barbilla.

-Hágalo pasar -repitió antes de desconectar el intercomunicador. Evidentemente habían pensado que un ejecutivo joven conseguiría aplacarla. Aspirando profundamente, se dispuso a matar al mensajero.

Por fortuna, años de entrenamiento la habían preparado para no cometer el descuido de abrir la boca de asombro cuando vio entrar a aquel hombre. Cuando lo vio entrar... no caminando, sino contoneándose, como un atractivo pirata avanzando por la cubierta de su barco. Su asombro inicial nada tuvo que ver con el hecho de que era terriblemente guapo. Tenía el cabello negro y rizado, recogido en una corta coleta, y un rostro de rasgos finos, atezado, con unos ojos casi tan negros como su pelo. La barba de varios días le daba una apariencia sombría, peligrosa.

Todavía peor era el hecho de que llevara aquella ropa de trabajo: unos viejos y desteñidos vaqueros, una camiseta sudada y unas gastadas y polvorientas botas. Sydney

pensó de inmediato que ni siquiera se habían molestado en enviarle a un joven ejecutivo, sino a un obrero que ni siquiera se había arreglado un poco antes de realizar la entrevista.

-¿Usted es Hayward? -inquirió con tono insolente y un ligero acento eslavo.

-Sí, y usted llega tarde.

-¿Ah, sí? -la miró con ojos entrecerrados, al otro lado del escritorio.

-Sí. Puede que le resultara útil llevar un reloj. Y aunque usted no valore su tiempo, yo sí que valoro el mío, señor...

-Stanislaski -deslizó los pulgares en las trabillas de los vaqueros, adoptando una pose inequívocamente arrogante-. Sydney es un nombre masculino.

-Obviamente se equivoca usted -arqueó una ceja.

La barrió lentamente con una mirada cargada de tanto interés como disgusto. Era tan apetecible como una tarta helada, pero no había dejado a medias su trabajo para tener que soportar a una mujer así.

-Obviamente. Yo creía que Hayward era un anciano de bigote blanco.

-Se refiere usted a mi abuelo.

-Ah. Entonces es a su abuelo a quien quiero ver.

-Eso no será posible, señor Stanislaski, ya que mi abuelo falleció hace cerca de dos meses.

La arrogancia de la mirada del recién llegado se tornó de pronto en compasión.

-Lo siento. Es muy duro perder a un familiar.

Sydney no sabía por qué, pero aquellas pocas palabras, pronunciadas por un desconocido, la conmovieron profundamente.

-Sí que lo es. Y ahora, si quiere tomar asiento, podremos hablar de negocios.

Fría, dura y tan distante como la luna, pensó Mikhail. Mejor así. Eso le impediría pensar en ella de una forma demasiado... personal. Al menos hasta que consiguiera lo que había ido a buscar.

-Le había enviado varias cartas a su abuelo -se sentó frente a su escritorio-.

Quizá la última se traspapelara con la lógica confusión generada por su fallecimiento...

-Toda su correspondencia me ha sido entregada -declaró Sydney, entrelazando las manos sobre la mesa-. Como ya sabrá usted, Empresas Hayward está considerando...

-¿Qué?

Sydney tuvo que dominar su irritación por haber sido interrumpida de aquella forma.

-¿Perdón?

-¿Qué está considerando su compañía?

Si hubiera estado sola, habría suspirado profundamente y cerrado los ojos. En lugar de ello, tamborileó con los dedos sobre la mesa.

-¿Qué posición tiene usted, señor Stanislaski?

-¿Posición?

-Sí, sí... ¿a qué se dedica?

La impaciencia de su tono lo hizo sonreír.

-¿Se refiere a lo que hago? Trabajo la madera.

-¿Es usted carpintero?

-A veces.

-A veces -repitió ella, y se recostó en su sillón-. Quizá pueda decirme por qué Construcciones Howington tiene la costumbre de enviar a obreros para que los representen en entrevistas como estas.

-Podría hacerlo, desde luego... si ellos me hubieran enviado, que no es el caso.

Sydney tardó unos segundos en darse cuenta de que no se estaba mostrando deliberadamente obtuso con ella.

-¿Usted no pertenece a Howington?

-No. Me llamo Mikhail Stanislaski, y vivo en uno de sus edificios. Si está pensando en contratar a Howington, yo que usted me lo pensaría dos veces. Una vez trabajé para ellos, pero cuidaban muy poco los detalles y ahorraban demasiado en material.

-Discúlpeme -Sydney pulsó el botón de su intercomunicador-. Janine, ¿le dijo el señor Stanislaski que representaba a Howington?

-Oh, no, señorita. Él solo quería una entrevista con usted. Hace unos diez minutos Howington llamó para reprogramar la cita. Si quiere...

-No importa -recostándose de nuevo en su sillón, miró al hombre que la miraba sonriendo levemente-. Al parecer se ha producido un malentendido...

-Si con eso quiere decir que ha cometido usted un error, sí. He venido para hablar con usted sobre su edificio de apartamentos del Soho.

A Sydney le entraron unas terribles ganas de pasarse las dos manos por el pelo, nerviosa.

-Así que ha venido a presentarme una queja como inquilino arrendatario.

-He venido a presentar una queja en nombre de muchos inquilinos arrendatarios -la corrigió.

-Debería saber que, para este tipo de asuntos, hay siempre un procedimiento establecido que...

-Usted es la dueña del edificio, ¿no? -arqueó una ceja.

-Sí, pero...

-Entonces es responsabilidad suya.

Sydney se tensó visiblemente.

-Soy perfectamente consciente de mis responsabilidades, señor Stanislaski. Y ahora, si me disculpa...

Mikhail se levantó, y ella también, inflexible.

-Su abuelo hizo unas promesas. Por honrar su memoria, usted debería cumplir con ellas.

-Lo que debería hacer -replicó con voz glacial- es ocuparme de mi negocio. Puede decirles a los demás inquilinos que Hayward está a punto de contratar a un constructor, porque es plenamente consciente de que buena parte de nuestras propiedades están necesitadas de reparación o restauración. A su debido tiempo nos ocuparemos de los apartamentos del Soho.

La expresión de Mikhail no cambió ante aquel desplante, al igual que el tono de su voz o su postura de tranquilo desafío.

-Estamos cansados de esperar. Queremos lo que se nos prometió, y lo queremos ahora.

-Si quiere enviarme una lista con sus demandas...

-Ya lo hemos hecho.

-Entonces yo misma revisaré los archivos esta tarde.

-Los archivos son los archivos, y la gente es la gente. Usted recibe cada mes el dinero del alquiler, pero no piensa para nada en la gente que tiene que pagárselo -apoyó las manos en el escritorio y se inclinó hacia ella-. ¿Ha visto alguna vez ese edificio, o a la gente que vive en él?

-Tengo mis informes.

-Informes -maldijo entre dientes-. Usted tiene sus contables y abogados que le sirven, y se queda aquí sentada, en este lujoso despacho, revolviendo papeles -hizo un gesto con la mano, abarcando despreciativamente la habitación-. Pero no sabe nada. No es usted quien pasa frío cuando se estropea la calefacción, o quien tiene que subir cinco pisos de escaleras cuando el ascensor está averiado. No le preocupa que el agua no salga caliente o que la instalación eléctrica sea tan vieja que pueda provocar un incendio.

Nadie le había hablado de esa manera. Nadie. El corazón se le había acelerado de pura indignación. Y eso la hacía olvidarse de que se estaba enfrentando a un hombre muy peligroso.

-Está equivocado. Yo me preocupo mucho por esas cosas. E intentaré remediarlas lo antes posible.

Un brillo de ira apareció en los ojos de Mikhail.

-Ya he escuchado esa promesa antes.

-Pues ahora es una promesa que yo le hago.

-Ya, y se supone que tenemos que confiar en usted. Usted, que tiene demasiada pereza o demasiado miedo para acercarse siquiera a examinar por sí misma sus propiedades.

Sydney se había quedado mortalmente pálida, el único signo visible de su furia.

-Ya he tenido que soportar bastantes insultos suyos por esta tarde, señor Stanislaski. Y ahora, o sale por su propio pie de este despacho o tendré que llamar a seguridad para que lo expulsen de aquí.

-Conozco el camino, gracias. Pero aún le diré una cosa más, señorita Sydney Hayward: o empieza a cumplir con esas promesas en el plazo de dos días, o la denunciaremos a las autoridades. Y recurriremos a la prensa.

Sydney esperó a que hubiera salido antes de sentarse de nuevo. Lentamente sacó de un cajón del escritorio una hoja en blanco y la rasgó en pedazos, metódicamente. Luego hizo lo mismo con otra hasta que, ya más tranquila, pulsó el botón del intercomunicador.

-Janine, tráeme todo lo que tengamos sobre el proyecto del Soho.

Una hora después, Sydney apartó los archivos e hizo dos llamadas. La primera fue para cancelar la cena que tenía programada para esa noche. La segunda fue para hablar con Lloyd Bingham, el ayudante de su abuelo, y ahora el suyo.

-Estaba a punto de salir -le dijo Lloyd nada más entrar en su despacho-. ¿Qué puedo hacer por ti?

Sydney le lanzó una rápida mirada. Era un hombre atractivo y ambicioso, aficionado a los trajes italianos y a la comida francesa. Todavía no había cumplido los cuarenta, se había divorciado dos veces y tenía mucho éxito con las mujeres de su selecto círculo. Sydney sabía que había trabajado muy duro para ganarse su actual posición en Hayward, y que había tomado las riendas del negocio ya durante la enfermedad de su abuelo, el año anterior.

Y también sabía de su resentimiento hacia ella porque estaba sentada en un despacho que, en su opinión, le pertenecía por derecho propio.

-Para empezar, podrías explicarme por qué no se ha hecho nada con los apartamentos del Soho.

-¿El edificio del Soho? -Lloyd extrajo un cigarrillo de su pitillera de oro-. Está en la agenda, ¿no?

-Lleva cerca de año y medio en la agenda. La primera carta que tenemos archivada, firmada por los arrendatarios, data de hace casi dos años y contiene una lista de veintisiete quejas específicas.

-Y también verás en el archivo que un cierto número de esas quejas fueron atendidas -respondió, soltando una bocanada de humo e instalándose cómodamente en una de las sillas.

-Ya, un cierto número... -repitió Sydney-... como las reparaciones del calefactor central. Los arrendatarios sostienen que es necesario uno nuevo.

-Bah, tú eres nueva en esto, Sydney. Con el tiempo ya irás descubriendo que los arrendatarios siempre quieren más y más. No se conforman con nada.

-Puede ser. Sin embargo, lo que no me parece muy rentable es reparar un calefactor que tiene treinta años para que se vuelva a estropear dos meses después -alzando un dedo antes de que él pudiera pronunciar una palabra, empezó a leer el informe que tenía sobre la mesa-. Hay más. Barandillas rotas en las escaleras, pintura que se cae, deficientes calentadores de agua, el ascensor estropeado... Puedo seguir, pero no me parece necesario. Tengo aquí una nota, que te pasó mi abuelo, encomendándote el mantenimiento del edificio.

-Y eso es lo que hice -replicó Lloyd, tenso-, dentro de mis posibilidades. Sabes muy bien que, debido a la enfermedad de tu abuelo, la empresa atravesó una seria crisis el año pasado. Y ese edificio de apartamentos solo es uno más de los varios que poseía.

-Tienes toda la razón -la voz de Sydney era tranquila, pero sin calor alguno-. Y sé también que tenemos una responsabilidad tanto legal como moral con nuestros arrendatarios, y eso es así tanto si el edificio está en el Soho o en Central Park West -cerró el informe y entrelazó las manos encima de la mesa-. No quiero competir contigo, Lloyd, pero pienso encargarme personalmente de este proyecto.

-¿Por qué?

-No estoy del todo segura -se permitió una leve sonrisa-. Digamos que quiero mojarme un poco los pies: he decidido que este sea mi proyecto estrella. Mientras tanto, me gustaría que echaras un vistazo a los informes de las empresas constructoras y me dieras algunos consejos -le entregó otra carpeta-. He incluido una lista de las propiedades, por orden de importancia. Nos reuniremos el próximo viernes a las diez.

-Muy bien -se levantó-. Sydney, no me gustaría que te lo tomaras a mal, pero una mujer que ha pasado la mayor parte de su vida viajando y comprándose ropa poco sabe de negocios, y mucho menos del arte de sacar beneficios.

Evidentemente se lo tomó a mal, pero nada más lejos de su intención que dárselo a entender.

-Entonces será mejor que aprenda cuanto antes, ¿no te parece? Buenas noches, Lloyd.

Hasta que Lloyd no hubo salido cerrando la puerta a su espalda, Sydney no se miró las manos: le estaban temblando. Él tenía toda la razón respecto a sus escasas aptitudes. Pero lo que no podía saber era la desesperación con que ansiaba aprender, probarse a sí misma y mantener y acrecentar lo que su abuelo le había legado. Así como tampoco podía imaginar el terror que sentía de no poder dejar bien alto el nombre de su familia. De nuevo.

Antes de que pudiera cambiar de idea, guardó la carpeta en su maletín y abandonó el despacho. Segundos después bajó en su ascensor privado hasta el vestíbulo, donde se despidió del vigilante antes de salir al exterior. La ola de calor la azotó como si hubiera recibido una bofetada. Aunque solo estaban a mediados de junio, Nueva York

estaba padeciendo unas temperaturas y unos niveles de humedad en constante ascenso. Por fortuna, solamente tenía que cruzar una calle para refugiarse en el coche que ya la esperaba, con el aire acondicionado puesto. Le dio la dirección al chofer y de inmediato partió rumbo al Soho.

El tráfico era muy denso, así que disponía de tiempo para pensar. No estaba muy segura de lo que iba a hacer cuando llegara allí. O en caso de que volviera a encontrarse con Mikhail Stanilaski. Le había causado una fuerte impresión: eso no podía negarlo. Aquella apariencia exótica, aquellos ojos ardientes, aquella completa falta de cortesía... Y lo peor era que el informe del edificio del Soho le había confirmado que tenía todo el derecho del mundo a mostrarse brusco e impaciente. Le había escrito carta tras carta durante el año anterior, solo para recibir a cambio falsas promesas.

Quizá si su abuelo no se hubiera obstinado tanto en esconder a la prensa y a la opinión pública su enfermedad... Frotándose las sienes, Sydney se arrepintió de no haberse tomado una aspirina antes de salir del despacho. En cualquier caso, tenía una responsabilidad que afrontar. Tenía intención de conservar su herencia y hacerse cargo de todas las responsabilidades que le correspondieran. Cerró los ojos y dormitó un poco mientras su chofer la llevaba al otro lado de la ciudad.

Ya en su apartamento, Mikhail se dedicó a labrar una pieza de madera de cerezo. No estaba seguro de por qué continuaba con aquella tarea. No tenía el corazón puesto en ella, pero le parecía más productivo hacer algo con las manos. Seguía pensando en aquella mujer, Sydney. Todo hielo y orgullo. Perteneciente a la clase aristocrática contra la que siempre se habían rebelado los de su sangre. Aunque su familia había emigrado a los Estados Unidos siendo él todavía niño, no tenía sentido negar aquella herencia. Sus antepasados habían sido gitanos de Ucrania, gente de sangre caliente, mucho genio y poco respeto hacia las autoridades establecidas.

Las virutas caían del banco de trabajo al suelo. Sus utensilios de trabajo ocupaban la mayor parte del espacio de su vivienda: tablas y bloques de madera, cuchillos, cinceles, buriles, escoplos, martillos, taladros, cepillos. La habitación olía a aceite de linaza, a sudor y a serrín. Se sentó a observar el trabajo realizado: todavía no estaba listo. Deslizó distraídamente los dedos por las vetas y nudos de la madera, mientras los ruidos del tráfico, la música y los gritos de la calle entraban por la ventana abierta, a su espalda.

Durante los dos últimos años había ganado dinero suficiente para haberse trasladado a otro barrio, pero le gustaba vivir allí, en aquel ruidoso vecindario, con la panadería de la esquina, el mercado cerca, las familias que en verano se sentaban por las noches a las puertas de sus casas. No necesitaba lujos. Lo único que necesitaba era un tejado sin goteras, una ducha con agua caliente y una nevera para conservar fría la cerveza y los refrescos. En aquel momento, por cierto, no tenía ninguna de esas tres cosas. Y todo ello se lo debía a la señorita Sydney Hayward. Alzó la mirada cuando alguien llamó tres veces a la puerta antes de entrar. Era su joven vecina del otro lado del pasillo, Keely O'Brian.

-¿Y bien? -le preguntó Mikhail, sonriendo.

-¡Lo he conseguido! -gritando de alegría, la joven corrió a abrazarlo, efusiva-. Ya lo tengo. Ya tengo el papel -y le plantó un sonoro beso en cada mejilla.

-Ya sabía yo que te lo darían. Sírvete una cerveza; esto hay que celebrarlo.

-Oh, Mik -se acercó a la pequeña nevera. Llevaba unos pantalones cortos de color verde neón, que resaltaban sus largas y bien torneadas piernas-. Me puse tan nerviosa antes de la prueba que me entró hipo, así que tuve que beberme por lo menos

dos litros de agua para que se me quitara -se quitó la gorra que llevaba antes de alzar su cerveza a modo de brindis-. Pero al fin lo conseguí. Probablemente me den un papel de quinta o sexta fila, pero por lo menos hasta el tercer episodio no tendré que morirme -tras tomar un sorbo, soltó un largo y aterrador chillido-. Esto es lo que tengo que hacer cuando el asesino en serie me acorrale en la avenida. Realmente creo que si me dieron el papel para la serie de televisión fue por este grito.

-Sin duda -a Mikhail le encantaba la espontaneidad y el desenfado de Keely. Tenía solo veintitrés años, un cuerpo de ensueño, unos vivaces ojos verdes y un corazón tan grande como el Gran Cañón del Colorado. Si desde el primer momento que la conoció no se hubiera sentido un poco como su hermano mayor, hacía tiempo que le habría sugerido que se acostara con él.

-Hey, ¿quieres que encarguemos una pizza, comida china o cualquier otra cosa? Yo tengo una pizza congelada, pero el horno se me ha vuelto a estropear.

-¿Sabes? Hoy he ido a ver a Hayward.

-¿En persona? ¿Cara a cara?

-Sí.

Impresionada, Keely se sentó en el alféizar de la ventana.

-Guau. ¿Y cómo es?

-Está muerto.

La joven se atragantó con la cerveza y lo miró con los ojos muy abiertos.

-¿Muerto? ¿No lo habrás...?

-¿Matado? -Mikhail sonrió de nuevo. Otra de las cosas que le encantaba de ella era su afición al dramatismo-. No, pero sí que pensé en asesinar a la nueva Hayward... su nieta.

-¿La nueva casera es una mujer? ¿Y cómo es?

-Tan hermosa como fría. Tiene el pelo rojo y la piel muy blanca. Unos ojos tan azules como el hielo de un lago congelado. Cuando habla, sus palabras forman carámbanos.

-La gente rica... -comentó Keely, esbozando una mueca-... puede permitirse ser fría.

-Le dije que disponía de dos días antes de que la denunciáramos a la administración.

Keely sonrió. Por mucho que admirara a Mikhail, tenía la sensación de que era un ingenuo en muchos aspectos.

-Buena suerte. Quizá deberíamos aceptar la propuesta de la señora Bayford: hacer una huelga de alquileres. Por supuesto, nos arriesgamos a un desahucio, pero... hey -se asomó por la ventana abierta-. Tendrías que ver ese cochazo... es como un Lincoln o algo así, con chofer y todo. Ha aparcado delante y está bajando una mujer -más fascinada que envidiosa, soltó un suspiro de admiración-. Es como una ejecutiva de película. Creo que acaba de aparecer tu princesa de hielo.

Sydney contempló el edificio. Era muy hermoso, como una mujer mayor que hubiera conservado su dignidad a la vez que el eco de una impresionante belleza. El ladrillo rojo brillante había degenerado en un rosa desvaído, con desconchados aquí y allá. La pintura se estaba cayendo, pero eso tenía fácil remedio. Sacó un bloc y empezó a tomar notas.

Era muy consciente de que los hombres que estaban sentados en el portal la estaban observando con curiosidad, pero los ignoró. Advirtió que era un lugar muy ruidoso. La mayor parte de las ventanas estaban abiertas, dejando pasar todo tipo de so-

nidos: televisiones, radios, bebés llorando, gente cantando... Los pequeños balcones estaban atestados de bicicletas, tiestos de flores, ropa tendida... Protegiéndose los ojos del sol, dejó vagar la mirada y frunció el ceño al reconocer a Mikhail asomado a una de las ventanas del piso superior... y muy cerca de una impresionante rubia, casi mejilla contra mejilla. Dado que llevaba el pecho desnudo y que la rubia lucía un diminuto top, Sydney llegó a la conclusión de que acababa de interrumpirlos en un momento delicado. Lo saludó con un frío y enérgico movimiento de cabeza antes de volver a concentrarse en sus notas.

Cuando se dirigió hacia la entrada, los hombres se hicieron a un lado para dejarla pasar. En el pequeño y oscuro vestíbulo reinaba un agobiante calor. El viejo suelo de madera estaba muy deteriorado y olía a moho. Examinó el ascensor, dubitativa. Alguien había colocado el siguiente letrero en la puerta: Abandone toda esperanza quien entre aquí. Curiosa, pulsó el botón de llamada y oyó un chirrido de ruedas y engranajes. Soltando otro suspiro de impaciencia, tomó la correspondiente nota. Se dijo que aquello era sencillamente deplorable. Aquel edificio debería haber sido denunciado, y la empresa Hayward comparecido ante un juez. Bueno, ahora ella era la representante de Hayward... De repente se abrieron las puertas del ascensor y apareció Mikhail.

-¿Ha venido a echar un vistazo a su imperio? -le preguntó.

Deliberadamente terminó de redactar sus notas antes de alzar la mirada hacia él. Al menos se había puesto una camisa...

-Creo que ya le dije que tenía intención de revisar el informe de nuestro archivo. Cuando terminé, se me ocurrió que lo mejor sería inspeccionar personalmente el edificio -miró al ascensor y luego a él-. Creo que es usted o muy valiente o muy estúpido, señor Stanislaski.

-Realista, más bien -la corrigió, encogiéndose de hombros-. Lo que tiene que pasar, pasa por fuerza, lo queramos o no.

-Quizá. Pero yo preferiría no usar este ascensor hasta que fuera reparado o sustituido por otro.

-¿Y lo será? -le preguntó, con las manos en los bolsillos.

-Sí, y lo antes posible. Creo que me mencionó en su carta que algunas de las barandillas de la escalera estaban rotas.

-Ya las he reparado yo.

-¿Usted? -inquirió Sydney, arqueando una ceja.

-Sí. En este edificio viven niños y gente mayor.

La rotunda sencillez de su respuesta la hizo avergonzarse.

-Entiendo. Dado que usted ha ostentado la representatividad de los inquilinos, quizá quiera mostrarme personalmente todo lo que se encuentre en tan mal estado.

Mientras subían las escaleras, Sydney advirtió que la barandilla estaba completamente nueva. En su bloc anotó que la había reparado uno de los inquilinos. Mikhail fue llamando a las puertas de los apartamentos. La gente lo saludaba con entusiasmo, y a ella con desconfianza. Le ofrecieron strudel, galletas caseras, goulash, alas de pollo... Y le expusieron sus quejas. Sydney pudo comprobar que las cartas de Mikhail no habían exagerado nada.

Para cuando llegaron al tercer piso, estaba empezando a marearse de calor. En el cuarto, rechazó unos espaguetis con albóndigas, preguntándose cómo podía comer alguien con aquel calor, y aceptó un vaso de agua. Anotó meticulosamente los desperfectos de las cañerías. Al llegar al quinto piso, ansiaba con verdadera desesperación una ducha bien fría y el bendito aire acondicionado de su apartamento.

Mikhail advirtió entonces que estaba acalorada, y pensó que no le haría daño a la reina comprobar en su propia carne las condiciones de vida de sus súbditos. Se preguntó extrañado por qué al menos no se había quitado la chaqueta del traje o desabrochado los botones superiores de su blusa.

No se sintió nada complacido por la ocurrencia de que habría disfrutado enormemente haciendo esas dos cosas en persona...

-Yo creía que algunos de los apartamentos tenían aire acondicionado.

-La instalación eléctrica no lo permite -le explicó él-. Cuando la gente lo conecta, salta el automático. Lo peor son los pasillos: no circula el aire. Y aquí arriba es donde hace más calor.

-No hace falta que lo jure.

-¿Por qué no se quita la chaqueta?

-¿Perdón?

-No sea tonta -empezó a despojarla de la chaqueta del traje.

-¡Quieto!

-Le repito que no sea tonta. Esto no es una sala de juntas.

Su contacto no era muy delicado, sino más bien absolutamente turbador. Ignorando sus protestas, Mikhail la hizo entrar en su apartamento.

-Señor Stanislaski, no estoy dispuesta a consentir que me manoseen.

-Dudo que la hayan manoseado una sola vez en toda su vida, alteza. ¿Qué hombre querría perecer congelado? Siéntese.

-No tengo ningún deseo de...

Por toda respuesta Mikhail la sentó en una silla y se dirigió luego a Keely, que se hallaba en la cocina.

-Por favor, trae un vaso de agua.

Sydney contuvo el aliento. Por suerte, el ventilador que había al lado de la silla estaba empezando a refrescarla.

-Es usted el hombre más grosero, maleducado e insufrible con el que he tenido la desgracia de toparme en toda mi vida.

Mikhail aceptó el vaso que le tendió su vecina, sintiéndose terriblemente tentado de arrojar su contenido contra el precioso rostro de Sydney. Pero en lugar de ello lo depositó en su mano.

-Beba.

-Hey, Mik, ten un poco de compasión -murmuró Keely-. Está asfixiada de calor. ¿Quiere tomar una ducha fría?

-No, gracias. Estoy bien.

-Yo soy Keely Brian, del apartamento 502.

-Su horno tampoco funciona -la informó Mikhail-. No tiene agua caliente. Y, además, tiene goteras.

-Solo cuando llueve -Keely intentó sonreír, pero no fue correspondida-. Bueno, ya me las arreglaré. Encantada de conocerla.

Cuando se quedaron solos, Sydney se bebió el vaso de agua fría a pequeños tragos. Mikhail no se había quejado de las condiciones de su propio apartamento, pero ya podía ver que el suelo de la cocina estaba en muy mal estado, y que su nevera era tan pequeña como anticuada. En cuanto a lo demás, simplemente no tenía energía suficiente para examinar nada. El comportamiento de Mikhail había sido inexcusable, pero aun así tenía razón y ella había estado equivocada.

-¿Quiere comer algo? -le preguntó Mikhail con tono poco amable, viendo cómo se iba recuperando poco a poco-. Podría prepararle un sándwich.

Sydney recordó entonces que supuestamente debería estar cenando en Le Cirque con el último «soltero conveniente y apropiado» que su madre había elegido para ella.

-No, gracias. Supongo que no tendrá una opinión muy buena de mí, ¿verdad?

-Bueno, al menos tengo una -se encogió de hombros en lo que parecía ser un gesto suyo muy característico.

-¿Dijo usted que era carpintero?

-A veces trabajo de carpintero.

-¿Tiene licencia?

-Sí, licencia de obras. Para hacer reparaciones, restauraciones...

-Entonces podría hacer una lista de los otros profesionales con los que ha trabajado, ¿no? Ya sabe: electricistas, fontaneros...

-Sí.

-Estupendo. Prepáreme un presupuesto general para una reparación completa, con pintura, reparación de suelos, techos, etc. Y déjelo dentro de una semana sobre la mesa de mi despacho -se levantó de la silla, recogiendo su arrugada chaqueta.

-¿Y luego?

-Luego, señor Stanislaski -lo miró con expresión tranquila-, pagaré todo lo que haga falta pagar. Está usted contratado.

2

-Mamá, de verdad que no tengo tiempo para esto.

-Sydney, querida, siempre se tiene tiempo para tomar un té -mientras hablaba, Margerite Rothschild Hayward Kinsdale La Rué sirvió el té en una exquisita taza de porcelana china-. Me temo que te estás tomando demasiado en serio ese negocio inmobiliario.

-Tal vez sea porque yo estoy al frente -musitó Sydney, irónica, sin levantar la vista de los papeles que tenía en el escritorio de su despacho.

-No entiendo en qué podía estar pensando tu abuelo. Bueno, siempre fue un hombre muy poco común -suspiró-. Vamos, querida, tómame esta taza con uno de estos deliciosos sandwiches. Incluso una señora ejecutiva como tú necesita comer un poco.

-De acuerdo, gracias -Sydney cedió al fin-. Lo que pasa es que hoy estoy algo justa de tiempo...

-Todo este absurdo de la compañía... -empezó Margerite cuando Sydney se sentó a su lado-. No sé por qué te tomas tantas molestias. Sería mucho más sencillo contratar a un administrador o lo que fuera. Me doy cuenta de que por un rato puede resultar divertido, pero tú convertida en una ejecutiva... Bueno, me parece un sinsentido.

-¿Ah, sí? -murmuró Sydney-. Tal vez se me dé bien y sorprenda a todo el mundo.

-Oh, estoy segura de que serías maravillosa en cualquier cosa que te propusieras, querida -puso una mano sobre la suya, ensimismada en sus pensamientos. Aquella niña había tenido siempre tan pocos problemas en su vida... Margerite no tenía ni la más remota idea de cómo interpretar aquel súbito y, estaba segura de ello, provisional conato de rebelión-. Me alegré muchísimo cuando el abuelo Hayward te legó todos esos magníficos edificios, es verdad, pero... bueno, que una mujer se ponga a manejar este tipo de negocios no me parece muy femenino que digamos. Un hombre puede sentirse un tanto intimidado ante una mujer demasiado activa e inteligente...

-Las ambiciones de una mujer no tienen por qué centrarse exclusivamente en un hombre.

-Oh, no seas tonta -soltando una cantarina carcajada, Margerite le palmeó cariñosamente la mano-. Una mujer no puede estar demasiado tiempo sin marido. No debes sentirte descorazonada porque tu relación con Peter no haya funcionado. Los matrimonios primerizos a menudo no sirven más que como un ensayo, una prueba...

Dominándose, Sydney dejó la taza sobre el plato con exquisito cuidado.

-¿Es así como calificas tu matrimonio con papá? ¿Una prueba?

-Ambos aprendimos muchas cosas de nuestro matrimonio, estoy convencida de ello -confiada y satisfecha, lanzó una radiante sonrisa a su hija-. Y ahora, querida, hálame de la tarde que pasaste con Channing. ¿Cómo fue?

-Agobiante.

-Sydney, por favor... -los azules ojos de Margerite reflejaron un repentino disgusto.

-Tú me has preguntado -para darse coraje, volvió a levantar la taza de té. ¿Por qué siempre se sentía tan... inadecuada cuando hablaba con la mujer que le había dado el ser?-. Lo siento, mamá, pero sencillamente no congeniamos bien.

-Absurdo. Channing Warfield es un hombre rico e inteligente, y procede de una muy buena familia.

-Como Peter.

Margerite dejó su taza sobre el plato con cierta brusquedad.

-Sydney, no puedes comparar a todos los hombres que vayas conociendo con Peter.

-Yo no los comparo -puso una mano sobre la de su madre. Había un vínculo entre ellas; tenía que haberlo. ¿Pero por qué siempre tenía la sensación de que ese vínculo se le escapaba entre los dedos?-. Sinceramente, no pretendo comparar a Channing con nadie. La cosa es muy sencilla: lo encuentro aburrido, rebuscado y pretencioso. Además, en este momento de mi vida no me interesan demasiado los hombres, mamá. Quiero encontrarme a mí misma.

-Encontrarte a ti misma -repitió Margerite, más sorprendida que irritada-. Tú eres una Hayward, así que no tienes ninguna necesidad de eso. Por el amor de Dios, Sydney, llevas ya cuatro años divorciada de Peter. Ya es hora de que encuentres un marido adecuado. Tú ocupas un lugar relevante en la sociedad, Sydney, y tienes una responsabilidad para con tu apellido.

-Ya. Siempre me has dicho eso -Sydney hizo a un lado su té. Otra vez volvía a padecer aquella familiar opresión en el estómago.

-Si Channing no te satisface, ya habrá otros. Pero de verdad que creo que no deberías rechazarlos con tanto apresuramiento. Si yo tuviera veinte años menos... -de repente miró su reloj-. Vaya, se me está haciendo tarde para ir a la peluquería. Y antes tengo que empolvarme un poco la nariz.

Cuando Margerite entró en el cuarto de baño del despacho, Sydney echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. ¿Qué iba a hacer con ese sentimiento de culpa y de ineptitud que siempre la rondaba? ¿Cómo podía explicárselo a su madre cuando ni siquiera era capaz de explicárselo a sí misma? Se levantó para volver a su escritorio. No podía convencer a su madre de que las pocas ganas que tenía de comprometerse con un hombre no tenían nada que ver con Peter, porque eso sencillamente era... mentira. Peter y ella habían crecido juntos, habían sido amigos inseparables, se habían querido mucho. Pero no se habían enamorado. Las presiones familiares los habían empujado hacia el altar cuando todavía habían sido demasiado jóvenes para darse cuenta del error. Y luego habían pasado cerca de dos años luchando en vano para que su matrimonio funcionase.

Lo peor de todo no era el divorcio, sino el hecho de que cuando finalmente se separaron, dejaron ya de ser amigos. Y si no había podido conservar la amistad con alguien a quien tanto había querido, con quien tantas cosas había tenido en común, entonces la culpa era suya y solamente suya. Así que lo único que quería ahora era responder a la confianza que su abuelo había depositado en ella. Era como si le hubiesen presentado en bandeja un tipo diferente de responsabilidad, otra clase de desafío. Y, en esa ocasión, ya sí que no podía permitirse fallar.

De pronto sonó el timbre del intercomunicador. Con gesto cansado, pulsó el botón.

-¿Sí, Janine?

-El señor Stanislaki está aquí, señorita Hayward. No había concertado cita previa, pero dice tener unos papeles que usted estaba interesada en ver.

«Un día bien intenso», reflexionó Sydney, cuadrando los hombros.

-Hazlo pasar.

Lo primero que pensó al verlo fue que al menos se había afeitado, no como la primera vez que lo vio. Por lo demás, llevaba unos viejos vaqueros llenos de agujeros. Nada más cerrar la puerta, Mikhail le lanzó una larga y escrutadora mirada. De hecho,

ambos se miraron como dos boxeadores desde sus esquinas respectivas. Sydney parecía tan rígida y remilgada como antes, con uno de sus impecables trajes de ejecutiva, en esa ocasión de color gris claro. Al ver la bandeja con el té y los sandwiches, el recién llegado preguntó:

-¿He interrumpido su comida, señorita Hayward?

-Oh, no, para nada -no se molestó en levantarse ni sonreír-. ¿Tiene ya el presupuesto, señor Stanislaski?

-Trabaja usted rápido,

-Sí -sonrió. Reconoció un aroma, o más bien una mezcla de dos diferentes. Uno muy sutil y otro más penetrante-. ¿Tiene compañía?

-¿Por qué lo pregunta?

-Detecto un perfume aquí que no es el suyo -respondió antes de entregarle los papeles que llevaba-. Tome. El primer documento recoge lo que es necesario hacer. El segundo lo que sería aconsejable.

-Entiendo -podía percibir la energía que emanaba su cuerpo. Por algún motivo que no acertaba a comprender, le resultaba reconfortante, tranquilizadora-. ¿Van incluidas las estimaciones de los subcontratistas?

-Sí -mientras ella examinaba los papeles, Mikhail tomó uno de los sandwiches y se lo acercó a la nariz-. ¿De qué es?

-De berro.

Con un gruñido de disgusto, lo volvió a dejar en el plato.

-¿Le gusta a usted?

Sydney alzó nuevamente la mirada hacia él, y en esa ocasión sonrió.

-Buena pregunta.

Mikhail pensó que no debería haber sonreído. Cuando sonreía, se transformaba. Le brillaban los ojos, se suavizaba su boca y su belleza se tornaba, en vez de distante, accesible. Y eso lo hacía olvidarse de que no estaba en absoluto interesado por ese tipo de mujer.

-Entonces le haré otra pregunta: ¿por qué se viste con esos colores tan desvaídos? Gris claro, beige... cuando le sentarían mucho mejor colores vivos, llamativos. Como azul zafiro o verde esmeralda.

Se lo quedó mirando asombrada. Por lo que podía recordar, jamás nadie había cuestionado sus gustos. Y se tenía por una persona elegante.

-¿Es usted carpintero o asesor de moda, señor Stanislaski?

-Solo soy un hombre. ¿Esto es té? -levantó una taza y se la acercó a la nariz, como antes había hecho con el sándwich-. ¿No tendrá algo más frío?

Sacudiendo la cabeza, Sydney pulsó el botón del intercomunicador.

-Janine, trae un refresco para el señor Stanislaski, por favor -se aclaró la garganta y volvió a concentrarse en los papeles-. Veo que es bastante diferente la lista de lo que se debe hacer y la de lo que es aconsejable.

-Porque hay más cosas que sería aconsejable hacer de las que ineludiblemente se deben hacer. Es como en la vida.

-Vaya, ahora se las da usted de filósofo. Empezaremos con la primera lista, y quizá incorporemos algo de la otra. Si trabajamos rápido, podríamos tener firmado un contrato para finales de esta semana.

-Usted también trabaja rápido.

-Cuando es necesario, sí. Y ahora, en primer lugar, me gustaría que me explicara por qué debo cambiar todas las ventanas.

-Porque solo tienen un cristal y no protegen bien del frío.

-Sí, pero...

-Sydney, querida... ¡oh! -Margerite salió en aquel momento del cuarto de baño-. Discúlpeme. Ya veo que están en una reunión. ¿Cómo está usted? -se dirigió a Mikhail con tono cortés, complacida de que se hubiera levantado al verla.

-Usted es la madre de Sydney, ¿no? -inquirió antes de que Sydney pudiera despedir a Margerite.

-Bueno, sí -sonrió, reservada. No aprobaba la familiaridad con la que ese hombre parecía referirse a su hija. Sobre todo cuando llevaba esas botas tan sucias-. ¿Cómo lo ha sabido?

-La auténtica belleza gana con la madurez.

-Oh -exclamó Margerite, halagada-. Qué amable es usted...

-Mamá, perdona, pero el señor Stanilaski y yo tenemos que hablar de negocios.

-Claro, claro -Margerite se acercó para darle un beso en la mejilla-. Ya me voy corriendo. No te olvidarás de que hemos quedado para cenar la semana que viene, ¿verdad? Bueno, encantada de conocerlo, señor Stanislaski... -se volvió hacia Mikhail-. Espere, su apellido me resulta familiar... ¡Oh, vaya! -se llevó una mano al corazón-. ¿No será usted Mikhail Stanislaski?

-Sí. ¿Nos conocemos?

-Oh, no nos conocemos, pero vi su foto en la revista Arte y Mundo. Es usted un verdadero maestro -emocionada, y bajo la atónita mirada de su hija, rodeó el escritorio para tomarle las manos entre las suyas. De pronto su coleta parecía haberse transformado en un detalle curioso, y sus viejos vaqueros en una agradable excentricidad-. Su trabajo, señor Stanislaski, es sencillamente... inigualable. En su última exposición tuve la fortuna de adquirir dos obras suyas. No puedo describirle con palabras lo contenta que estoy de haberlo conocido...

-Me halaga usted. Y me temo que exagera un poco.

-Oh, no -insistió Margerite-. Usted es uno de los artistas más importantes de esta década -de pronto se volvió hacia su hija, que parecía haber perdido el habla-. Y tú lo has contratado. Te felicito, querida.

-Soy yo el que está encantado -repuso Mikhail -de trabajar para su hija.

-Es maravilloso -Margerite le dio un apretón final-. Tiene que asistir a la pequeña cena que he organizado el viernes, en Long Island. Por favor, no vaya a decirme que tiene algún compromiso para esa noche... porque me sentiría literalmente devastada.

-Jamás me haría responsable de «devastar» a una mujer tan hermosa -repuso Mikhail, haciendo gala de la más sutil de las ironías.

-Fabuloso. Sydney se encargará de acompañarlo. A las ocho. Bueno, y ahora me temo que debo irme -después de atusarse un poco el pelo, se despidió de Sydney y salió justo cuando entraba Janine con un refresco.

Mikhail aceptó agradecido el refresco y volvió a sentarse.

-¿Y bien? Me estaba hablando de las ventanas...

Sydney tuvo que esforzarse para no cerrar los puños, irritada.

-Usted me dijo que era carpintero.

-Y a veces lo soy -tomó un largo sorbo de su bebida-. Y otras veces tallo y labro la madera en vez de cortarla.

Sydney pensó que si aquel hombre había querido ponerla en ridículo, algo que probablemente había conseguido, no estaba dispuesta a consentir que sucediera una segunda vez.

-He pasado los dos últimos años en Europa, así que he estado un poquito descolgada del arte que actualmente se hace en los Estados Unidos.

-No tiene por qué disculparse de nada.

-Yo no me estoy disculpando -tuvo que obligarse a adoptar un tono de voz más tranquilo-. Me gustaría saber qué tipo de juego está jugando conmigo, Stanislaski.

-Usted me ofreció trabajo, en un empleo que revestía cierto valor para mí. Y yo lo he aceptado.

-Me mintió.

-¿Cómo? Tengo licencia de obras, ya se lo dije. Desde que tenía dieciséis años me he ganado la vida en la construcción. ¿Qué diferencia puede suponer para usted que la gente compre ahora mis esculturas?

-Ninguna -volvió a examinar el presupuesto. Pensó que probablemente esculpiría obras primitivas, feas. Aquel hombre era demasiado brusco y grosero para ser un verdadero artista. Lo único importante era que podía hacer el trabajo para el que lo había contratado-. De acuerdo. Su contrato estará listo para que lo firme el viernes.

-Bien -se levantó-. Llévelo consigo cuando pase por mi casa a buscarme. A eso de las siete.

-¿Cómo?

-La cena en casa de su madre, ¿es que ya se ha olvidado?

Se inclinó hacia ella. Por un estremecedor instante, Sydney pensó que iba a besarla y se quedó tan rígida como un palo, pero Mikhail se limitó a tirarle delicadamente de la solapa de la chaqueta.

-Ah, y vístase con colores más llamativos -añadió.

Sydney echó hacia atrás el sillón y se levantó como un resorte.

-No tengo ninguna intención de llevarlo a cenar a casa de mi madre.

-Me temo que no va a poder evitarlo.

-Me niego -se plantó, alzando la barbilla.

-¿Qué diablos le pasa? -sin dejar de mirarla a los ojos, rodeó el escritorio hasta que quedaron frente a frente-. Una mujer como usted no puede ser tan descortés a no ser que tenga una buena razón para ello.

-El disgusto que siento por usted es razón suficiente.

Sonriendo, Mikhail se puso a jugar con las perlas de su collar.

-No. Los aristócratas son gente previsible, Hayward. A usted la enseñaron a tolerar a la gente que le disgusta.

-No me toque.

-La estoy haciendo ruborizar -riendo, le soltó el collar. Su piel, estaba seguro de ello, debía de ser tan fina y suave como aquellas perlas-. Vamos, Sydney, ¿qué le dirá a su encantadora madre cuando se presente en la cena sin mí? ¿Cómo le explicará que se negó a llevarme? -podía ver en sus ojos cómo su orgullo luchaba contra la educación que había recibido, y se echó a reír-. Aja. Atrapada por su propio ambiente -murmuró-. El viernes a las siete.

-Señor Stanislaski -le dijo Sydney cuando él ya se dirigía hacia la puerta. En el momento en que se volvió, le lanzó la más fría de sus sonrisas-. Intente encontrar en su armario alguna ropa sin agujeros.

Pudo oírlo reír mientras caminaba por el pasillo.

Se vistió deliberadamente de negro. Bajo ninguna circunstancia le dejaría saber a Mikhail Stanislaski que había intentado sin éxito encontrar algo con colores vivos en su guardarropa, tal y como él le había sugerido. Al final se puso un vestido negro, ajustado,

apropiado para la ocasión y a la moda. Siguiendo un impulso, se había soltado la melena... solamente, desde luego, porque se había cansado de llevarla siempre recogida.

Antes de llamar a su puerta, pudo oír la música que tenía puesta. La sorprendió descubrir que se trataba de un aria de la ópera Carmen. Le abrió la misma rubia que vio en el apartamento de Mikhail la primera vez que lo visitó, vestida ahora con una breve camiseta y unos pantalones cortos aún más diminutos.

-Hola -Keely terminó de masticar el hielo que tenía en la boca y se lo tragó-. Acababa de pedirle a Mik una bandeja con hielo... porque mi nevera lleva varios días estropeada -sonrió, algo avergonzada por el contraste de su aspecto con el de Sydney-. Ya me iba ahora mismo. ¡Hey, Mik, ha venido tu pareja!

Sydney esbozó una mueca al oír el término «pareja».

-No hay necesidad de que se vaya tan rápido...

-Ya conoce el viejo dicho: dos son compañía y tres son multitud -repuso Keely, saliendo ya del apartamento.

-¿Me has llamado? -Mikhail salió del que parecía único dormitorio del apartamento... vestido únicamente con una pequeñísima toalla atada a la cintura. La otra la estaba usando para secarse el pelo. Al ver a Sydney se detuvo en seco, y un brillo de diversión apareció en sus ojos mientras contemplaba su vestido negro-. Me temo que se me ha hecho tarde -declaró sencillamente, sonriendo.

Sydney se alegró de que no se le abriera la boca de puro asombro. Su cuerpo era todo músculo, con una maravillosa tez bronceada salpicada de diminutas gotas de humedad. Como si estuviera hipnotizada, su mirada se vio atraída por una gota de agua que se deslizaba por su pecho y rodaba por su estómago hasta desaparecer bajo la toalla... De repente, la temperatura de la habitación había aumentado varios grados.

-Usted... -se interrumpió, y tuvo que recordarse que sabía y podía hablar con coherencia... en cuanto se recuperara-. Habíamos quedado que a las siete pasaría a buscarlo.

-He estado ocupado -Mikhail se encogió de hombros. La toalla se desplazó unos centímetros, y ella tragó saliva, nerviosa-. No tardaré. Sírvasse una bebida -volvió a sonreír-. Vaya -resultaba evidente que había descubierto su reacción, y que además parecía complacerlo mucho-. Parece usted... acalorada, Sydney -dio un paso hacia delante, observándola con detenimiento, y sin dejar de mirarla a los ojos encendió un pequeño ventilador-. Esto le vendrá bien.

Sydney asintió. Y se obligó a dominarse ya que seguía viendo aquel brillo divertido en su mirada.

-Sus contratos -dejó la carpeta encima de la mesa.

-Ya los firmaré más tarde -repuso, sin dignarse a mirar los documentos.

-De acuerdo. Creo que será mejor que se vista -tuvo que tragarse otro nudo en la garganta cuando Mikhail le sonrió-. Se nos va a hacer tarde.

-Tiene razón. En la nevera hay bebidas frías -se volvió al dormitorio-. Siéntase como si estuviera en su casa.

Una vez sola, tuvo que respirar profundamente varias veces para tranquilizarse. Se dedicó a contemplar la habitación. Había todo tipo de piezas de madera, pequeñas y grandes, herramientas, tarros con pinceles, un largo banco de trabajo debajo de la ventana. Deslizó los dedos por una pieza de madera de cerezo surcada de vetas y nudos. Rudo y primitivo, tal y como había pensado. En cierta forma, la consoló ver confirmada su suposición de que carecía de talento. Evidentemente se trataba de un rufián que se había aventurado por los terrenos del arte moderno.

Pero luego se volvió y vio los estantes, donde se hallaban sus obras terminadas. Largas columnas de madera, bellamente trabajadas. El perfil tallado de una mujer de

melenas largas y flotantes, el relieve de un niño riendo, unos amantes besándose tentativamente... No pudo evitar tocarlas. Sus obras eran tan apasionadas como delicadas. Exquisitas. Fascinada, se agachó para contemplar de cerca las obras que tenía en el estante más bajo. ¿Sería posible que un hombre de modales tan bruscos y groseros poseyera la sensibilidad necesaria para crear aquellas bellezas a partir de simples trozos de madera?

La encantó especialmente la miniatura de una madre canguro con su cría en la bolsa, tan suave y fina como puro cristal. O la que representaba a Cenicienta, vestida para el baile y con un pie descalzo. Por un instante Sydney creyó ver el brillo de unas lágrimas en sus ojos pintados...

-¿Le gusta?

Dio un respingo y se levantó como un resorte, todavía con la figurilla en la mano.

-Sí... lo lamento.

-No tiene por qué lamentar que le guste -ya vestido, Mikhail apoyó una cadera en el banco de trabajo. Se había peinado hacia atrás, y la corta melena negra le caía hasta los hombros.

Ruborizada, Sydney volvió a colocar la miniatura en el estante.

-Solo quería disculparme por haber tocado su trabajo.

Una sonrisa asomó a los labios de Mikhail. Lo fascinaba el brusco cambio que había visto en sus ojos: de expresar el más puro deleite se habían tornado fríos, glaciales.

-Siempre es mejor tocar algo que examinarlo a distancia, admirándolo solo con los ojos. ¿No le parece?

Resultaba imposible ignorar la implicación sugerida por el tono de su voz, por su mirada.

-Bueno, eso depende.

-¿De qué? -se levantó, acercándosele.

Sydney no volvió a ruborizarse, ni retrocedió.

-De si a ese alguien le gusta o no que lo toquen.

-Yo creía que estábamos hablando de esculturas -sonrió.

-Así es. Bueno, se nos está haciendo tarde. Si ya está usted listo, señor Stanislaski...

-Mikhail -extendió una mano para tocar con un dedo uno de sus pendientes de zafiro-. Será mejor que nos tuteemos -antes de que pudiera replicar algo, la cautivó con la mirada-. ¿Sabes? Hueles a un jardín inglés a la hora del té -murmuró-. Un aroma refrescante, seductor. Y, al mismo tiempo, con un toque formal.

Hacía demasiado calor, se dijo Sydney. Hacía demasiado calor y disponía de poco espacio para moverse. Era por eso por lo que le resultaba tan difícil respirar. Aquello no tenía nada que ver con él. O, mejor dicho, no estaba dispuesta a permitir que pudiera tener algo que ver con él.

-Me estás bloqueando el paso.

-Lo sé -y por razones que ni él mismo acertaba a comprender, estaba decidido a quedarse donde estaba-. Estás acostumbrada a que la gente se aparte de tu paso a una sola orden tuya.

-No sé qué tiene eso que ver con...

-Solo era una observación -la interrumpió mientras se ponía a jugar con las puntas de su cabello. Su textura era tan deliciosa en matices como su color-. Una

observación de artista. Ya irás descubriendo que no toda la gente se aparta con la misma facilidad y rapidez -oyéndola contener el aliento, le alzó suavemente la barbilla. Había tenido razón en cuanto a su piel: era fina y suave como una perla. Con toda tranquilidad, le ladeó la cabeza a un lado y a otro-. Casi perfecta -concluyó-. Es decir, mejor que perfecta.

-¿Perdón?

-Que tienes los ojos demasiado grandes, y la boca un poquito mayor de lo normal.

Indignada, le retiró la mano de un manotazo. La avergonzaba e irritaba a la vez el hecho de que hubiera estado esperando un cumplido.

-Ni mis ojos ni mi boca son de tu interés.

-Pues claro que sí -la corrigió-. Te estoy haciendo la cara.

-¿Que estás haciendo qué?

-Te estoy haciendo la cara. Imaginando cómo te esculpiré en madera. Palisandro, me parece. Sí, con el pelo cayendo de esta forma...

-Si me estás pidiendo que haga de modelo para ti -tuvo que retirarle la mano de nuevo-, me temo que no estoy interesada.

-No me importa si lo estás o no. Yo sí -la tomó del brazo para conducirla hacia la puerta.

-Si crees que voy a sentirme halagada...

-¿Por qué habría de creer eso? -abrió la puerta pero no salió, sino que se la quedó mirando con aparente curiosidad-. Tú naciste con este rostro. No tuviste que ganártelo. Solo si yo te dijera que cantas o que bailas bien... o besas bien, podrías sentirte halagada -por fin la hizo salir fuera del apartamento-. ¿Y bien? ¿Lo haces?

-¿Que si hago qué?

-Besar bien.

Arqueando las cejas, Sydney le lanzó una mirada glacial.

-El día que lo descubras, serás tú el que se sienta halagado -y empezó a caminar hacia el pasillo.

Mikhail apenas la tocó: estaba casi segura de ello. Pero en tan solo una fracción de segundo se encontró acorralada contra la pared y encerrada dentro del círculo de sus brazos. Y se sintió más atemorizada y sorprendida que insultada por su reacción.

Consciente de lo que estaba haciendo, Mikhail la miraba fijamente con su boca a solo unos centímetros de la suya. Era consciente de lo mucho que la deseaba. Sonrió.

-Yo creo -pronunció lentamente, saboreando las palabras- que aún tienes que aprender a besar bien. Tienes la boca adecuada para ello -bajó la mirada hasta posarla en sus labios. No la movió de allí-. Pero un hombre tendría que ser muy paciente para calentar antes esa sangre que te corre por las venas. Y es una pena que yo no sea tan paciente.

-Y yo creo -repuso ella, remedando su tono -que tú probablemente besarás muy bien. Pero que una mujer tendría que ser demasiado tolerante para no hacer pedazos ese inmenso ego tuyo. Por fortuna, yo no soy tan tolerante.

Por un instante Mikhail se quedó donde estaba, lo suficientemente cerca como para poner a prueba ambas teorías. Luego una sonrisa asomó a sus labios, iluminando su rostro. Sí, podría enfrentarse a ella. Cuando estuviera preparado.

-Pero un hombre puede aprender a ser paciente, milaya, y seducir a una mujer para que se muestre más tolerante.

Se apretaba contra la pared, pero como un gato acorralado en una esquina, en cualquier momento estaba dispuesto a morder y arañar. Mikhail se limitó a retroceder un paso y a ofrecerle su hombro.

-¿Nos vamos ya?

-Desde luego -no sabiendo muy bien si sentirse aliviada o decepcionada, bajó con él las escaleras.

3

Margerite había hecho uso de todos sus recursos. Sabía que daría un buen golpe de efecto invitando a un artista tan joven y misterioso como Stanislaski a la cena. Como un general dirigiendo una batalla, había inspeccionado personalmente los arreglos florales, las cocinas, el comedor y las terrazas. Los encargados del catering no tardaron en maldecirla por ello, pero ella quedó satisfecha.

Aunque no estuvo nada satisfecha cuando su hija, que tenía que aparecer del brazo de su más importante invitado, empezó a retrasarse.

Sonriendo sin cesar, atendía solícita a todos sus invitados. Entre ellos había políticos, gente del teatro, empresarios. Pero el artista ucraniano era como el broche de oro de aquella fiesta, así que ardía ya de ganas de presentarlo. Y, recordando su apariencia tan sensual, también de flirtear con él...

En el preciso instante en que lo vio, no pudo contenerse más.

-¡Señor Stanislaski, qué alegría verlo! -exclamó después de lanzar una severa mirada a su hija.

-Lláname Mikhail, por favor -como conocía el juego y lo jugaba a su capricho, le tomó una mano para llevársela a los labios con un gesto discretamente apasionado-. Tendrás que perdonarme por haber llegado tan tarde. La verdad es que he hecho esperar a tu hija...

-Oh -se ruborizó-. Estás perdonado. Por esta vez, claro, Y ahora, permíteme que te presente a unas cuantas personas, Mikhail -lo tomó del brazo-. Con tu permiso, Sydney.

Por encima del hombro, Mikhail lanzó a su pareja una divertida y maliciosa mirada mientras Margerite se lo llevaba. Se movía con gran facilidad en aquel ambiente tan selecto, casi como si estuviera en su barrio de Brooklyn. Lo que nadie podía suponer era que habría preferido mil veces estar con sus amigos tomando cerveza, o café en la cocina de la casa de su madre. Y mientras tomaba champán, contestaba preguntas y opinaba sobre la colección de arte de su anfitriona... no cesaba de observar a Sydney.

«Extraño», pensó. Habría pensado que la exquisita elegancia de aquella mansión de Long Island habría sido el perfecto escenario para ella. Pero no: había algo que no encajaba. Oh, sí, sonreía a todo el mundo en la sala con la misma habilidad que su madre. Y su sencillo vestido negro era tan caro y selecto como el de cualquiera de las invitadas. Y sin embargo... Sí, Mikhail llegó a la conclusión de que se trataba de sus ojos. No había diversión en ellos, sino impaciencia. Como si estuviera esperando a terminar con aquel incordio para poder hacer algo realmente importante...

Eso lo hizo sonreír. Y sonrió aún más al recordar que disponía del largo trayecto de vuelta a Manhattan para burlarse de ella y provocarla. Pero aquella sonrisa se borró de su rostro cuando vio a un joven rubio, elegante, con cuerpo de jugador de rugby, saludar a Sydney con un beso en los labios.

-Hola, Channing -lo saludó ella.

-Hola -le ofreció una copa de champán-. ¿Cómo diablos se las ha arreglado tu madre para arrastrarte fuera de tu oficina?

-No ha sido tan drástica -sonrió-. La verdad es que he estado muy ocupada.

-Eso me han dicho. La otra noche te perdiste una obra maravillosa. Parece que Sondheim ha vuelto a triunfar -la tomó del brazo para acompañarla a la mesa-. Dime, querida, ¿cuándo vas a dejar de jugar a la «mujer ejecutiva» y a tomarte un buen

descanso? Este fin de semana iré a ver a los Hampton, y me encantaría que me acompañaras.

Sydney tuvo que obligarse a no apretar los dientes de rabia. No tenía sentido molestarse porque pensara que estaba «jugando», y no trabajando... porque eso era lo que pensaba todo el mundo.

-Me temo que no voy a poder -tomó asiento a su lado, ante la larguísima mesa de cristal del inmenso comedor. Las cortinas estaban recogidas para que pudieran disfrutar de la vista del jardín.

-Espero que no te importará recibir un pequeño consejo.

-Claro que no, Channing -mintió mientras empezaban a servir el primer plato. En aquella casa se sentía realmente como en una jaula.

-Puedes manejar un negocio o dejar que el negocio te maneje a ti.

-Mmm -Sydney se dijo que tenía la costumbre de dar consejos tópicos. Y se recordó que debería acostumbrarse a ello.

-Acéptalo de alguien que tiene más experiencia que tú en estos asuntos.

Forzando una sonrisa, Sydney le permitió continuar.

-Detesto ver cómo te destrozabas bajo el peso de la responsabilidad -continuó Channing-. Y, después de todo, los dos sabemos que eres una novicia en el despiadado negocio inmobiliario -le puso una mano encima de la suya. Su mirada era sincera y a sus labios asomaba una sonrisa de conmiseración a la vez que de superioridad-. Naturalmente, tu inicial entusiasmo te está obligando a forzarte demasiado. Estoy convencido de que estarás de acuerdo conmigo.

-La verdad, Channing, es que me encanta mi trabajo.

-Por el momento. Pero cuando la realidad te sobrepase será diferente. Delega, Sydney. Descarga tus responsabilidades en alguien de confianza.

-Mi abuelo me confió Hayward a mí.

-El viejo siempre fue un sentimental. Pero no puedo creer que quisiera y esperara que te lo tomaras todo con tanta seriedad. Por cierto, hace semanas que no se te ve en una fiesta. Todo el mundo está hablando de ti.

-¿Ah, sí? -se obligó de nuevo a sonreír. Si se atrevía a darle otro consejo, sería capaz de lanzarle la copa a la cara-. Channing, ¿por qué no me hablas de la obra de teatro de la otra noche?

En el otro extremo de la mesa, flanqueado por Margerite y Helena Lowell, Mikhail no le quitaba los ojos de encima a Sydney. No le gustaba verla tan cerca de aquel «chico bonito». No, desde luego que no. Ese hombre se había atrevido a tocarla. Y ella estaba sonriendo y dando cabezadas de asentimiento, como si estuviera fascinada con la conversación... Sin darse cuenta, murmuró un juramento.

-¿Perdón, Mikhail?

Con un esfuerzo, volvió a concentrar su atención en Margerite.

-Oh, nada. El faisán es excelente. La felicitó.

-Gracias. ¿Cometería una indiscreción si te preguntara qué obra es la que Sydney te ha encargado que realices?

-Voy a dedicarme a trabajar en su proyecto del Soho.

-Ah -repuso Margerite, aunque no tenía ni la más remota idea de lo que estaba diciendo-. ¿Será una obra de exterior o de interior?

-Ambas cosas. Dime, ¿quién es el hombre que está al lado de Sydney? No creo conocerlo.

-Oh, es Channing. Channing Warfield. Los Warfield son viejos amigos nuestros.

-Amigos -repitió Mikhail, y Margerite se acercó a él para susurrarle con tono conspiratorio:

-Verás, Wilhemina Warfield y yo tenemos la esperanza de que para el verano anunciarán públicamente su compromiso. Hacen tan buena pareja... Y dado que Sydney ya ha superado el fracaso de su primer matrimonio...

-¿Su primer matrimonio? ¿Sydney ya ha estado casada antes?

-Sí, pero me temo que tanto Peter como ella eran demasiado jóvenes e impetuosos. Pero ahora ya es una mujer madura y responsable, como Channing. Y todos esperamos ansiosos su boda.

Mikhail tomó su copa de champán. Sentía un extraño e irritante nudo en la garganta,

-¿En qué trabaja Channing Warfield?

-¿Trabajar? -la pregunta la sorprendió-. Bueno, los Warfield se dedican al negocio bancario, así que supongo que Channing debe de ocuparse de eso. Por lo demás, es fantástico jugando al polo.

-¡Al polo! -exclamó Mikhail con tanto énfasis que Helena Lowell se atragantó con el faisán. Muy oportunamente le dio unas palmaditas en la espalda antes de acercarle su copa de agua.

-Es usted ruso, ¿verdad, señor Stanislaski? -le preguntó Helena, una de las invitadas y amiga de Margerite. Imágenes de cosacos al galope bailaban en su cerebro.

-Nací en Ucrania.

-Ucrania, claro. Creo que leí algo acerca de que su familia escapó por la frontera cuando usted aún era un niño.

-Escapamos en un vagón de tren, hacia Hungría. Luego atravesamos Austria hasta llegar finalmente a Nueva York.

-Un vagón de tren -suspiró Margerite-. Qué romántico.

Mikhail recordó el frío, el miedo, el hambre, pero se limitó a encogerse de hombros. Y a partir de ese momento Helena empezó a acribillarlo a preguntas sobre arte.

Una hora después, y terminada la cena, su anfitriona le propuso enseñarle la terraza más alta de la casa. Margerite revoloteaba alrededor de Mikhail como una coqueta mariposa. Sus flirteos eran ostentosamente obvios, pero eso a él no le importaba con tal de poder respirar un poco de aire fresco. Acodado en la barandilla podía ver el mar a lo lejos, la curva de la playa... y a Sydney en la terraza inmediatamente inferior, bajo la luz de la luna y del brazo de Channing.

-Mi tercer marido construyó esta casa -le estaba diciendo Margerite-. Es arquitecto. Cuando nos divorciamos, tuve que elegir entre esta casa y la pequeña villa que teníamos en Niza. Naturalmente, con tantos amigos como tenemos aquí, me quedé con esta - apoyada en la barandilla con una elegante pose, se volvió para mirar a Mikhail-. Me encanta esta terraza. Cuando doy una fiesta la gente se distribuye por todos los pisos, disfrutando de un ambiente divertido... a la vez que íntimo. Quizá quieras reunirte con nosotros algún fin de semana de este verano...

-Quizá -respondió con tono ausente mientras miraba a Sydney. La luz de la luna arrancaba reflejos a su cabello.

Margerite se le acercó lo suficiente para rozarle ligeramente un muslo. Y Mikhail se sintió tan sorprendido como divertido. Finalmente optó por sonreír, apartándose discretamente.

-Tienes una casa maravillosa.

-Me encantaría conocer tu estudio. El lugar donde realizas esas obras tan maravillosas.

-Me temo que lo encontrarías decepcionante. Más bien aburrido.

-Imposible -sonriendo, le acarició con un dedo el dorso de una mano-. Estoy absolutamente segura de que jamás encontraría nada aburrido en ti.

Mikhail suspiró, pensando que aquella mujer era lo suficientemente mayor como para ser su madre.

-Margerite, eres encantadora. Pero yo... -le tomó la mano entre las suyas y se la llevó a los labios- no soy nada... apropiado para ti.

-Te subestimas, Mikhail.

En la terraza inferior, Sydney estaba intentando encontrar alguna forma de desalentar a Channing. Era un hombre atento y solícito, pero se aburría mortalmente con él. Era problema de ella, de eso estaba segura. Cualquier otra mujer habría sucumbido a la atracción de Channing. La luna era hermosa, había música, flores, soplaba una ligera brisa con olor a mar: el escenario ideal de un momento de romanticismo. Channing le estaba hablando de París, y había apoyado suavemente una mano sobre su espalda desnuda. Pero en cambio Sydney ansiaba estar de regreso en su casa, sola, estudiando los informes que tenía pendientes...

Aspirando profundamente, se volvió dispuesta a decirle con toda claridad y franqueza que necesitaba buscarse otra compañera. Fue entonces cuando, para su mala suerte, descubrió en la terraza superior a Mikhail y a Margerite... en el preciso momento en que aquel le besaba la mano. ¿Cómo podía...? No se le ocurría ningún insulto lo suficientemente fuerte. Canalla era demasiado poco. Gigoló demasiado suave. Estaba seduciendo a su madre. A su madre. Cuando apenas unas horas antes él... Tuvo que hacer un esfuerzo y borrar de su mente la escena que había tenido lugar en el pasillo del Soho. Le entraron ganas de matarlo.

Mientras Sydney los observaba, Mikhail se apartó de Margerite, riendo. Y miró hacia abajo. En el preciso instante en que se cruzaron sus miradas, Sydney le declaró la guerra. Volviéndose hacia Channing, le exigió:

-Bésame.

-¿Cómo?

-He dicho que me beses -lo agarró de las solapas y tiró de él hacia ella.

-Por supuesto, querida -complacido por aquel cambio de actitud, la besó.

Pero Sydney no sintió nada, excepto una violenta rabia. Y un escalofrío que era tanto de miedo como de desesperación.

-Tienes que relajarte más cariño -le sugirió Channing segundos después-. No voy a hacerte ningún daño.

No, pensó Sydney. Evidentemente nada tenía que temer de Channing. Abatida, le permitió que profundizara el beso, ordenándose reaccionar y responder adecuadamente. Fue inútil. Percibió su retirada antes incluso de que se apartara de ella. La miró con una expresión perpleja a la vez que disgustada.

-Sydney, querida, no entiendo qué significa todo esto -se alisó las solapas de la chaqueta. Parcialmente frustrado, añadió-: Esto ha sido como besar a mi hermana.

-Estoy cansada, Channing. Creo que ya es hora de que me vaya.

Veinte minutos después, el chofer enfilaba el coche hacia Manhattan. En el asiento trasero, Sydney se refugiaba en una esquina, bien lejos de Mikhail.

Ninguno se molestaba en dirigirle la palabra al otro.

Mikhail estaba hirviendo de rabia. Y ella parecía haberse congelado de puro desdén.

Creía que Sydney lo había hecho para molestarlo. Había besado a aquel pisaverde trajeado para hacerlo sufrir. Estaba seguro de ello. Pero ¿por qué estaba sufriendo?, se preguntó. Aquella mujer nada tenía que ver con él. Pero no. Sí que tenía algo que ver. Solo tenía que descubrirlo.

Evidentemente, reflexionaba Sydney, aquel hombre carecía de ética, de escrúpulos, de vergüenza. Allí estaba, sentado tranquilamente, todo candor e inocencia, después de su abominable comportamiento. Y, para colmo, ella lo había contratado... En cualquier caso, si pensaba que podía seguir engatusando de esa forma a su madre, estaba muy equivocado...

-Mantente alejado de mi madre -le espetó.

-¿Perdón? -le preguntó Mikhail, cruzando las piernas.

-Ya me has oído. No estoy dispuesta a consentir que te aproveches de mi madre. Es una mujer sola y vulnerable. Y todavía no ha podido superar su último divorcio.

Mikhail pronunció una frase corta y rotunda en su lengua antes de cerrar los ojos.

-¿Qué diablos quiere decir eso? -le preguntó, furiosa.

-¿Quieres que te lo traduzca? No lo creo. Y ahora cállate, por favor. Me está entrando sueño.

-Tenemos que arreglar esto de una vez por todas. O apartas tus sucias manos de mi madre, o terminaré convirtiendo el edificio donde vives en un aparcamiento.

Mikhail abrió los ojos. Y Sydney encontró inmensamente satisfactorio el brillo de furia que vio en ellos.

-Una amenaza muy grande procediendo de una mujer tan pequeña -le dijo. Se había acercado demasiado a ella y su aroma estaba impregnando ya sus sentidos, tiñendo su furia de un sentimiento todavía más básico, más primario-. Deberías concentrarte en el del traje, y dejar que tu madre se las arreglara sola.

-¿El del traje?

-El banquero que utilizas de perrillo faldero.

Sydney se ruborizó.

-Por lo menos Channing tiene modales, cosa que tú no tienes. Y es asunto mío. No te metas con él.

-Ya. Tú tienes tus asuntos, y yo los míos. Y ahora...

De repente se inclinó hacia ella para levantarla en vilo y sentarla en su regazo. Asombrada y aturdida intentó forcejear, pero Mikhail no la soltó.

-Como puedes comprobar, no tengo modales.

-¿Qué crees que estás haciendo?

Ojalá lo hubiera sabido el propio Mikhail. Sydney estaba tan tensa y rígida como un bloque de hielo, pero había algo increíble, e inevitable, en la perfección con que parecía encajar en sus brazos, en su cuerpo. Muy a su pesar la estrechaba contra sí, lo suficientemente cerca como para sentir el contacto de sus senos contra su pecho o la leve caricia de su aliento en los labios. Estaba dispuesto a darle una lección que no olvidaría fácilmente.

-Voy a enseñarte a besar bien. Por lo que pude ver desde la terraza, hiciste un trabajo muy pobre con el jugador de polo.

El estupor y la furia la dejaron paralizada. Por lo demás, no pensaba darle la satisfacción de oírla gritar.

-Canalla presuntuoso... Nada tengo que aprender de ti.

-¿Ah, no? Veamos entonces. Su pisaverde trajeado le puso las manos aquí, ¿verdad? -le acarició los hombros, percibiendo cómo se estremecía-. Vaya. ¿Es que me tienes miedo?

-No sea ridículo -mintió. Tuvo que tragarse su temor mientras él deslizaba los pulgares por su piel desnuda.

-Temblar está bien. No creo que temblara con su Channing.

Sydney no dijo nada, preguntándose si sería consciente de la sensualidad de su voz.

-Mi estilo es diferente -añadió Mikhail-. Te lo demostraré.

Le acarició con exquisita delicadeza la nuca, atrayéndola al mismo tiempo hacia sí. La oyó contener el aliento y estremecerse cuando se detuvo un instante antes de que sus labios entraran en contacto con los suyos. Sus enormes ojos azules llenaban su visión. Ignorando el nudo que sintió en el estómago, sonrió y ladeó ligeramente la cabeza para terminar besándola en una mejilla.

Sydney contuvo a duras penas un gemido. Instintivamente echó la cabeza hacia atrás, facilitándole el acceso a la larga y fina columna de su cuello. ¿Qué le estaba haciendo aquel hombre?, se preguntó, frenética. ¿Por qué no la dejaba en paz para que pudiera escapar con su orgullo intacto?

Lo mataría por eso. Lo destrozaría. Pero era una sensación tan maravillosa, tan mágica... Aquella boca la seducía y atormentaba a la vez, sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Se sentía barrida por ardientes olas sucesivas que le incendiaban la piel, como si su sistema nervioso hubiera estallado en llamas. Se apretaba contra él enterrando los dedos en su pelo, ensimismada en su propia pasión. Sí, era aquello. Al fin. Las palabras que murmuraba contra sus labios resultaban incomprensibles. Pero no sonaban a halagos, promesas, zalamerías. Sonaban más bien a amenazas.

De pronto el contacto de su boca ya no era tierno ni delicado, sino duro e implacable. Y ella lo ansiaba... anhelaba aquel desesperado encuentro de sus labios y de sus lenguas... Sus manos se movían con rapidez, impacientes. Por un instante llegó a pensar que aquel hombre tenía el poder de hacer con ella lo que quisiera y cuando quisiera: hacerle el amor allí y en ese momento, si así se le antojaba. Gimió más que pronunció su nombre cuando le bajó el vestido y se llenó las manos, de callosas palmas, con sus senos.

Mikhail se estaba ahogando en ella. El hielo se había derretido y él había perdido todo control sobre sí mismo. El aroma, el sabor, la textura de su piel... Era alabastro, seda, pétalos de rosa. Todo lo que un hombre podía anhelar tocar y acariciar estaba allí, a su disposición, reclamando sus caricias...

Cambió repentinamente de posición y se encontró prácticamente encima de ella, tumbada a lo largo del asiento, con la melena derramada en torno a su cabeza como cobre derretido, sus cremosos senos destacando contra su vestido negro. Sydney se arqueó hacia él, aferrándose a su espalda. Un profundo y delicioso dolor se anudaba en el centro de su cuerpo. Lo quería allí, llenando aquel vacío, donde el ardor era más intenso. Allí donde se sentía más vulnerable, más necesitada.

-Por favor -era consciente del tono de súplica de su voz, pero no sentía vergüenza alguna: solo desesperación-. Mikhail, por favor...

Aquel ronco susurro le incendió la sangre a Mikhail. Se apoderó de sus labios, asaltándolos, devorándolos. Enloquecido, contempló sus ojos inmensos, sus labios

temblorosos, su rostro en sombras mientras temblaba como una hoja entre sus dedos. Y oyó el ruido del tráfico procedente del exterior.

Fue como si ascendiera bruscamente a la superficie tras una larga inmersión, jadeando en busca de aire. Habían estado buceando dentro de la ciudad, protegida su intimidad por la pantalla de cristal ahumado que los separaba del chofer. Quiso disculparse con Sydney por haberse abalanzado sobre ella como si fuera un insensible adolescente, pero... ¿qué podía decirle? Con expresión sombría y un agudo dolor en las entrañas, volvió a colocarle la ropa en su lugar y se hizo a un lado. Estaban a punto de llegar a su apartamento.

-Ya casi hemos llegado -anunció con voz tensa, dura.

Fue un cambio tan brusco que Sydney esbozó una mueca de dolor como si hubiera recibido una bofetada. ¿Qué era lo que había hecho mal esa vez? Había sentido y había deseado. Había sentido y deseado más que nunca antes. Pero, así y todo, había fallado. Por un instante que había durado toda una eternidad se había mostrado dispuesta a liberarse de su orgullo y de sus miedos. La pasión se había apoderado de ella, con toda su crudeza. Y Mikhail también había sentido una pasión semejante, o al menos eso era lo que le había parecido. Pero no había sido así. Cerró los ojos. Tenía frío, y tuvo que abrazarse para retener un poco del calor que por momentos se escapaba de su cuerpo.

Mikhail maldijo en silencio; ¿por qué Sydney no decía nada? Se pasó una mano por el pelo, nervioso. Se merecía que lo abofetearan. O que le dispararan. Y ella seguía allí sentada, en silencio... Mientras miraba por la ventanilla, se recordó que no todo había sido culpa suya. Sydney había sentido la misma pasión, se había apretado contra él, lo había enloquecido con la caricia de sus labios. Con aquel condenado perfume que tanto lo había embriagado...

Y empezó a sentirse mejor.

Sí, habían sido dos las personas que habían estado a punto de hacer el amor en el asiento trasero de aquel coche.

-Mira, Sydney -se volvió de pronto, y ella dio un respingo como movida por un resorte.

-No me toques.

-Estupendo -la culpa seguía acosándolo cuando el chofer aparcó el coche-. Descuida, que no volveré a ponerte las manos encima. Búscate a otro si quieres darte un buen revolcón en el asiento trasero.

Sydney cerró los puños, intentando salvar su orgullo y guardar la compostura.

-Te lo advierto: hablaba en serio cuando te dije eso sobre mi madre.

-Y yo también -Mikhail salió del coche-. Gracias por el viaje.

Cuando oyó el sonido de la puerta al cerrarse, Sydney cerró los ojos con fuerza. No quería llorar, pero una solitaria lágrima burló sus defensas y tuvo que enjugársela. No lloraría. Ni olvidaría.

4

Sydney había tenido un día muy largo. O más bien había tenido una semana eterna, entre el horario de oficina, las comidas de negocios y las noches en casa leyendo informes. Afortunadamente ya era viernes por la tarde y solo faltaban unas horas para que terminara su jornada.

Durante la mayor parte de su vida adulta los días de la semana no se habían diferenciado en nada: todo había sido un continuo transcurrir de veladas benéficas, sesiones de compras, citas a comer, fiestas que organizar... No había tenido nunca trabajo alguno que planificar, y los fines de semana solo se habían distinguido del resto de los días en que las fiestas podían prolongarse hasta bien entrada la noche.

Pero las cosas habían cambiado. Y mientras revisaba aquel nuevo contrato, se alegraba de que hubiera sido así. Estaba empezando a comprender por qué su abuelo había sido siempre una persona tan activa y tan vital: porque había tenido un propósito, una meta en la vida. Una meta que ahora también era la suya.

Ciertamente todavía tenía que pedir que la asesoraran sobre determinados asuntos técnicos y seguía dependiendo de su consejo de administración en numerosos detalles. Pero estaba empezando a apreciar, incluso a saborear con gusto la complejidad que entrañaba la compra y venta de inmuebles.

-Señorita Hayward -sonó la voz de su secretaria por el intercomunicador-. El señor Bingham desea verla.

-Hazlo pasar, Janine. Oh, y por favor intenta también localizarme a Marlowe.

-Sí, señorita.

Cuando Lloyd entró en el despacho instantes después, Sydney seguía todavía concentrada en su contrato.

-Hola, Lloyd. Perdona, ahora mismo te atiendo... -tomó una breve nota, guardó el documento y le sonrió-. ¿Qué puedo hacer por ti?

-Ese proyecto del Soho. Se nos ha escapado de las manos.

Sydney apretó los labios. Pensar en el Soho le recordaba a Mikhail. Y Mikhail le recordaba cierto apasionado trayecto hasta Long Island y su último fracaso como mujer.

-¿En qué sentido?

-En todos los sentidos -con furia apenas disimulada, empezó a pasear de un lado al otro del despacho-. Un cuarto de millón. Te has gastado un cuarto de millón en rehabilitar ese edificio.

-Soy consciente de ello, Lloyd. Teniendo en cuenta las condiciones del inmueble, el presupuesto que me presentó el señor Stanislaski era muy razonable.

-¿Cómo podías saberlo? -le espetó-. ¿Acaso lo comparaste con otros presupuestos?

-No -Sydney flexionó y distendió los dedos varias veces. Por muy difícil que le resultara, tuvo que recordarse que Lloyd se había ganado a pulso su puesto en la empresa, al contrario que ella-. Decidí seguir mi instinto.

-¿Tu instinto? -entrecerró los ojos-. No llevas en este negocio más que unos meses y ya tienes instinto... -pronunció, despreciativo.

-Así es. También soy consciente de que los cálculos de gastos por las nuevas instalaciones de electricidad, fontanería y carpintería son similares a las de otras rehabilitaciones.

-Maldita sea, Sydney, no nos gastamos mucho más que eso en este mismo edificio, el de nuestras oficinas, el año pasado.

-Es verdad, y eso que apenas hicimos otra cosa que redecorarlo. Y el caso del Soho es completamente distinto: era necesario hacer todas esas reparaciones.

-¡Un cuarto de millón en reparaciones! -Lloyd apoyó las manos en el escritorio y se inclinó hacia ella-. ¿Sabes qué beneficios anuales sacamos de esos apartamentos?

-Pues sí que lo sé -y pronunció la cifra exacta, sorprendiéndolo-. Sé que tardaremos más de un año, con plena ocupación, en amortizar esa inversión. Pero, por otra parte, cuando nuestros arrendatarios nos paguen honradamente un alquiler, recibirán a cambio el derecho a una vivienda digna y decente.

-Claro, decente -repuso Lloyd, tenso-. Estás mezclando la ética con los negocios.

-Oh, desde luego. Eso es lo que pretendo.

-Eres una ingenua, Sydney.

-Puede ser. Pero mientras esté al frente de esta empresa, trabajaremos según mis reglas.

-Crees que estás al frente porque firmas unos cuantos contratos y haces unas cuantas llamadas de teléfono. Has invertido un cuarto de millón en lo que tú llamas tu «proyecto estrella», y no tienes ni la más ligera idea de lo que puede estar tramando Stanislaski. ¿Cómo sabes que no está pagando precios más bajos a los subcontratistas y quedándose con el dinero sobrante?

-Eso es absurdo.

-Como antes te dije, eres una ingenua. Pones a un artista ruso al frente de un proyecto importante, y luego ni siquiera te molestas en revisar el trabajo.

-Tengo intención de revisarlo personalmente. Estoy comprometida en ello. Y dispongo de los informes semanales del señor Stanislaski.

Lloyd la miró con aire desdeñoso y Sydney no tuvo más remedio que darle la razón, aunque en su fuero interno. Había contratado a Mikhail por impulso, y se había negado después a realizar el seguimiento del proyecto únicamente por motivos de índole personal. Eso no era ingenuidad. Era irresponsabilidad.

-Tienes razón en eso, Lloyd -concedió al fin-, y lo corregiré -se recostó en su silla-. ¿Hay algo más que desees decirme?

-Has cometido un error -le dijo-. Un error grave. El consejo no tolerará otro.

-Ya. Y esperas convencerlos de que eres tú quien debe sentarse en este sillón, ¿verdad?

-Ellos son profesionales, hombres de negocios, Sydney. Y aunque sentimentalmente preferirían a un miembro de la familia Hayward al frente del negocio, la relación entre coste y beneficio inclinará la balanza a mi favor.

-Estoy convencida de que vuelves a tener razón -repuso Sydney con expresión tranquila-. Y si el consejo continúa respaldándome, quiero de ti dos cosas: o tu renuncia o tu lealtad. No aceptaré medias tintas. Y ahora, si me disculpas...

Cuando Lloyd se marchó cerrando la puerta a su espalda, Sydney descolgó el auricular. Pero le temblaba la mano, así que volvió a colgar. Sacó un clip de metal de un cajón de su escritorio y lo retorció. Luego hizo lo mismo con otro, y otro más. Entre eso y las dos hojas de papel que rompió sistemáticamente en pedacitos, consiguió atenuar un tanto la violenta rabia que sentía. Ya más despejada, se concentró en analizar los hechos.

Lloyd Bingham era un enemigo, y un enemigo con tanta experiencia como influencia. En el proyecto del Soho, se había comportado con demasiado

apresuramiento. Y no era que se hubiera equivocado: había obrado bien. Pero si cometía errores, Lloyd los rentabilizaría para ocupar su puesto.

¿Sería posible que estuviera arriesgando todo lo que le había legado su abuelo por culpa de un solo proyecto? ¿Se vería obligada a dar marcha atrás si no podía demostrar que había obrado correctamente? No estaba segura de ello, y eso era lo peor de todo. Pero cada cosa a su tiempo. Esa era la única manera de avanzar. Y el primer paso era ir al Soho para revisar los trabajos realizados.

El cielo tenía un color gris plomizo. Durante los últimos días el calor había disminuido, pero aquella mañana una ola de humedad había barrido Manhattan. Cuando Sydney salió del coche, el sofocante ambiente la golpeó como un puño. Protegiéndose los ojos con la mano, contempló el edificio que se levantaba frente a ella.

Las obras se encontraban en plena ejecución. Podía oírse el sonido de los martillos, las sierras, las hormigoneras. Vio aparcada la camioneta del fontanero, y al lado un grupo de curiosos que miraban a lo alto. Sydney siguió la dirección de su mirada, y fue entonces cuando descubrió a Mikhail.

El corazón le dio un vuelco en el pecho. Mikhail se encontraba en el exterior del último piso, el sexto, sobre lo que desde abajo parecía una estrechísima tabla.

-Hey, ¿habéis visto ese trasero? -comentó una mujer a su lado, suspirando-. Es de primera clase.

Sydney tragó saliva. Se suponía que sí. Al igual que sus anchas espaldas, desnudas por otra parte. El problema era que le resultaba difícil disfrutar del espectáculo de su cuerpo cuando estaba corriendo semejante riesgo.

Aterrada, entró a la carrera en el edificio. Las puertas del ascensor se hallaban abiertas, ya que un par de obreros estaban cargando dentro sus herramientas. No se detuvo y subió las escaleras. En cada planta había albañiles revocando los muros. Llegó al sexto piso sin detenerse para recuperar el aliento.

El apartamento de Mikhail estaba abierto, y Sydney entró sin dudarle. A punto estuvo de estrellarse contra un hombre ya mayor, muy corpulento, que estaba agachado seleccionando unas herramientas. Se incorporó ágilmente.

-Perdone, no lo había visto -se disculpó Sydney.

-Oh, no importa. Está usted perdonada.

No le pasó desapercibido su acento eslavo, y pensó desesperada que quizá todo el mundo en aquel edificio era ruso. Quizá Mikhail había contratado fontaneros de Ucrania, o de Rusia...

-¿Puedo ayudarla en algo?

-No. Sí -se llevó una mano al pecho al darse cuenta de que no tenía resuello-. Mikhail.

-Está aquí mismo, fuera -intrigado, la observó mientras señalaba con el pulgar la ventana.

Sydney pudo entonces verlo allí... o al menos su musculoso y bronceado torso.

-Ya, fuera, pero...

-Estamos terminando por hoy... ¿quiere sentarse?

-Hágalo entrar -susurró Sydney-. Por favor, hágalo entrar.

Antes de que él pudiera responder algo, Mikhail alzó la ventana corredera y pasó una pierna. El hombre mayor le hizo un comentario en su lengua, que debió de ser divertido.

Pero cuando Mikhail vio a Sydney, el brillo de alegría de sus ojos se evaporó de repente.

-¿Qué estabas haciendo ahí fuera? -exigió saber Sydney, con tono acusador.

-Cambiando las ventanas. ¿Hay algún problema?

-No, yo... -balbuceó. No podía recordar una sola ocasión en que hubiera hecho más el ridículo-... he venido a echar un vistazo a las obras.

-Aja. Dentro de un momento estoy contigo -Mikhail pasó a la cocina, abrió el grifo del fregadero y metió la cabeza debajo.

-Se le calienta la cabeza con mucha facilidad -bromeó el hombre mayor, riendo. Viendo que Sydney se limitaba a sonreír débilmente, le preguntó algo a Mikhail en su lengua.

Mikhail acudió en seguida, con la cabeza todavía mojada, chorreando agua. No dijo nada, sino que se la quedó mirando en silencio, con los pulgares enganchados en las trabillas de los pantalones.

-Mi hijo es un grosero -le dijo Yuri Stanislaski, como disculpándose-. Pero no es culpa mía; yo lo he educado bien, no se crea.

-Su... ¡oh! -Sydney se volvió para mirarlo-. ¿Cómo está usted, señor Stanislaski?

-Bien. Me llamo Yuri. Le he preguntado a mi hijo si usted era la señora Hayward, la casera. Y no me contesta más que con gestos...

-Sí, bueno, yo soy la dueña...

-Es un buen edificio. Solo que está un poquito enfermo. Y nosotros somos los médicos -sonrió a su hijo, y nuevamente le dijo algo en su idioma.

En esa ocasión Mikhail le sonrió a modo de respuesta.

-No, todavía no has perdido a tu paciente, papá; puedes estar tranquilo. Anda, vete a casa a cenar.

-Hey, ¿por qué no vienes y te traes a la señorita?

-Oh, gracias, pero.

-Esta noche estoy ocupado, papá -el propio Mikhail interrumpió la cortés negativa de Sydney.

-Qué tonto eres -le dijo Yuri en su lengua, y añadió:- ¿Es esta chica la que te pone de tan mal humor?

Molesto, Mikhail tomó un trapo de la cocina y se secó la cara.

-Las mujeres no me ponen de mal humor.

-Pues esta parece que sí -sonrió Yuri, y se volvió hacia Sydney-. Vaya, ahora soy yo el grosero, al hablar en un idioma que usted no comprende. Es culpa de mi hijo: una mala influencia -le tomó una mano y se la besó caballerosamente-. Me alegro de haberla conocido.

-Yo también.

-Ponte una camisa -le ordenó a su hijo antes de marcharse tranquilamente, silbando.

-Es muy simpático -le comentó Sydney a Mikhail.

-Sí -recogió la camiseta que se había quitado antes, pero no llegó a ponérsela todavía-. Entonces, ¿quieres ver cómo marchan las obras?

-Sí, había pensado que...

-Las ventanas ya están terminadas -la interrumpió-. A la instalación eléctrica le falta muy poco. Con eso y con la fontanería aún tendremos para una semana más. Vamos -se dirigió al apartamento contiguo, donde entró sin llamar-. Es el de Keely. Está fuera.

La habitación era una alegre mezcla de colores chillones. El mobiliario era vetusto, más que viejo, pero quedaba disimulado con coloridos cojines y almohadones.

La cocina estaba hecha un verdadero desastre, pero no porque estuviera desordenada, sino por las paredes picadas hasta el ladrillo, con todo el cableado al aire.

-Seguro que estas obras la habrán molestado mucho. A ella y a todo el mundo.

-Es mejor eso que conectar el horno y dejar sin luz a todo el edificio. La vieja instalación tenía más de cuarenta años de antigüedad. Esta es nueva. Mucho más resistente.

-Mmm... -se inclinó, muy cerca de él, para examinar detenidamente la instalación.

A Mikhail le entraron ganas de sonreír. Y quizá lo hubiera hecho si Sydney no hubiera olido tan bien. En lugar de ello, retrocedió un paso.

-Una vez que pasemos la inspección, volveremos a enyesar las paredes. Ven por aquí.

Fue como una prueba de fuego para ambos, pero la llevó de piso a piso mostrándole todas las fases de los trabajos realizados.

-Los suelos podrán ser saneados en su mayoría, pero algunos habrá que cambiarlos.

Sydney se limitaba a asentir, haciendo preguntas de cuando en cuando. La mayoría de los obreros ya se habían marchado. El nivel de ruido había bajado lo suficiente para que pudiera oír murmullos de voces al otro lado de las puertas, retazos de música o carreras de coches retransmitidas por televisión. Arqueó una ceja al distinguir los acordes de un saxo tenor ejecutando la famosa Rhapsody in blue.

-Ese es Will Matcalf -le explicó Mikhail-. Es muy bueno. Toca en una banda de jazz.

-Sí que es bueno -comentó mientras bajaban, acariciando la pulida barandilla de madera. El propio Mikhail debía de haberla fabricado. Se había ocupado de la realización y de la supervisión de los trabajos, y todo por la gente que vivía en aquel edificio. Y conocía a todo el mundo: sabía quién estaba tocando el saxo en aquel preciso momento o de quién era el bebé que se estaba riendo...

-¿Estás satisfecho con los progresos realizados?

El tono suave de su voz lo hizo mirarla, algo que había estado intentando evitar. Una vez más admiró el blanco cremoso de su piel, en la que se distinguían algunas pecas.

-Sí. Pero eres tú quien debería contestar a esa pregunta. Es tu edificio.

-No, no lo es -lo miró con una expresión muy seria, no exenta de cierta tristeza-. Es tuyo. Ó vuestro. Yo solo firmo los cheques.

-Sydney...

-Ya he visto lo suficiente para concluir que has empezado maravillosamente bien -empezó a bajar apresuradamente los escalones mientras hablaba-. Ponte en contacto con la oficina si necesitas cualquier cosa.

-Maldita sea. Espera -alcanzándola en el vestíbulo, la agarró de un brazo-. ¿Qué diablos te pasa? Primero te presentas en mi apartamento pálida y sin aliento. Y ahora sales huyendo, con esa expresión tan triste en los ojos...

Se había deprimido al darse cuenta de que no contaba con una comunidad de personas, como la de aquel edificio, que pudieran preocuparse por ella. Su círculo de amigos era tan estrecho y a la vez tan egoísta... Su mejor amigo había sido Peter, y su relación con él había resultado un fracaso. Envidiaba la solidaridad que sentía en aquel edificio. Un edificio que, se recordó de nuevo, no era suyo. Ella solo era su propietaria.

-Yo no huyo. Y no me pasa nada -tenía que salir de allí cuanto antes, pero sin perder la dignidad-. Me estoy tomando muy en serio este trabajo. Es mi principal proyecto desde que heredé la empresa.

Quiero hacerlo bien. Y... -de repente se interrumpió, volviendo la mirada hacia la puerta que tenía a su derecha. Podría haber jurado que había oído a alguien pidiendo ayuda. Pensó que sería la televisión, pero antes de que pudiera continuar, volvió a escuchar aquella conmovedora llamada-. Mikhail, ¿has oído eso?

-¿El qué? -se preguntó cómo podía oír algo cuando lo único que estaba haciendo era luchar contra la tentación de besarla otra vez.

-Aquí -se acercó a la puerta-. Sí, aquí dentro. He oído...

Pero en esa ocasión Mikhail también lo oyó. Golpeó la puerta con el puño.

-Señora Wolburg, señora Wolburg, soy Mik.

La temblorosa voz apenas penetraba a través de la madera.

-Socorro... auxilio.

-Oh, Dios mío...

Antes de que Sydney pudiera terminar, Mikhail derribó la puerta con el hombro.

-En la cocina -llamó la señora Wolburg-. ¡Mik, gracias a Dios!

Corrió hasta la cocina, donde la encontró tirada en el suelo. Era una anciana extremadamente delgada, muy débil. Tenía el cabello blanco bañado en sudor.

-No puedo ver... -se quejó-. He perdido mis gafas.

-No se preocupe -Mikhail se arrodilló a su lado, mientras revisaba su pulso-. Llama a una ambulancia -le pidió a Sydney, que acababa ya de descolgar el teléfono-. No es conveniente que la levante, porque no sé si tiene algo roto.

-La cadera -la anciana apretó los dientes de dolor-. Creo que me he fracturado la cadera. Tropecé y caí; ya no pude levantarme. Con todo ese ruido de las obras, nadie podía oírme... He estado así durante dos, tres horas...

-No se preocupe; ya está a salvo -le frotó las manos para hacerla entrar en calor-. Sydney, trae una manta y una almohada.

Fue a buscarlas y ya estaba de vuelta con ellas antes de que hubiera terminado de formular la orden.

-Aquí están. Y ahora voy a levantarle la cabeza un poquitín... -delicadamente apoyó la cabeza de la anciana sobre la almohada. A pesar del calor reinante, estaba temblando de frío. Sin dejar de hablarle en susurros, tranquilizándola, la arropó con la manta-. Aguante solo unos pocos minutos más -musitaba mientras le acariciaba la frente.

Una multitud se había ido formando ante la puerta. Aunque no le gustaba dejar sola a Sydney con la señora Wolburg, Mikhail se levantó.

-Tengo que alejar a los vecinos de aquí. Y a pedirle a alguien que salga para avistar la ambulancia.

-Bien -a pesar de lo atemorizada que se sentía por dentro, continuó sonriéndole a la anciana-. Tiene usted un apartamento precioso. ¿Hace usted misma esos bordados?

-Llevo bordando y haciendo punto durante sesenta años, desde que me quedé embarazada de mi primera hija.

-Son preciosos. ¿Tiene más hijos?

-Seis, tres hombres y tres mujeres. Y veinte nietos. Cinco bis... -cerró los ojos al sentir una nueva punzada de dolor, pero luego volvió a abrirlos y consiguió incluso sonreír-. No quieren que viva sola, pero yo quiero vivir en mi propia casa, tener mi propio espacio...

-Por supuesto.

-No me habría caído si no hubiera perdido mis gafas -cerró los ojos de nuevo-. Estoy casi ciega. Envejecer es horrible, niña; no hagas caso a quien te diga lo contrario. No podía ver por dónde iba y tropecé con una tabla del suelo del parqué. Mik me dijo que lo cubriera con algo, pero yo quería limpiarlo y... -esbozó una sonrisa temblorosa-. Bueno, al menos ahora estoy tumbada sobre un suelo limpio...

-La ambulancia está de camino -pronunció dé pronto Mikhail detrás de Sydney, que simplemente se limitó a asentir, desgarrada como estaba por la culpa.

-¿Querías llamar a mi nieto, Mik? Él cuidará del resto de la familia.

-Descuide, señora Wolburg.

Un cuarto de hora después, Sydney y Mikhail se hacían a un lado mientras los enfermeros colocaban a la anciana en una camilla.

-¿Has llamado a su nieto? -le preguntó ella, una vez que la ambulancia había partido para el hospital.

-Le dejé un mensaje en el contestador.

Asintiendo, Sydney salió a la calle con la intención de llamar un taxi.

-¿Y tu coche?

-Lo mandé a casa. No sabía cuánto tiempo iba a estar aquí. Es igual, volveré en taxi.

-¿Tanta prisa tienes por irte?

-Quiero ir al hospital -la sirena de la ambulancia todavía podía oírse a lo lejos.

Sorprendido, Mikhail hundió las manos en los bolsillos.

-No tienes ninguna necesidad de ir.

De repente Sydney se volvió, y por un fugaz instante Mikhail descubrió en sus ojos una emoción violenta, desgarradora. En silencio, detuvo un taxi. Y tampoco dijo nada cuando él se sentó a su lado en el vehículo.

Sydney detestaba el olor a hospital. Aquel olor a enfermedad, a antiséptico, a miedo. El recuerdo de los últimos momentos de la vida de su abuela estaba aún demasiado fresco en su mente. La sala de urgencias de aquel hospital de los barrios bajos había recibido un nuevo paciente. Sangre fresca.

En recepción preguntaron por la señora Wolburg.

-Sí, acaba de ingresar -les respondió el empleado, consultando los datos en la pantalla del ordenador-. ¿Son ustedes familiares suyos?

-No, yo...

-Necesitamos que algún familiar rellene estos formularios. La paciente declaró que no estaba asegurada.

Mikhail ya se acercaba peligrosamente al mostrador cuando Sydney pronunció con un tono tan firme como digno:

-Industrias Hayward se hará responsable del coste de la atención sanitaria de la señora Wolburg -sacó la credencial de su bolso y la lanzó sobre la mesa-. Me llamo Sydney Hayward. ¿Dónde está la señora Wolburg?

-En radiología -respondió el empleado, incómodo-. La está atendiendo el doctor Cohen.

Así que se dedicaron a esperar, entre taza y taza de un pésimo café. A veces Sydney apoyaba la cabeza en la pared y cerraba los ojos con fuerza. Por momentos pudo parecer que dormitaba, pero durante todo el tiempo estuvo pensando en lo que significaba ser una anciana y estar sola e indefensa.

Mikhail, por su parte, quería pensar que Sydney solamente estaba allí para cubrir las apariencias, fingiendo. Oh, sí, quería pensar eso de ella. Resultaba mucho más cómodo pensar en Sydney Hayward como en la cabeza de una despiadada compañía inmobiliaria... que como en una mujer. Pero recordaba demasiado bien la rapidez, la diligencia y la ternura con que había atendido a aquella anciana. Y, sobre todo, recordaba la desgarrada expresión que había visto en sus ojos, fuera, en la calle. Tanto dolor, tanta compasión y tanta culpa en aquellos inmensos ojos...

-Se tropezó con una tabla suelta del parqué -murmuró Sydney.

Era la primera vez que hablaba desde hacía cerca de una hora, y Mikhail se volvió para contemplarla con detenimiento. Seguía con los ojos cerrados, tan pálida como antes.

-Estaba andando por su propia casa y se cayó porque el suelo estaba deteriorado y era peligroso.

-Pero ahora lo estás arreglando, ¿no?

Sydney continuó como si no lo hubiera oído:

-Allí se quedó, en el suelo, sola y herida. Tenía una voz tan débil... Y yo tuve la culpa de que...

-Eso no es verdad -Mikhail le puso una mano sobre la suya, con gesto vacilante. Luego, ahogando una exclamación, se la apretó para reconfortarla-. No te cargues con toda la responsabilidad. Tu abuelo...

-Estaba enfermo -cerró la mano, todavía sin abrir los ojos-. Estuvo enfermo cerca de dos años, y yo estaba en Europa. No deseaba trastornar la tranquila y despreocupada vida que yo llevaba allí. Mi padre había muerto, y no quería que me preocupara por nada. Cuando finalmente me llamó, estaba casi agonizando. Era un hombre bueno. Él nunca habría dejado que las cosas se deterioraran tanto, pero no podía... simplemente no podía...

Soltó un tembloroso suspiro. Mikhail le volvió la mano con la palma hacia arriba y entrelazó los dedos con los suyos.

-Cuando llegué a Nueva York, él ya estaba en el hospital -agregó-. Parecía tan pequeño, tan cansado... Me dijo que yo era la única Hayward que quedaba. Luego murió -pronunció con voz débil.

-Estás haciendo todo lo necesario. Nadie puede pedirte más.

-No lo sé -abrió los ojos y lo miró, indecisa.

Siguieron esperando, en silencio. Transcurrieron dos horas más antes de que el nieto de la señora Wolburg entrara en la sala, angustiado. Una vez enterado de todo lo sucedido, se ocupó de avisar al resto de los familiares.

Cuatro horas después de que la anciana entrara en urgencias, salió el doctor Cohen para informarlos. El diagnóstico era fractura de cadera con contusión leve. Sería trasladada muy pronto a una habitación. A su edad era una lesión seria, pero estaba capacitada para soportarla.

Sydney dejó los teléfonos de su casa y de la oficina tanto al médico como al nieto de la señora Wolburg, pidiéndoles que la mantuvieran informada de su estado. Presa de un dolor y una congoja insoportables, abandonó el hospital.

-Necesitas comer algo -le dijo Mikhail.

-¿Qué? Oh, no, de verdad. Solo estoy cansada.

Ignorando su respuesta, la agarró del brazo y siguió caminando.

-¿Por qué siempre tienes que decir justamente lo contrario de lo que yo digo?

-Eso no es cierto.

-¿No ves? Ya lo estás haciendo otra vez. Necesitas comer.

-¿Qué te hace pensar que sabes lo que necesito o no necesito?

-Lo sé y ya está -se detuvo bruscamente ante un semáforo en rojo y Sydney chocó contra él. Antes de que pudiera evitarlo, extendió una mano para acariciarle el rostro-. Dios, eres tan bella...

Pero mientras Sydney parpadeaba sorprendida, Mikhail murmuró una maldición y volvió a ponerse en marcha, tirando de ella.

-Quizá no me sienta bien ni feliz contigo -continuó en un susurro, hablando casi para sí mismo-. Quizá piense que eres un engorro, y una esnob y...

-Yo no soy una esnob.

-¿Ah, no? Pues entonces no te importará comer aquí -la hizo entrar en un ruidoso restaurante.

Y Sydney se encontró al momento sentada ante la barra, casi pegada a él, cadera contra cadera. Todo tipo de sabrosos olores flotaban en el aire, y no tardó en hacérsele la boca agua.

-Ya te dije que no tenía hambre.

-Y yo te dije que eras una esnob, y una mentirosa.

El color que tiñó sus mejillas lo agradó sobremanera, aunque en su opinión no duró lo suficiente.

-¿Te gustaría saber lo que pienso yo de ti? -le preguntó Sydney, inclinándose hacia él.

De nuevo Mikhail extendió una mano para acariciarle una mejilla. Era algo irresistible, inevitable.

-Sí, me gustaría.

Pero en aquel preciso instante los interrumpió la camarera.

-¿Qué van a tomar?

-Dos filetes con ensalada -se adelantó a responder Mikhail.

-No me gusta que pidan por mí -declaró, tensa.

-La próxima vez tú podrás pedir por mí y así estaremos en paz -poniéndose cómodo, apoyó una mano en el respaldo de la banqueta de Sydney y estiró las piernas-. ¿Por qué no te quitas la chaqueta? Tienes calor.

-Deja de decirme lo que tengo o no tengo que hacer. Y deja también de hacer eso.

-¿De hacer qué?

-De jugar con mi pelo.

-Más bien estaba jugando con tu cuello -sonrió-. Me gusta tu cuello -y, a manera de demostración, volvió a acariciárselo con un dedo.

Sydney intentó luchar contra el delicioso estremecimiento que le recorrió la espalda. Calma, se dijo; tenía que conservar la calma.

-Si no dejas de...

Pero Mikhail se atrevió entonces a rozarle fugazmente los labios con los suyos, acallando las palabras que se disponía a pronunciar.

-Quiero que me devuelvas el beso.

Sydney quiso negarse, pero no fue capaz. Se sentía demasiado debilitada para hacerlo.

-Quiero verte cuando lo haces -murmuró él-. Quiero asegurarme de que tú también lo desees.

-No lo deseo.

Se apoderó nuevamente de sus labios, desmintiéndola. Sydney se derretió ante aquel beso, enterrando una mano en su pelo y apoyando la otra en su hombro.

Nunca había sentido algo con tanta plenitud. Su mente empezó a apagarse, hasta que solo pudo oír el lejano rumor del trasiego del bar. Estaba absolutamente concentrada en la caricia de su boca, en la seducción de su lengua...

Fuera lo que fuera lo que le estuviese haciendo ella a él, él se lo estaba haciendo también a ella, pensó Mikhail. Lo había visto en su mirada antes de que cerrara los ojos, lo sentía en la pasión que ardía en sus labios. Se suponía que eso debería halagar su ego, pero no. Más bien le dejaba el eco de un dolor, una profunda angustia.

-Lamento interrumpirlos -pronunció de pronto la camarera, sirviéndoles las bebidas-. Los filetes están en camino.

Sydney dio un respingo, Mikhail aún la estaba abrazando. Y ella, ella seguía apretándose contra él. Su cuerpo parecía amoldarse y encajar perfectamente en el suyo... ¡y estaban en un lugar público! Furiosa y avergonzada, se apartó bruscamente.

-Eso ha sido algo verdaderamente despreciable.

Mikhail levantó su cerveza, encogiéndose de hombros.

-No lo hecho yo solo. Ni esta vez ni la anterior.

-La otra vez, tú...

-¿Qué?

Sydney levantó su taza y bebió un sorbo.

-Es igual No quiero hablar de ello.

Mikhail sí que deseaba hablar, y se disponía ya a hacerlo, pero vislumbró un fugaz brillo de dolor en sus ojos que lo dejó perplejo y confundido. No le importaba hacerla enfadar; eso incluso lo divertía. Pero no era consciente de lo que le había hecho para que se sintiera tan dolida. Esperó hasta que la camarera les sirvió los filetes.

-Has tenido un día muy duro -le dijo con un tono tan amable que Sydney no pudo evitar conmovirse-. Y yo no quiero empeorarlo todavía más.

-Sí que ha sido... un día difícil. Pero olvidémoslo.

-Hecho -sonriendo, tomó el tenedor y el cuchillo-. Anda, cómete eso. Firmaremos un acuerdo.

-Estupendo -y Sydney descubrió que, después de todo lo que había sucedido, aún tenía apetito.

5

Sydney no sabía cómo había podido filtrarse a la prensa el accidente de Mildred Wolburg, pero el martes por la mañana no hizo otra cosa que recibir llamadas de periodistas. Algunos incluso se apostaron en la puerta del edificio a esperar a que saliera.

Para el miércoles se rumoreaba que Hayward se enfrentaba a una multimillonaria indemnización, y que Sydney tenía problemas con su consejo de administración. Se decía que, según algunos miembros, al asumir la responsabilidad de los gastos médicos de la señora Wolburg, Sydney había reconocido la responsabilidad de la empresa en el accidente. Aquello estaba teniendo muy mala prensa, con nefastas consecuencias para la compañía.

Consciente de que tenía que afrontar directamente el asunto, Sydney preparó una declaración para la prensa y convocó una reunión de emergencia del consejo. Ese mismo día, mientras entraba en el hospital, pensó que para el viernes ya sabría si continuaría al frente de Hayward o bien se vería obligada a renunciar. Cargada con una planta en una mano y unos libros en la otra, se detuvo ante la puerta de la habitación de la señora Wolburg, que estaba abierta. Dado que era la tercera visita que le hacía desde el accidente, sabía que probablemente la anciana no se encontraría sola; estaba recibiendo muchas visitas. En esa ocasión se encontraban con ella Mikhail, Keely y dos de sus hijos.

Mikhail la descubrió cuando estaba indecisa entre pasar o dejar los regalos en recepción.

-Tiene usted más visitas, señora Wolburg.

-Sydney -los ojos de la anciana se iluminaron de alegría detrás de sus gruesas gafas-. Traes más libros...

-Su hijo me dijo que la encantaba leer -sintiéndose algo incómoda, dejó los libros sobre la mesilla y estrechó la mano que le tendía la mujer.

-Mi Harry solía decir que me gustaba más comer que leer. Oh, qué planta más bonita.

-Vi que tenía varias en su apartamento -sonrió Sydney, que empezaba a relajarse conforme fluía la conversación-. Y la última vez que estuve aquí esta habitación parecía una floristería, así que pensé en traerle estas violetas africanas.

-Tengo una especial debilidad por las plantas. Déjala sobre aquella mesa, por favor. Entre las rosas y los claveles.

-La estamos mimando demasiado -comentó la hija de la señora Wolburg, dirigiéndose a su hermano-. Flores, regalos, piropos... Tendremos suerte si volvemos a comer alguna vez sus riquísimas galletas caseras...

-Oh, creo que todavía me quedan bastantes de reserva, que tenía guardadas. Mike quiere convencerme de que me compre un horno nuevo, de los modernos, para que no tenga que agacharme.

-Lo hago para que me regale más galletas -intervino Mikhail-. De las de chocolate.

-Oh, por favor, no me hagáis esto -Keely se llevó una mano al estómago-. Estoy a dieta. Me asesinan la semana que viene, y tengo que conservar el tipo -al ver la expresión de asombro de Sydney, se apresuró a explicarle-. Caza mortal. Es mi primera

película para la televisión. Hago de la tercera víctima de un psicópata asesino. Me estrangulan vestida con una combinación diminuta...

Sydney esperó a que se produjera una pausa en la conversación y, después de disculparse con la anciana y desearle que se recuperara pronto, abandonó la habitación. Mikhail esperó diez segundos más antes de hacer lo mismo.

-Hasta mañana, preciosa -se despidió con un beso de la señora Wolburg, y al salir se llevó una rosa amarilla de uno de los ramos.

No tardó en alcanzar a Sydney en los ascensores.

-Hey. Creo que esto te vendría bien -le regaló la flor.

-Desde luego que sí -después de aspirar su perfume, forzó una sonrisa-. Gracias.

-¿Quieres explicarme lo que te pasa?

-No me pasa nada.

-Pues yo detecto muchas cosas en tu cara: fatiga, disgusto, preocupaciones...

El timbre del ascensor sonó justo a tiempo, aunque Sydney no tenía ninguna duda de que Mikhail bajaría con ella. Y, para colmo, el ascensor estaba atestado de gente. Frunció el ceño cuando tuvo que hacerse un sitio entre Mikhail y una corpulenta señora con un enorme bolso. Alguien se había puesto litros de perfume. Pensó que aquello debería estar tan prohibido como fumar en los espacios cerrados.

-¿Tú tenías algún antepasado gitano, verdad? -le preguntó a Mikhail, en un impulso.

-Sí.

-Me gustaría que sacaras una bolsa de cristal para adivinarme el futuro y luego analizar mis sentimientos en este mismo instante.

El ascensor fue deteniéndose en cada piso, y llenándose cada vez más de gente. Para cuando llegaron al vestíbulo, Sydney estaba apretujada contra Mikhail, que a su vez tenía una mano apoyada en su cintura. No se molestó en retirarla cuando salieron. Ni ella se molestó en pedírselo...

-Las obras del edificio siguen progresando -le comentó él.

-Me alegro -repuso. Lo cierto era que no sabía durante cuánto tiempo podría seguir encargándose personalmente de aquel proyecto.

-La instalación eléctrica ya está terminada. Las obras de fontanería nos llevarán una semana más -al ver su expresión abstraída, añadió-. Y hemos decidido recubrir el tejado de queso azul.

-Mmm -murmuró Sydney, hasta que de pronto se detuvo en seco y se volvió para mirarlo asombrada. Soltando una carcajada, sacudió la cabeza-. Eso podría quedar muy elegante... pero sería algo arriesgado con este calor.

-Así que me estabas escuchando...

-Solo a medias -con gesto ausente, se frotó una sien mientras su chofer aparecía para recogerla y le abría la puerta del coche-. Lo siento. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

-Háblame de ello.

La propia Sydney se sorprendió de lo mucho que ansiaba hacerlo. No había sido capaz de decírselo a su madre: sabía que solo conseguiría preocuparla. Y con Channing... la mera posibilidad resultaba ridícula. Dudaba de que cualquiera de sus amigos pudiera comprender por qué Hayward había llegado a significar en tan poco tiempo tanto para ella.

-No, de verdad que no es necesario... -pronunció al fin y se dirigió hacia su coche.

Pero Mikhail no podía dejarla marchar tranquilamente. No con aquel gesto cansado y aquella tensión que se le acumulaba por momentos en los hombros...

-¿Y si me llevas a casa?

Sydney se volvió para mirarlo. Todavía se acordaba del viaje que había hecho con él en aquel mismo coche, desde la casa de su madre. Pero Mikhail la estaba mirando con tanta inocencia como simpatía, como si fuera un amigo entrañable... ¿Inofensivo? No, jamás sería un ser inofensivo, con aquellos ojos oscuros y aquella aura que lo envolvía. Aunque habían firmado una tregua, y estaban tan solo a unas manzanas de su casa...

-De acuerdo. Dejaremos al señor Stanislaski en el edificio del Soho, Donald -le pidió al chofer.

-Sí, señorita.

Sydney tomó la precaución de sentarse lo más lejos posible de Mikhail. Eso sí, discretamente.

-La señora Wolburg tiene muy buen aspecto, ¿no te parece?

-Es una mujer muy fuerte.

-El médico dice que muy pronto será capaz de volver a casa.

-Y tú te has encargado de que, para cuando así sea, el especialista la visite allí. Me lo dijo ella misma -explicó Mikhail-, Y también me dijo que una enfermera se quedará allí, con ella, hasta que esté en condiciones de valerse de nuevo por sí misma.

-No estoy jugando a la buena samaritana, no te creas... -balbuceó, avergonzada-. Solo estoy intentando ser justa y hacer lo que me corresponde hacer.

-Me doy cuenta de ello. Y también me doy cuenta de que estás muy preocupada por ella. Pero tienes algo más en la cabeza. ¿Se trata de las noticias que están saliendo en la prensa y en la televisión?

De inmediato, la expresión de Sydney se trocó de pesarosa en fría, helada.

-Yo no acepté ocuparme de los gastos médicos de la señora Wolburg para conseguir publicidad alguna, ni buena ni mala...

-Sé que no lo hiciste por eso -la interrumpió, tomándole una mano entre las suyas-. Acuérdate de que yo también estaba allí. Te vi con ella.

Sydney suspiró profundamente.

-El asunto es... -pronunció, ya más tranquila-... que una mujer mayor ha resultado seriamente herida. Y su dolor no debería convertirse en pasto de periodistas o de manejos políticos en mi empresa. Lo que hice, lo hice porque sabía que era lo correcto. Y ahora solo quiero asegurarme de seguir haciéndolo. Si es que puedo.

-Tú eres la presidenta de Hayward, ¿no?

-Por el momento, sí -se volvió para mirar por la ventanilla cuando llegaron ante el edificio-. Veo que han avanzado mucho las obras del tejado.

-Entre otras.

Mikhail no estaba dispuesto a renunciar tan fácilmente, así que se inclinó sobre ella con el pretexto de abrir la puerta de su lado. Por un instante estuvieron tan cerca, tan juntos, que Sydney tuvo el impulso, casi desesperado, de acariciarle el rostro.

-Me gustaría que subieras conmigo -le dijo él-. Tengo algo para ti.

-Son cerca de las seis. De verdad que tengo que...

-Solo una hora -insistió Mikhail-. Tu chofer puede venir a buscarte, ¿no?

-Sí -se movió en el asiento. Ni siquiera ella misma sabía si quería salir del coche o simplemente separarse un poco de él-. Si se trata del informe, podrías enviármelo a la oficina con un mensajero.

-Podría -repuso, y se acercó todavía unos centímetros más.

En un gesto defensivo, Sydney sacó las piernas fuera del coche. No tenía más remedio. Y, además, ardía de ganas...

-De acuerdo -cedió al fin-, pero no creo que tarde tanto. Una hora es demasiado.

-Tardarás.

Después de darle instrucciones al chofer, Sydney se dirigió con Mikhail hacia la entrada.

-Has reparado la escalera del portal.

-Sí, el martes. No fue fácil conseguir que los vecinos dejaran de sentarse en ella durante un día entero... Podemos subir en el ascensor: ya tenemos el certificado de inspección.

Sydney pensó en los cinco pisos que había tenido que subir por las escaleras durante su segunda visita.

-No sabes lo que me alegra oír eso -comentó mientras entraba con él en el ascensor.

Llegaron al último piso. El techo del pasillo estaba todavía al descubierto, dejando ver todo el cableado eléctrico.

-Los daños provocados por las goteras eran importantes -le explicó Mikhail-. Una vez que terminemos con el tejado, lo cubriremos todo.

-Esperaba que algunos vecinos protestarían por las obras, pero no he recibido ni una sola queja. ¿No es muy molesto para la gente vivir en un edificio en obras?

-Sí, pero todo el mundo está muy contento viendo cómo los trabajos avanzan cada día -con una sonrisa, abrió la puerta de su apartamento y se hizo a un lado-. Anda, pasa y siéntate.

Sydney contempló la habitación. Todo el mobiliario había sido concentrado en el centro... suponía que para facilitar las obras. Las mesas estaban colocadas encima de las sillas, la alfombra había sido enrollada. Todas sus esculturas estaban amontonadas, junto con sus herramientas, y cubiertas con una sábana.

-¿Sentarme? ¿Dónde?

Mikhail se detuvo a medio camino de la cocina y miró a su alrededor. Inclinandose sobre el montón de muebles, levantó una mecedora y se la colocó delante.

-Aquí -y entró en la cocina.

Sydney tomó asiento, admirando la pulida y satinada superficie de la madera. No podía estar más cómoda.

-Es preciosa.

-La hice para mi hermana hace años, cuando tuvo el bebé -comentó Mikhail, antes de que su voz experimentara un súbito cambio-. Al cabo de unos meses la niña, Azucena, falleció, y a Natasha le resultó demasiado duro conservar la mecedora.

-Lo siento -dejó de mecerse-. No puedo pensar en nada peor que la muerte de un hijo.

-Es que no hay nada peor -se reunió con ella, provisto de un vaso de agua y de un frasco de aspirinas-. Azucena siempre quedará marcada a fuego en su corazón. Pero ahora Tash tiene ya tres niños. Así que su dolor ha quedado compensado. Toma -le puso el vaso en la mano y sacó una aspirina del frasco-. Tienes una jaqueca, ¿verdad?

Sydney miró con el ceño fruncido la aspirina que le entregó. Era cierto, la cabeza le dolía terriblemente, pero no había querido decírselo.

-Me temo que sí -musitó- ¿Cómo lo has adivinado?

-Porque puedo verlo en tus ojos -esperó hasta que se hubo tomado la aspirina antes de colocarse detrás de ella, para empezar a darle un suave masaje en las sienes-. Te duele mucho.

Sydney sabía que debía decirle que se detuviera. Y lo haría, por supuesto. Pero todavía no. Incapaz de resistirse, se recostó en la mecedora y cerró los ojos.

-¿Era esto lo que tenías reservado para mí? ¿Un remedio para el dolor de cabeza?

-No, se trata de otra cosa. Pero eso podrá esperar hasta que te encuentres mejor. Háblame, Sydney. Dime lo que te preocupa. Quizá pueda ayudarte.

-Es algo personal, que solo me compete a mí.

-Ya. ¿Pero cambiará eso en algo si me lo cuentas?

«No», se dijo ella. Era su problema, su futuro. Y, sin embargo, ¿qué daño podría hacerle el hecho de expresarlo, de decirlo en voz alta y de escuchar el punto de vista de otra persona?

-Problemas en la empresa -reconoció, suspirando, mientras Mikhail comenzaba a masajearle la base del cuello-. La publicidad del accidente de la señora Wolburg ha debilitado mi posición en la compañía. Lo único que tengo a mi favor es mi apellido y la última voluntad de mi abuelo. Asumí toda la responsabilidad sin pedir asesoría ni seguir el procedimiento oficial. El consejo de administración no está precisamente muy contento conmigo.

La expresión de Mikhail se había ensombrecido, pero el tacto de sus dedos seguía siendo exquisitamente suave y delicado.

-¿Porque has demostrado ser una mujer íntegra y honesta? ¿Es por eso?

-Porque me he saltado las normas. Y la publicidad resultante solo ha empeorado las cosas. Todo el mundo está de acuerdo en que alguien con mayor sentido de los negocios habría manejado lo que ellos llaman «el asunto Wolburg» de una manera mucho más discreta. El viernes a mediodía tendrá lugar una reunión del consejo en la que, muy probablemente, se me pedirá que renuncie.

-¿Y lo harás?

-No lo sé -respondió Sydney-. Me gustaría luchar, ponérselo difícil. Pero es el segundo año que la empresa tiene problemas, y un enfrentamiento con el consejo de administración solo generará todavía más. Además, mis relaciones con el vicepresidente ejecutivo son penosas. Está convencido, quizá con toda razón, de que es él y no yo quien debería estar al frente de Hayward -se echó a reír, irónica-. Y a veces te juro que me entran ganas de cambiarle el puesto.

-Ni hablar -Mikhail resistió con esfuerzo el impulso de inclinarse para besar la larga y fina columna de su cuello. A punto estuvo de ceder-. A ti te gusta estar al mando, y yo creo que lo estás haciendo muy bien.

Sydney volvió la cabeza para mirarlo.

-¿Sabes? Eres la primera persona que me dice algo así. Casi toda la gente que conozco piensa que me estoy tomando todo esto como si fuera un juego. O que estoy experimentando una especie de demencia temporal.

-Entonces es que no te conocen -repuso Mikhail mientras rodeaba la mecedora y se agachaba frente a ella.

-Quizá no -murmuró, emocionada-. Quizá no.

-No voy a darte un consejo -le dijo, tomándole una mano y admirando sus largos dedos, su fina muñeca, su piel tersa-. Yo no entiendo de consejos de administración ni de políticas de empresa. Pero confío en que harás lo más adecuado. Tienes cerebro y un gran corazón.

Apenas consciente de que había entrelazado los dedos con los suyos, Sydney sonrió. La conexión que los unía transcendía el contacto físico, y no conseguía entender por qué. En Mikhail tenía un apoyo, una confianza y un estímulo que nunca había esperado encontrar.

-Gracias.

-De nada -la miró intensamente a los ojos-. Te ha desaparecido el dolor de cabeza.

Sorprendida, se tocó las sienes.

-Sí, es verdad -de hecho, no podía recordar haberse sentido más relajada-. Creo que podrías ganar una fortuna con esas manos que tienes.

Sonriendo, Mikhail le acarició cariñosamente los hombros.

-El truco es sencillo; solo se trata de saber lo que hay que hacer con ellas, y elegir el momento adecuado -pensó en lo mucho que ansiaba ejercitar sus manos con Sydney. Desgraciadamente, la oportunidad no era la más favorable.

-Sí, bueno... -estaba volviendo a sentir aquel ardor en la sangre, aquel temblor debajo de la piel...-. De verdad que te estoy muy agradecida, por todo. Y ahora creo que debería marcharme...

-Todavía tienes tiempo. Y aún tengo que entregarte tu regalo.

-¿Mi regalo?

La había ayudado a levantarse de la mecedora, lentamente, tomándola de las dos manos. En aquel instante estaban muy juntos, muslo contra muslo, con sus ojos al nivel de su boca. Solo tenía que inclinarse un poco para besarla en los labios. Estaba a solo unos centímetros de distancia. Se volvía loca solamente de imaginarse aquel beso...

-¿Es que no te gustan los regalos, milaya?

Su voz era tan suave como la seda, pura seducción.

-Yo... el informe -pronunció, recordando de repente-. ¿No ibas a darme tu informe?

-Siempre puedo enviártelo por correo. Tenía en mente otra cosa.

-¿Ah... sí? -balbuceó, incapaz de pensar.

Mikhail se echó a reír, ansioso de besarla hasta robarle el aliento. Pero, en lugar de ello, le soltó las manos y se apartó. Sydney no se movió mientras él se acercaba a un estante para descubrir lo que parecía una pequeña talla de madera.

-Me gustaría que conservaras esto -se la entregó. Era la talla de la Cenicienta que tanto le había gustado.

-Oh, pero... -intentó formular una negativa formal, apropiada. Pero fue incapaz.

-¿No te gusta?

-No. Quiero decir que... sí, por supuesto que me gusta, es maravillosa -sus dedos se habían cerrado ya posesivamente sobre la talla. Lo miró a los ojos-. ¿Por qué quieres regalármela?

-Porque me recuerda a ti. Es hermosa y a la vez frágil, como insegura de sí misma.

Aquella descripción ensombreció un tanto el placer inicial de Sydney.

-Yo creo más bien que la mayoría de la gente la calificaría de romántica.

-Yo no lo soy. Fíjate -deslizó un dedo por los delicados pliegues del vestido de la figura-: está corriendo, huyendo. Sigue las reglas sin hacer preguntas. Es medianoche. Estaba en los brazos de su príncipe, pero de repente tiene que dejarlo y echar a correr. Porque esa era precisamente la regla. Y tiene miedo. Miedo de que él descubra a la mujer que es debajo de la ilusión que la oculta.

-Tenía que marcharse. Lo había prometido. Además, se habría sentido humillada si la hubieran sorprendido descalza y vestida de harapos.

Ladeando la cabeza, Mikhail la observó detenidamente.

-¿Crees tú que a ella le preocupa el vestido?

-Bueno, no, supongo que eso le habría importado a él... -Sydney soltó un impaciente suspiro bajo su escrutadora mirada. Era ridículo estar allí hablando del carácter de un personaje de cuento de hadas-. En cualquier caso, el cuento terminó bien y, aunque yo no tengo nada en común con Cenicienta, la talla es preciosa. La conservaré como si fuera un tesoro.

-Bien. Y ahora, te acompañaré abajo. No querrás llegar tarde a la cena con tu madre.

-Hasta las ocho y media no creo que aparezca. Siempre se retrasa -ya en la puerta, Sydney se detuvo de repente-. Espera un momento... ¿cómo sabías que había quedado a cenar con mi madre?

-Ella misma me lo dijo, hará un par de días. Salimos a tomar algo.

-¿Saliste a tomar algo con mi madre? -inquirió, asombrada.

-Sí -con gesto perezoso, se apoyó en el marco de la puerta-. Antes de que intentes convertirme en un pedazo de hielo con tu mirada, espero que entiendas que no albergo ningún interés... sexual por tu madre.

-Es fantástico. Sencillamente fantástico -Sydney pensó que si no hubiera guardado ya la talla en su bolso, probablemente se la hubiera lanzado a la cabeza-. Habíamos acordado que dejarías en paz a mi madre.

-Nosotros no acordamos nada -la corrigió-. Y yo no estoy molestando a tu madre -se reservó la información de que Margerite le había llamado tres veces antes de que él aceptara verse con ella-. Simplemente tomamos una copa, en plan de amigos, y después de eso creo que Margerite comprendió que entre nosotros no puede existir ningún tipo de relación que no sea de amistad. Y sobre todo teniendo en cuenta... -añadió, alzando un dedo para evitar que lo interrumpiera-... que estoy sexualmente interesado en su hija.

Aquello la dejó sin habla. Sydney tragó saliva, procurando en vano conservar la compostura.

-No lo creo -replicó-. Más bien me parece que lo único que te interesa es tu propio ego machista.

-¿Te gustaría quedarte aquí... -una extraña emoción relampagueó por un instante en los ojos de Mikhail-... para que te explicara con todo detalle la naturaleza de mi interés por ti?

-No -antes de que pudiera evitarlo, retrocedió un paso a modo de retirada-. Pero sí me gustaría que tú fueras lo suficientemente decente como para no jugar con mi madre.

Mikhail se preguntó si Margerite habría saltado con la misma premura en defensa de su hija, o si Sydney comprendería alguna vez que lo único que quería su madre era tener una breve aventura con un hombre más joven que ella... Algo en lo que él le había dejado meridianamente claro que no deseaba participar.

-Mira, voy a procurar ser lo más claro posible contigo. No tengo la menor intención de relacionarme ni física ni emocionalmente con tu madre. ¿Acaso no te agrada escuchar eso?

-Me agradaría si pudiera creerte.

Mikhail se quedó absolutamente inmóvil, pero aun así Sydney pudo percibir su tensión, como la de un resorte a punto de saltar. En voz baja y ronca, declaró:

-Yo nunca miento.

-Ya, claro -asintió cono tono helado-. No hace falta que me acompañes. Ya sé dónde está la salida -salió del apartamento y se dirigió lentamente hacia el ascensor. Aunque no volvió la cabeza, fue consciente en todo momento de su mirada clavada en ella.

A las doce en punto del mediodía, Sydney tomó asiento a la cabecera de la larga mesa de la sala de juntas. Diez hombres y dos mujeres se hallaban ya sentados, frente a sus respectivas carpetas y cuadernos de notas. Recorrió las dos filas de rostros, algunos de los cuales llevaban ya años en la empresa antes de que ella naciera. Y allí estaba Lloyd, con una expresión tan engreída y confiada que le entraban ganas de...

«No», se dijo Sydney mientras le sostenía la mirada. Conservaría la calma porque deseaba, anhelaba ganar aquella batalla.

-Damas, caballeros... -pronunció, levantándose-. Antes de empezar a hablar del asunto que nos ocupa, me gustaría hacer una declaración.

-Ya has hecho bastantes declaraciones ante la prensa, Sydney -señaló Lloyd-. Creo que todos conocemos perfectamente tu postura.

Un sordo murmullo siguió a sus palabras: unos aprobaban, otros parecían disentir. Sydney dejó que se desvaneciera antes de proseguir:

-En cualquier caso, como presidenta y mayor accionista de Hayward, tengo derecho a expresarme antes de abrir el turno de palabra -sintió un nudo en la garganta-. Comprendo que el consejo de administración se haya sentido algo incómodo por la cantidad de dinero que se ha destinado al proyecto del Sohó. En los activos de Hayward, ese edificio representa unos ingresos relativamente pequeños en comparación con nuestros beneficios totales. Y sin embargo, esos pequeños ingresos han sido constantes. Durante los diez últimos años ese complejo ha recibido un mantenimiento mínimo, por no decir nulo. Y ustedes están al tanto, como no podía ser menos, de lo mucho que se ha incrementado el valor de ese inmueble durante ese lapso de tiempo. De modo que estoy convencida de que el dinero que acabamos de destinar al mismo, desde un punto de vista eminentemente práctico, está perfectamente empleado como una forma de proteger nuestra inversión -quiso detenerse y tomar un sorbo de agua, pero sabía que con aquel gesto podría traicionar su nerviosismo-. Además, creo que en Hayward tenemos un compromiso ético y una obligación legal hacia nuestros inquilinos. Para que disfruten de unas condiciones de vivienda y bienestar mínimamente dignas.

-Esas condiciones habrían podido ser aseguradas con la mitad del dinero presupuestado -intervino Lloyd.

-Tienes razón -Sydney ni siquiera se dignó mirarlo-. Pero sé que mi abuelo siempre deseó que Hayward no se limitara a cumplir unos mínimos. El quería que esta compañía fuera la mejor, la más eficiente, la más atenta. No voy a aburrirlos con cifras y datos. Están en sus carpetas, y dentro de unos minutos podrán analizarlos con detalle. Sí, el presupuesto para el proyecto del Soho es alto, pero también lo es el nivel de una empresa como la nuestra.

-Sydney -pidió la palabra Howard Keller, uno de los más antiguos socios de su abuelo-, ninguno de nosotros duda ni de tus motivos ni de tu entusiasmo. Pero el acierto o la prudencia de tu decisión, tanto en esto como en el asunto Wolburg, es algo que debemos examinar atentamente. La publicidad que hemos recibido durante estos últimos días ha sido extremadamente negativa. Las acciones de Hayward han caído un tres por ciento, un porcentaje que se añade a la caída registrada cuando te colocaste al

frente de la compañía. Nuestros accionistas están preocupados, y tienen todos los motivos para estarlo.

-Detrás del «asunto Wolburg» -pronunció Sydney con tono firme y duro-, hay una anciana de ochenta años con una cadera fracturada. Si se cayó fue por el lamentable estado del suelo de su casa. Un suelo que nosotros nos habíamos negado sistemáticamente a reparar.

-Ese es precisamente el tipo de declaración que puede traernos problemas: por ejemplo, un pleito judicial -señaló Lloyd, procurando adoptar un tono calmado y razonable-. ¿Acaso no son los peritos del seguro los encargados de elaborar una conclusión al respecto después de un cuidadoso análisis de lo sucedido? No podemos dirigir nuestra empresa por impulso, dejándonos llevar por los sentimientos. Sydney tiene derecho a enternecerse por el accidente sufrido por la señora Wolburg, pero es necesario atenerse a los canales y procedimientos establecidos. Y ahora que la prensa se ha metido de por medio...

-Sí -lo interrumpió Sydney-. Resulta extremadamente curiosa la rapidez con que la prensa se enteró del accidente. Tan solo un par de días después de que una desconocida anciana sufriera un pequeño accidente en su casa... ¡los periodistas lo descubren y lo presentan en titulares!

-Imagino que ella misma los llamaría... -sugirió Lloyd.

-¿Ah, sí? -esbozó una sonrisa helada.

-En mi opinión, lo importante no es el medio que utilizaron los periodistas para enterarse del suceso -terció Mavis Trelane-, sino el hecho de que lo hicieron. Y que la publicidad resultante ha colocado a Hayward en una posición muy vulnerable. Los accionistas exigen una solución rápida.

-¿Alguien de esta mesa piensa que Hayward no es responsable de las lesiones sufridas por la señora Wolburg? -inquirió Sydney.

-No se trata de eso -replicó Mavis-. Ninguno de nosotros concluirá nada al respecto hasta que no se haya realizado una investigación exhaustiva. Lo que importa es cómo vamos a manejar este asunto.

Sydney frunció el ceño cuando alguien llamó a la puerta, interrumpiendo la discusión.

-Disculpen -dijo, y se levantó para dirigirse hacia la puerta-. Janine, te había dicho que no deseábamos ser interrumpidos...

-Sí, señorita Hayward -pronunció su secretaria en voz baja-, pero es que se trata de una información muy importante. Acabo de recibir la llamada de un amigo mío, que trabaja en el canal seis de televisión. La señora Wolburg va a efectuar unas declaraciones en los informativos del mediodía. Ahora, en cualquier momento...

Tras una breve vacilación, Sydney asintió.

-Gracias, Janine -cerró de nuevo la puerta y se volvió hacia los miembros del consejo-. Acaban de informarme de que la señora Wolburg está a punto de hacer unas declaraciones por televisión. Seguro que todos estamos interesados en oírla. Así que, con su permiso, voy a conectar el monitor.

Sacó un mando a distancia y sintonizó el canal seis en la pantalla. La periodista, que se encontraba en la habitación del hospital, comenzó a entrevistar a la señora Wolburg preguntándole por las circunstancias de su accidente. Varios miembros del consejo expresaron su descontento cuando la anciana, en la cama, explicó que su caída se había debido al lamentable estado de su suelo, y que el ruido de las obras había impedido que alguien oyera sus gritos de auxilio.

-Y ese suelo... -continuó la periodista-... ¿la empresa Hayward estaba informada de sus lamentables condiciones?

-Oh, sí. Mik, Mikhail Stanislaski, el joven del piso quinto, les había escrito varias cartas informándolos de todo.

-¿Y no hicieron nada al respecto?

-Nada absolutamente. Por eso a los señores Kowalski, la joven pareja del 101, les cayó encima un enorme pedazo de yeso del techo. Mik tuvo que arreglárselo.

-Así que los inquilinos se han visto obligados a efectuar sus propias reparaciones debido a la negligencia de Hayward.

-En efecto, así ha sido. Hasta hace unas semanas.

-Ah. ¿Qué sucedió entonces?

-Pues que Sydney, esto es, la señorita Hayward, se hizo cargo de la empresa. Es la nieta del viejo Hayward. Me he enterado de que estuvo muy enfermo durante estos dos últimos años. Supongo que las cosas se le escaparon de las manos. Bueno, el caso es que Mik fue a verla, y ese mismo día ella quiso ver con sus propios ojos el estado del edificio. Poco después todo se llenó de obreros. Nos instalaron ventanas nuevas, el tejado, la instalación del agua. Se cumplieron todos los puntos que Mik le presentó en su lista.

-¿De verdad? ¿Y todo esto sucedió antes o después del accidente?

-Antes -declaró la señora Wolburg, molesta por su leve tono sarcástico-. Ya le dije que fue precisamente por culpa de todo ese ruido de las obras por lo que nadie pudo oír mis gritos de auxilio. Y quiero que sepa que la señorita Hayward estaba aquel día en el edificio, revisando la marcha de los trabajos. Mik y ella me descubrieron. Ella se arrodilló a mi lado y no dejó en ningún momento de darme ánimos, arrojándose con una manta hasta que llegó la ambulancia. Fue conmigo al hospital y se hizo cargo de todas mis facturas médicas. Y ha venido tres veces a verme desde que me ingresaron en el hospital.

-¿No le parece a usted que Hayward, y por tanto Sydney Hayward, es la responsable de que usted esté aquí?

-Mi mala vista y ese agujero en el suelo son los únicos responsables de eso -respondió la anciana con tono firme-. Y voy a decirte lo que ya les dije a esos cazadores de noticias que estuvieron llamando a mi familia. No tengo motivo alguno para demandar a Hayward. Se han hecho cargo de mí y me han cuidado desde el día del accidente. Hicieron lo correcto, y no se les podía pedir más. Sydney es una joven de altos principios, y mientras ella esté al frente de Hayward, supongo que la empresa también los tendrá. Estoy encantada de vivir en un edificio perteneciente a una compañía para la que la ética posee un significado.

Sydney se quedó inmóvil después de que hubo terminado la entrevista. En silencio, apagó el monitor de televisión y esperó.

-La sinceridad de esa mujer es inestimable -pronunció Mavis-. Puede que tus métodos hayan sido poco ortodoxos, Sydney, y no dudo de que todavía tendremos que enfrentarnos con algunos problemas, pero... a fin de cuentas, creo que los accionistas quedarán contentos.

La discusión se prolongó durante otra media hora, pero la crisis ya había pasado.

Nada más regresar a su despacho, Sydney descolgó el teléfono y marcó el número de Mikhail. Esperó un buen rato hasta que, por fin, alguien respondió.

-¿Diga?

-¿Mikhail?

-No soy yo, pero está en casa. Ahora se pone. Espere.

Se oyó un ruido, seguido de una atronadora voz masculina llamando a Mikhail. Sintióse como una estúpida, Sydney siguió esperando.

-¿Dígame?

-Mikhail, soy Sydney.
Mikhail sonrió mientras sacaba una jarra de agua de la nevera.
-Hola, Sydney.
-Acabo de ver el informativo de televisión.
-Yo no pude, estaba comiendo. ¿Y?
-¿Le pediste tú a la señora Wolburg que lo hiciera?
-No, yo no le pedí nada -se interrumpió para beber un buen trago de agua-. Yo le conté cómo estaban las cosas, y ella misma concibió la idea. Una idea muy buena, por cierto.
-Sí, desde luego que sí. Te debo una.
-¿De verdad? -Mikhail pareció reflexionar sobre ello-. De acuerdo. Págame.
-¿Perdón? -inquirió, confundida.
-Que me pagues, Hayward. Cenando conmigo el domingo.
-Mira, no sé qué puede tener eso que ver con...
-Me lo debes -le recordó él-, y eso es lo que quiero: que cenes conmigo. Te recogeré a eso de las cuatro.
-¿A las cuatro? ¿Vamos a salir a cenar a las cuatro?
-Así es -se sacó un lápiz de un bolsillo-. ¿Cuál es tu dirección? -suspiró mientras Sydney se la daba, reacia-. Muy bien -terminó de escribirla en una nota, apoyándose en la pared-. Dame también tu número de teléfono. Por si pasa algo.
-Quiero dejarte claro que...
-Ya lo harás cuando nos veamos. Hasta el domingo... jefa.

6

Sydney contemplaba su imagen en el espejo con una mezcla de crítica y cautela, mientras se recordaba, por enésima vez, que no se estaba preparando realmente para una cita. Más bien era una obligada retribución, y por mucho que le disgustara, se lo debía a Mikhail. Los Hayward saldaban siempre sus deudas.

No se trataba de nada formal. El vestido que se había puesto era sencillo, de tirantes y falda corta y suelta: una concesión, según se dijo, al calor reinante. El tejido era muy fino, casi vaporoso, de color azul claro. Un detalle que nada tenía que ver con la sugerencia que Mikhail le había hecho de que se pusiera colores brillantes... O al menos eso era lo que se decía ella. La corta cadena de oro, al igual que los pendientes a juego, era de una sobria elegancia. Había empleado más tiempo de lo usual en maquillarse, pero solo porque había querido experimentar con una nueva sombra de ojos...

Tras pensárselo mucho, había optado por dejarse suelto el pelo. Luego, por supuesto, había tardado horas en elegir el peinado más adecuado hasta que se decidió por uno lo suficientemente sexy. Esa noche no tenía intención alguna de estar sexy, pero una mujer tenía derecho a un poquito de coquetería de vez en cuando... Dudó a la hora de aplicarse su perfume favorito, recordando la descripción que había hecho Mikhail de su aroma. Encogiéndose de hombros, se lo aplicó en las muñecas y en el cuello. Se dijo una vez más que no le importaba atraerlo, no le interesaba. Lo único que quería era gustarse a sí misma. Satisfecha, revisó el contenido de su bolso. Tenía una hora entera por delante antes de que Mikhail pasara a recogerla. Suspirando profundamente, se sentó en la cama. Por primera vez en toda su vida, le entraron ganas de tomar una copa.

Una hora y quince minutos después, y una vez que Sydney se hubo hartado de pasear de un extremo al otro del apartamento cambiándolo todo de lugar y volviéndolo a poner en el mismo sitio, Mikhail llamó por fin a la puerta. Al contrario que ella, no parecía haberse tomado tantas molestias con su apariencia. Llevaba unos vaqueros limpios pero desteñidos, con unos zapatos tan desgastados como sus inseparables botas de trabajo. Al menos por esa vez se había metido los faldones de la camisa, de algodón y color gris humo, debajo de los pantalones. El pelo le llegaba casi hasta los hombros, negro y brillante. Un cabello que estimularía las fantasías de cualquier mujer... En suma, tenía un aspecto ligeramente salvaje y peligrosamente atractivo. Y le había llevado un tulipán.

-Lo siento, me he retrasado -le entregó la flor-. Estaba trabajando con tu cara.

-¿Cómo?

-Que estaba trabajando con tu cara -la miró con los ojos entrecerrados, deslizando un dedo bajo su barbilla-. Por fin encontré la pieza adecuada de palisandro y perdí la noción del tiempo -mientras la observaba, sus dedos se movían por su rostro como poco antes lo habían hecho por la madera-. ¿Vas a invitarme a pasar?

Sydney se esforzó por recuperarse, ya que la mente se le había quedado completamente en blanco.

-Oh, claro. Espera un momento -retrocedió un paso, interrumpiendo el contacto-. Voy a poner en agua la flor.

Cuando se quedó solo, Mikhail contempló el salón. Le gustaba. No era la casa fría que se había esperado. Se notaba que a Sydney le gustaba realmente vivir allí, entre

aquellos suaves colores pastel y aquellos finos objetos estilo Art Nouveau. Halagado, descubrió su escultura en un estante.

-Alabo tu buen gusto -le comentó cuando ella regresó de la cocina con el tulipán en una fina copa de plata.

-Gracias.

-El Art Nouveau es pura sensualidad. Y fuerza.

-A mí me gusta mucho. Es muy elegante.

-Sí que lo es. Tiene tanta elegancia como poder.

Sydney procuró ignorar su enigmática sonrisa, como si estuviera al tanto de algún secreto que a ella le estaba vedado. Porque el secreto era ella misma.

-¿Te gustaría tomar una copa antes de salir?

-No. Tengo que conducir.

Sydney recogió su bolso para tener las manos ocupadas en algo. Por nada del mundo querría dejarle saber que se sentía tan nerviosa como una adolescente en su primera cita. Al final optó por dirigirse hacia la puerta, preguntándose por lo que se sentiría al estar en un coche con él...

-No sabía que tuvieras coche.

-Hace un par de años, después de alcanzar cierto éxito en una exposición, me compré uno -le explicó, sonriendo, mientras salían al pasillo-. Era una pequeña fantasía que siempre tuve. Me temo que pago por tenerlo aparcado más de lo que pagué por comprarlo. Pero las fantasías nunca suelen ser gratis... -una vez en el ascensor, pulsó el botón de bajada al garaje.

-Yo echo de menos conducir, o al menos la independencia que da conducir -le confesó Sydney-. En Europa tuve tiempo de disfrutarlo. Pero aquí me resulta más práctico utilizar un chofer para no tener que perder tanto tiempo buscando aparcamiento...

-Un día iremos hacia el norte, bordeando el río, y tú conducirás.

Aquella imagen resultaba demasiado seductora: rumbo al norte, hacia las montañas... Pensó que sería mejor no hacer ningún comentario al respecto.

-Recibí tu informe el viernes.

-No hablemos de negocios hoy, ¿quieres? -la tomó de la mano cuando salieron al garaje-. La discusión sobre ese informe podrá esperar muy bien hasta el lunes -se detuvo frente a un elegante descapotable rojo y le abrió la puerta-. ¿No te importa que llevemos la capota bajada, verdad?

Sydney pensó en todo el tiempo y el esfuerzo que había dedicado a su peinado. Pero luego pensó en la sensación de libertad que le provocaría la caricia del viento en el rostro, haciendo ondear su melena...

-No, no me importa.

Mikhail se sentó al volante y encendió el motor. Después de ponerse unas gafas oscuras, arrancó. En la radio sonaba una melodía de rock. Mientras atravesaban Central Park, Sydney sonrió, inconscientemente, de pura felicidad.

-Todavía no me has dicho adonde vamos.

-Conozco un lugar muy bueno, con una comida excelente. Dime, ¿en qué país de Europa estuviste viviendo?

-Oh, no estuve viviendo en uno solo. Todo el tiempo estuve viajando: París, Saint-Tropez, Venecia, Londres, Montecarlo...

-Vaya. Quizá tú también lleves algo de sangre gitana en las venas.

-Quizá -concedió Sydney. Pero no. No había habido nada de romántico vagabundeo en sus viajes por Europa. Solo insatisfacciones y la necesidad de esconderse hasta que sus heridas hubieran curado-. ¿Has estado tú en Europa?

-Sí, cuando era muy niño. Pero me gustaría regresar, ahora que ya soy lo suficientemente mayor para apreciarlo. Ya sabes: el arte, la atmósfera, la arquitectura... ¿Qué lugares fueron los que te gustaron más?

-Una aldea de la campiña francesa donde estuve aprendiendo a ordeñar vacas. En la posada donde estaba alojada había un jardín tan bonito, con unas flores tan grandes y hermosas... A la tarde podías sentarte a admirar la puesta de sol con una copa del vino blanco más maravilloso del mundo... Y, por supuesto, París -se apresuró a añadir-. La comida, las tiendas, el ballet... Hice algunas amistades y disfruté asistiendo a varias fiestas.

No tanto, sospechaba Mikhail, como había disfrutado contemplando las puestas de sol en el campo. En soledad.

-¿Alguna vez has pensado en volver a Ucrania? -le preguntó ella.

-Muchas veces. Volver a ver la casa en la que nací, en la que vivió mi familia... Aunque puede que ya no siga en pie. Pero las colinas en las que solía jugar de niño sí que estarán.

-Ahora sí que podrás volver. Las cosas han cambiado mucho.

-En ocasiones me convenzo de que sí, de que lo haré, pero otras veces me pregunto si no será mejor conservar intacto el recuerdo. Un recuerdo a medias dulce y a medias amargo, pero coloreado por los ojos de un niño. Era muy pequeño cuando nos marchamos de allí.

-Debió de ser un viaje muy duro.

-Sí. Más para mis padres, que conocían el riesgo mejor que nosotros. Tuvieron la valentía de renunciar a todo lo que tenían para regalarles a sus hijos lo único que no habían tenido nunca. La libertad.

Conmovida por sus palabras, Sydney le cubrió una mano con la suya. Su madre le había contado el relato de su huida a Hungría, pero presentándolo como si se tratara de una romántica aventura. Aquello no le parecía nada romántico, sino más bien aterrador...

-Debiste de haber pasado mucho miedo.

-Más del que espero volver a pasar el resto de mi vida. Por las noches me quedaba despierto, siempre tiritando de frío, siempre hambriento, oyendo hablar a mis padres. Consolándose mutuamente, preparaban el viaje del día siguiente, y del otro, y del otro... Cuando llegamos por fin a los Estados Unidos, mi padre rompió a llorar. En ese momento comprendí que todo había terminado. Y dejé de tener miedo.

Con los ojos inundados de lágrimas, Sydney tuvo que volver la cabeza para dejar que se las secara el aire.

-Pero el hecho de estar aquí también tuvo que ser duro. Un país extranjero, una lengua y una cultura distintas...

No le pasó desapercibida a Mikhail le emoción de su voz, y tampoco pudo evitar conmoverse. No quería entristecerla.

-Los niños se adaptan en seguida a todo. Y muy pronto hice muchos amigos.

Sydney se recostó cómodamente en el asiento. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaban cruzando por el puente de Brooklyn.

-Hey, ¿es que no has podido encontrar un lugar donde cenar en Manhattan?

-No como aquel al que te llevo -sonrió Mikhail.

Minutos después entraban en un viejo barrio de casas alineadas de ladrillo y añejos y enormes árboles. Los niños jugaban en las aceras, montando en bicicleta o saltando la comba. Mikhail aparcó el deportivo y la ayudó a bajar del coche.

-No entiendo. ¿Esto es un restaurante? -inquirió asombrada cuando él la guió hacia una de las casas.

-No -empezó a subir los escalones-. Es una casa.

-Pero tú dijiste...

-Que íbamos a salir a cenar -abrió la puerta y olfateó-. Mmm. Huele al pollo estilo Kiev que hace mi madre. Te gustará.

-¿Tu madre? -se puso tan nerviosa que a punto estuvo de tropezar en la entrada-. ¿Me has traído a casa de tus padres?

-Sí, para la cena familiar del domingo.

-Oh, Dios mío.

-¿Es que no te gusta el pollo al estilo Kiev? -la miró, arqueando una ceja.

-No. Sí. No se trata de eso. Es que no esperaba que...

-Llegas tarde -resonó en aquel instante la voz de Yuri-. ¿Vas a hacerla pasar o pretendes que se quede toda la tarde en la puerta?

-Es que, al parecer... -Mikhail no dejó de mirarla a los ojos... no quiere entrar -respondió a su padre, alzando la voz para que pudiera oírlo desde el salón.

-No, no es eso -susurró, avergonzada-. Pero podías habérmelo dicho para que yo... Oh, no importa -pasó de largo delante de él, atravesó el pasillo y entró en el salón. Yuri ya se estaba levantando de donde estaba sentado.

-Señor Stanislaski, es usted tan amable al haberme invitado... -le tendió la mano.

-El placer es mío. Llámame Yuri, ¿quieres? Estamos muy contentos de que Mikhail tenga tan buen gusto -sonrió-. A su madre no le gusta aquella bailarina rubia que...

-¡Ejem! Gracias, papá -con naturalidad, Mikhail rodeó los hombros de Sydney con un brazo... percibiendo su resistencia-. ¿Dónde se ha metido todo el mundo?

-Mamá y Rachel están en la cocina. Alex llegará todavía con más retraso que tú. Siempre está saliendo con chicas -le confió Yuri a Sydney-. Demasiadas. No tiene remedio.

-Yuri, todavía no has tirado la basura y... -una mujer de pequeña estatura y cabello gris salió de pronto de la cocina, sosteniendo unos cubiertos con la falda de su delantal.

Yuri le dio a su hijo una fuerte palmada en la espalda que, de rebote, casi derribó a Sydney.

-Oh, estaba esperando a que viniera Mikhail para que la sacara él.

-Ya, y Mikhail esperará a que venga Alex -replicó la señora Stanislaski mientras depositaba su carga sobre la mesa, antes de volverse hacia Sydney-. Soy Nadia, la madre de Mikhail -le tendió la mano-. Es un placer tenerte con nosotros.

-Gracias. Tienen una casa maravillosa.

Lo había dicho de manera automática, pero en el preciso instante en que pronunció aquellas palabras, comprendió que eran absolutamente sinceras. La casa entera cabría probablemente en una sola ala del apartamento que su madre tenía en Long Island, y el mobiliario era más vetusto que antiguo. Y, a pesar de todo ello, era el hogar más acogedor y entrañable que había conocido.

Por el rabillo del ojo captó un movimiento. Al volver la mirada, vio moverse una gruesa bola de pelo gris bajo una silla.

-Este es Iván -dijo Yuri, señalando al cachorro de perro-. Todavía es un bebé -suspiró tristemente al recordar al viejo Sasha, su padre, que había muerto de viejo seis meses atrás.

Mikhail se agachó para acariciar al cachorrillo, que miraba nervioso a Sydney, agitando su colita.

-Le pusimos ese nombre por Iván El Terrible, pero es bastante cobarde.

-Oh, solo es un poco tímido -lo corrigió Sydney. Siempre había querido tener un perrito, pero las normas de los internados en los que había estado no se lo habían permitido-. ¡Qué precioso eres! -exclamó, acariciándolo-. ¿De qué raza es?

-Tiene algo de mastín ruso -explicó Yuri.

-Y de chucho callejero también.

La voz procedía del umbral de la cocina. Sydney se volvió y vio a una mujer de una belleza impresionante, de melena negra y ojos castaños.

-Soy Rachel, la hermana pequeña de Mikhail -se presentó-. Tú debes de ser Sydney.

-Sí, hola -la saludó Sydney, preguntándose por qué extraño milagro todos los Stanislaski parecían poseer el gen de la hermosura.

-La cena estará lista dentro de unos minutos -los informó la joven-. Mikhail, puedes ir poniendo la mesa.

-Después de que saque la basura... -y se dispuso a recogerla.

-Oh, no hace falta. Ya la pongo yo -se adelantó Sydney.

Su impulsivo ofrecimiento fue aceptado con tranquila naturalidad. Ya casi había terminado cuando apareció Alex.

-Lamento haber llegado tan tarde, papá. Apenas me quedaba tiempo y... -se interrumpió al descubrir a la invitada-. Hola -la saludó, esbozando una seductora sonrisa.

Sydney también sonrió, pensando que el encanto de los miembros de aquella familia habría podido resucitar a un cadáver. Sobre todo si era femenino.

De algo estaba segura: nunca había visto tanta comida en una mesa. Había montañas de pollo condimentado con hierbas y acompañado de patatas cocidas, además de las diversas verduras que Nadia había recogido en su propio jardín aquella mañana. Sydney tomó un sorbo de vino, maravillada de que la exuberancia de aquella cena reflejara con tanta fidelidad la de la propia conversación que estaba teniendo lugar.

Rachel y Alex estaban discutiendo acerca de alguien llamado Goose. Después de una breve explicación, Sydney logró enterarse de que Alex era policía y que su hermana llevaba un año trabajando como abogada de oficio. Y que el tal Goose era un ladrón de poca monta a la que ella estaba defendiendo.

Yuri y Mikhail, por su parte, estaban hablando de béisbol. Y Sydney no necesitó de los amables servicios de traducción de Nadia para adivinar que, mientras que Yuri era hinchado de los Yankees, su hijo lo era de los Mets. En su conversación había mucho aparato gestual y muchas exclamaciones en ucraniano mezcladas con el inglés. Además de muchas risas y bromas.

-Rachel es una idealista -declaró de repente Alex. Con los codos sobre la mesa y la barbilla apoyada en un puño, se volvió hacia Sydney-. ¿Y tú?

-Yo soy lo suficientemente inteligente para haberme sentado entre un policía y una abogada -sonrió.

-¡Fuera esos codos de la mesa! -exclamó Nadia, dándole a su hijo un manotazo-. Mikhail nos comentó que trabajabas de ejecutiva de una empresa. Y que eras muy inteligente. Y honesta.

Aquella descripción la hizo ruborizar.

-Bueno... al menos intento serlo.

-La semana pasada tu empresa atravesó una situación muy delicada -le dijo Rachel después de apurar su copa de vodka-. Te manejaste muy bien. Y creo que tu comportamiento fue algo más que honesto. Fue admirable. ¿Hace tiempo que conoces a Mikhail?

-Oh, no -parpadeó, asombrada de aquella pregunta tan directa-. Nos conocimos el mes pasado, cuando irrumpió en mi despacho dispuesto a arrollar a cualquier miembro de la familia Hayward que se encontrara.

-Me mostré muy educado -la corrigió el aludido.

-No estoy de acuerdo -como sabía que a Yuri le estaba divirtiendo su comentario, añadió en el mismo tono-. Se mostró brusco y furioso. Agresivo.

-Ese carácter lo heredó de mamá -le explicó Yuri a Sydney-. Tiene muy mal genio.

-Solo una vez... -confesó Nadia, sacudiendo la cabeza-... tuve que pegarle a mi marido en la cabeza, con una olla. Pero todavía no lo ha olvidado.

-Es que todavía tengo la cicatriz. Y tengo otra aquí -se señaló un hombro-. De cuando me arrojaste aquel cepillo.

-No debiste haberme dicho que mi nuevo vestido era feo.

-Es que lo era -repuso, encogiéndose de hombros-. Y tengo otra señal en el pecho, de cuando...

-Ya basta -muy digna, Nadia se levantó de la mesa-. Nuestra invitada va a pensar que soy una especie de dictadora.

-Es una dictadora -le dijo Yuri a Sydney, sonriendo.

-Y esta dictadora dice que vayáis recogiendo ya la mesa.

Sydney aún seguía riéndose cuando Mikhail conducía ya de regreso a Manhattan. En algún momento de aquella maravillosa cena se había olvidado del motivo de su enfado anterior. Quizá había tomado demasiado vino. El caso era que se sentía relajada y feliz. No podía recordar una tarde de domingo en la que se hubiera divertido tanto.

-Lo de las cosas que tu madre le tiró a tu padre: la olla, el cepillo... ¿Fue una invención suya o era verdad?

-Es verdad que mi madre tira cosas. Una vez me tiró a mí un plato de espagueti a la cabeza por haber hablado mal...

-Oh, me habría encantado verlo -soltó una carcajada-. ¿Lo esquivaste?

-No con la suficiente rapidez -sonrió Mikhail.

-Yo nunca he tirado nada en toda mi vida -suspiró con una mezcla de nostalgia y envidia-. Debe de ser muy liberador. ¿Sabes? Tu familia es maravillosa. Tienes mucha suerte.

-¿Así que no te ha importado cenar en Brooklyn?

-No es eso. Ya te dije que no soy una esnob, ni una estirada. Lo que pasa es que no estaba preparada. Debiste haberme avisado que íbamos allí.

-Si lo hubiera hecho... ¿habrías ido?

Sydney abrió la boca y la cerró de nuevo.

-No lo sé -reconoció-. ¿Por qué me has llevado?

-Quería verte allí, con mi familia. O quizá también quería que tú me vieras allí.

Sorprendida, se volvió para mirarlo. Estaban ya muy cerca de su destino. En cuestión de unos minutos, ella se iría a su casa y él a la suya.

-No entiendo por qué habría de importarte una cosa así.

-Entonces es que comprendes muy poco, Sydney.

-Podría comprender si tú fueras más claro -de repente, entender lo que estaba sucediendo le resultaba algo de vital, trascendente importancia. No podía soportar la incertidumbre.

-Soy mejor con las manos que con las palabras -impaciente con ella, consigo mismo, Mikhail aparcó el coche en el garaje del sótano del edificio. Cuando se quitó las gafas, su expresión no podía ser más sombría, más atormentada.

¿Acaso no era consciente Sydney de los estragos que su perfume estaba causando en sus sentidos? La manera que tenía de reírse, la forma que tenía su melena de ondear al viento... Y, después de que la había visto con su familia, era peor. Mucho peor. Ya había visto cómo su inicial rigidez se había derretido al contacto de unas pocas palabras amables. Al principio había temido acabar cometiendo un error. Que Sydney se mostrara fría, o altiva, o despreciativa con su familia...

Pero había sido todo lo contrario. En lugar de ello, había reído a carcajadas con su padre, con su madre, con todos. La seductora actitud de Alex, más que ofenderla, la había divertido. Y cuando Rachel le había comentado que se había portado muy bien con la señora Wolburg, se había ruborizado como una colegiala.

¿Cómo diablos podía haber previsto que acabaría enamorándose de Sydney? Y ahora que volvía a estar a solas con ella, toda aquella fría reserva estaba resurgiendo. Podía verlo en su envaramiento, en la rigidez y tensión con que estaba saliendo del coche.

-Te acompaño arriba -cerró la puerta del coche.

-No es necesario -Sydney no sabía qué era lo que había acabado por estropear la velada. Pero estaba dispuesta a cargar toda la culpa sobre sus hombros.

-Te acompaño -insistió Mikhail, dirigiéndose con ella hacia el ascensor.

-De acuerdo.

Entraron en el ascensor sin decir palabra. La subida se les hizo eterna. Una vez ante la puerta de su apartamento, y con las llaves en la mano, Sydney se volvió hacia él.

-Me ha encantado conocer a tu familia -pronunció, cortés-. Por favor, trasmíteles una vez más a tus padres lo muy agradecida que les estoy por su hospitalidad -abrió la puerta-. Puedes localizarme en la oficina si surge algún problema esta semana con las obras.

Pero Mikhail extendió una mano para sujetar la puerta, antes de que ella pudiera cerrársela en las narices.

-Voy a entrar.

7

Sydney analizó las posibilidades que tenía de cerrar la puerta. Eran muy escasas, así que adoptó una actitud de helada reserva.

-Es demasiado tarde para tomar un café.

-No quiero tomar nada -Mikhail terminó de entrar y cerró de un portazo.

-Dice mucho sobre sus modales que un hombre entre en el apartamento de una mujer como tú acabas de hacerlo.

-Nunca he presumido de mis modales -repuso, y hundiendo las manos en los bolsillos, pasó al salón.

-Debiste de traer de cabeza a tus padres -comentó Sydney.

-¿Te han caído bien? -inquirió, volviéndose de repente hacia ella.

-Por supuesto -contestó, desconcertada por su pregunta-. Ya te lo he dicho.

-Pensé que quizá solo me lo habías dicho... -arqueó una ceja... en una alarde de esos buenos modales que dices tener.

Como insulto, Sydney pensó que estaba muy bien dirigido. La indignación hizo pedazos su glacial indiferencia.

-Pues no; pensaste mal. Y ahora, dado que ya hemos aclarado este asunto, será mejor que te vayas.

-No hemos aclarado nada. Dime por qué has cambiado tan rápidamente de actitud.

-No sé de qué estás hablando...

-Con mi familia estuviste amable y simpática. Sonreías con tanta facilidad... Pero ahora, conmigo, vuelves a estar fría y distante. Ya no sonríes.

-Eso es absurdo -forzó una leve y tensa sonrisa-. ¿Ves? Ya te he sonreído. ¿Satisfecho?

La impaciencia relampagueó en los ojos de Mikhail cuando comenzó a pasear por la habitación.

-No me he quedado satisfecho desde la primera vez que entré en tu despacho. Sufro, y eso no me gusta.

-Se supone que los artistas tienen que sufrir -le espetó ella-. Y no veo qué puedo tener yo que ver con eso. He satisfecho todas las peticiones que me hiciste con respecto al edificio. He cambiado las ventanas, la instalación del agua, la...

-No se trata de eso.

-¿Sabías que se nota más tu acento cuando te enfadas? La estructura de tus frases se resiente. Y mezclas los tiempos verbales.

-Me gustaría oírte hablar mi lengua.

Sydney dejó bruscamente su bolso, que todavía llevaba colgado del hombro, sobre la mesa.

-Baryshnikov. Glasnost.

-Eso es ruso. Y yo soy ucraniano. Es un error que sueles cometer, pero lo pasaré por alto -se acercó hacia ella, haciéndola retroceder.

-Estoy segura de que podríamos disfrutar de una fascinante conversación hablando de idiomas, pero me temo que eso tendrá que esperar -continuó retrocediendo cuando él dio otro paso hacia ella-. Como antes te dije, me ha encantado la tarde que hemos pasado. Y ahora... ¡deja de acosarme!

-Te estás imaginando cosas. Tú no eres un conejo. Eres una mujer.

Pero en el fondo se sentía tan indefensa y paralizada como un pobre conejo cegado por los faros de un coche.

-No entiendo por qué estás tan enfadado...

-Me pongo así cada vez que te veo, o pienso en ti.

Sydney se refugió detrás de una mesa, hasta que de repente se detuvo. Sabía que si seguía retrocediendo, Mikhail acabaría por acorralarla contra la pared.

-De acuerdo, maldita sea. ¿Qué es lo que quieres?

-Tú. Ya sabes que te quiero a ti.

El corazón se le subió a la garganta de golpe.

-No -replicó, disgustada consigo misma por el evidente temblor de su voz-. No me gusta el juego que estás jugando conmigo.

-¿El juego? ¿Qué puede hacer un hombre cuando una mujer lo enardece e inflama para después enfriarlo? ¿Cuando lo mira con pasión para después congelarlo con su indiferencia? -alzó las manos con un gesto de frustración para dejarlas caer después sobre la mesa, con las palmas abiertas-. Te dije con toda sinceridad que no deseaba a tu madre, sino a ti. Y tú sigues pensando que soy un mentiroso...

-Yo no... -apenas podía respirar. Se apartó deliberadamente, agarrando una silla del respaldo y colocándola frente a sí. Cometió un error al mirarlo a los ojos. En ellos veía una decisión tan implacable que la sangre empezó a arderle en las venas-. No me deseabas antes.

-¿Antes? Creo que te deseé desde el primer momento que te vi. ¿A qué te refieres con ese «antes»?

-En el coche -la humillación tiñó de rojo sus mejillas-. Cuando yo... aquella noche que volvíamos de Long Island. Estábamos., -apretó con fuerza el respaldo de la silla-. Eso no importa.

En dos zancadas se colocó frente a ella, al otro lado de la silla, cubriéndole las manos con las suyas.

-Explícame lo que quieres decir.

«Es orgullo», se dijo Sydney. Todo se trataba de una cuestión de orgullo.

-De acuerdo, acepto. Solo para aclarar las cosas y para evitar que tengamos que repetir esta conversación. Aquella noche, en el coche, empezaste algo. Yo no te lo pedí, ni lo provoqué; lo empezaste tú solo -aspiró profundamente para evitar que le temblara la voz-. Y tú te detuviste... bueno, porque no me deseabas realmente, después de todo...

Por un instante Mikhail no hizo otra cosa que mirarla fijamente, demasiado sorprendido para articular palabra, pero entonces su expresión se transformó, súbitamente. Al ver surgir aquella rabia, fue Sydney la que se quedó sin habla.

Mikhail le arrancó la silla de las manos y la lanzó a un lado, pronunciando una maldición. Sydney no entendió las palabras, pero no albergaba ninguna duda acerca de su sentido. Y su asombro creció cuando se vio levantada del suelo, sostenida en vilo.

-Idiota, ¿cómo puedes tener tan poco cerebro?

-No estoy dispuesta a quedarme aquí para aguantar tus insultos -demasiado bien sabía que no podía huir. De hecho, ni siquiera podía tocar el suelo con los pies.

-No es un insulto, es la verdad. Durante semanas enteras he intentado comportarme como un caballero.

-¡Un caballero! -exclamó, furiosa-. Pues has fracasado miserablemente.

-Creo que necesitas tiempo. Tiempo para que te explique lo que siento realmente. Y lamento haberte tratado como lo hice aquella noche. Seguro que pensarías que yo era un... -se interrumpió, intentando encontrar la palabra adecuada.

-Un bárbaro -le espetó ella-. Un salvaje.

-Seguramente pensaste que yo era un hombre aficionado a abusar de las mujeres por puro placer. Aficionado a forzarlas y a hacerles daño.

-No se trata de un problema de fuerza -replicó fríamente Sydney-. ¡Y ahora bájame de una vez!

Pero Mikhail la alzó todavía más, sosteniéndola de la cintura.

-¿Crees que aquella noche me contuve porque no te deseaba realmente?

-Soy muy consciente de que la sensualidad no es uno de mis dones.

-Estábamos en un coche, en medio de la ciudad, con un chofer conduciendo delante. Y yo estaba dispuesto a desgarrarte la ropa para hacerte el amor allí mismo. Eso me hizo sentirme descontento conmigo mismo, y contigo también, porque poseías el poder de hacer que me olvidara de todo. De todo excepto de ti.

Sydney intentó pensar en una respuesta, pero de repente Mikhail la bajó al suelo y comenzó a acariciarla. La rabia que antes había brillado en sus ojos acababa de convertirse en una indescriptible emoción que le quitaba el aliento.

-Desde entonces, cada día... -murmuró-... cada noche he recordado tu mirada, tu expresión, su sabor. Te he deseado aun más: He esperado que me ofrecieras aquello que vi en tus ojos aquella noche. Pero no lo has hecho. Y ahora ya no puedo esperar.

Enterró las manos en su melena y cerró los puños, acercándole la cabeza para apoderarse de sus labios. El gemido que emitió Sydney no fue de dolor, sino de atormentado placer. Lo deseaba, lo anhelaba desesperadamente, invitándolo, aceptándolo.

Con un gruñido, Mikhail dejó de besarla en la boca para enterrar los labios en su cuello. Ella no se lo había pedido, ni provocado a hacerlo. Esas eran las palabras que antes había utilizado, y necesitaba estar seguro.

-Condéname al infierno o elévame al cielo -musitó-. Pero hazlo ahora. Rápido.

Sydney le echó los brazos al cuello. Sabía que se marcharía, que la abandonaría, tal y como había hecho aquella primera vez. Y si lo hacía, ella ya nunca podría sentir aquella deliciosa locura...

-Te deseo. Sí, te deseo. Hazme el amor.

Mikhail volvió a besarla en la boca, violenta, ardiente, apasionadamente, mientras deslizaba las manos por su cuerpo. Más que acariciándola, la estaba marcando a fuego, con su sello. Con una larga y posesiva caricia que sentaba una exigencia, una reclamación. Ya era demasiado tarde para elegir.

El temor y el placer batallaban en el interior de Sydney, en abrumadoras olas de emoción que la dejaban temblando, anhelante. Hundía los dedos en su cabello, en sus hombros... a través de la fina tela de su camisa podía sentir el urgente latido de su corazón, que se había acelerado por y para ella.

«Más», se decía Mikhail. Solo podía pensar en que necesitaba más. Sydney se movía contra él, con aquel pequeño y esbelto cuerpo suyo agitándose dispuesto y ansioso. Cuando la tocaba, cuando sus manos de artista la esculpían encontrando las formas y curvas que sabía perfectas, sus deliciosos y roncocos gemidos resonaban en sus oídos como truenos. Más.

Le deslizó los tirantes por los hombros, apresurado por apartar aquel obstáculo. Sin dejar de besar la suave curva de su cuello, encontró la cremallera, la bajó y el vestido terminó cayendo a sus pies. Oh, Dios. Su ropa interior de fantasía, una corta y vaporosa combinación, le quitó el aliento. Sydney alzó una temblorosa mano para cubrirse, pero él se la sujetó, impidiéndoselo.

-Mikhail... -vio que se limitaba a asentir con la cabeza, incapaz de hablar-. Yo... el dormitorio.

Se había sentido tentado de hacerle el amor allí mismo, en el suelo. Recuperándose, bromeó:

-Espero que no esté muy lejos.

Sydney se echó a reír y le indicó dónde estaba. Ningún hombre la había llevado a la cama antes, un acto que encontraba maravillosamente romántico. Insegura acerca de lo que debía hacer, deslizó tentativamente los labios por su cuello. Lo sintió temblar. Más animada, hizo lo mismo con su oreja, y le arrancó un gemido. Suspirando de placer, continuó seduciéndolo mientras le acariciaba los hombros por debajo de la camisa.

Mikhail la abrazó con fuerza. Y cuando ella alzó la cabeza para mirarlo, la levantó en brazos para segundos después tumbarla sobre la cama.

-¿No deberíamos correr las cortinas? -su pregunta terminó en un jadeo en el preciso instante en que Mikhail empezó a hacerle cosas maravillosas, inefables. No había lugar para la timidez en el universo apasionado, enloquecido, que los dos habitaban.

No se suponía que tenía que ser así. Sydney siempre había pensado en el acto amoroso como algo horriblemente mecánico o tranquilamente placentero. No se suponía que tenía que ser tan urgente, tan turbulento. Tan increíble. Aquellas grandes y hábiles manos amasaban su piel, transformando todo su ser en un laberinto de sensaciones. Y su boca compartía aquel apresuramiento mientras realizaba los mismos eróticos itinerarios.

Mikhail se sentía perdido en ella. Absoluta e irremediablemente perdido. Incluso el aire estaba lleno de la esencia de Sydney, de su aroma sutil y maravillosamente seductor. Su piel parecía derretirse bajo sus dedos, bajo sus labios. Cada leve temblor que percibía lo volvía loco de pasión. Impaciente, bajó la boca hasta sus senos, lamiéndoselos a través de la seda, mientras deslizaba las manos hasta sus caderas, y más abajo... Hasta que la sintió húmeda, deseosa, ardiente.

Cuando la tocó con aquella intimidad, Sydney arqueó el cuerpo, consternada por la impresión. Alzó un brazo para agarrarse a uno de los barrotes de la cabecera de bronce de la cama. El placer se disparó en su interior como un resorte, rápido y ardiente como una bala. Y de repente el miedo se anudó con el deseo hasta convertirse en un solo sentimiento; no sabía si suplicarle que cesara o que continuara. Que continuara sin detenerse nunca.

Indefensa, fuera de control, jadeaba sin aliento. Era como si todo su sistema nervioso se hubiera contraído en un nudo tenso, ardiente. Y mientras estaba sollozando su nombre, el nudo estalló y se sintió resquebrajada, partida en mil pedazos.

Insoportablemente excitado, Mikhail la observaba, perdiéndose en la contemplación del rubor que teñía sus mejillas, del oscuro deseo que había ensombrecido sus ojos. Por ella, por él mismo, continuó excitándola hasta convertir su cuerpo en una pura llama.

-Por favor -jadeó mientras él la despojaba de la combinación de seda.

-Te gustará -le acarició un pezón con la lengua-. Y a mí también.

Sydney no creía que fuera posible un mayor placer, pero él parecía empeñado en demostrárselo. Incluso mientras ella le quitaba frenéticamente la ropa, Mikhail continuó enloqueciéndola de deseo y haciéndole gozar más de lo que nunca hubiera creído posible. Sus manos nunca se quedaban quietas mientras rodaba por la cama con ella, ayudándola a desembarazarse de cualquier barrera que pudiera interponerse entre ellos.

Quería que se volviera loca por él, tanto como él lo estaba por ella. Y podía sentir su salvaje necesidad en la manera que tenía de retorcerse bajo su cuerpo, en la avidez con que lo buscaban sus manos. Y, también, en su forma de gritar cuando descubría algún secreto que había estado guardando solo para él... No pudiendo esperar más, se hundió en ella.

Estaba más allá de todo placer. No existían adjetivos que pudieran describir el gozo que sintió Sydney. Su cuerpo se arqueaba y convulsionaba para adaptarse al suyo, de acuerdo con un ritmo que le resultaba tan natural como respirar. Era consciente de que le estaba susurrando desesperadas palabras en una confusa mezcla de idiomas. Comprendía que, allí donde estuviera ella, Mikhail estaría a su lado, igualmente cautivos el uno del otro.

Había caído la noche, y la habitación estaba en sombras. Preguntándose si su mente volvería a aclararse algún día, con la mirada fija en el techo, Sydney escuchaba la regular respiración de Mikhail. Sabía que era una locura, pero habría sido capaz de escuchar aquel sonido durante horas y horas. Y quizá fuera eso lo que había estado haciendo.

Ignoraba cuánto tiempo había transcurrido desde que Mikhail entró a la fuerza en su apartamento. Podían haber sido minutos u horas, pero eso apenas importaba. Su vida había experimentado un gran cambio. Sonriéndose, le acarició tiernamente el cabello. Mikhail volvió la cabeza, solo unos centímetros, y la besó en la mejilla.

-Creía que estabas dormido -murmuró Sydney.

-No -alzó la cabeza, y ella pudo distinguir el brillo de una sonrisa en sus ojos.

-¿Ha... -ruborizándose, no se atrevía a formular la pregunta-... ha estado bien?

-No -respondió Mikhail, y de inmediato percibió su rápido rechazo-. Sydney, puede que no me exprese tan bien como tú, pero «bien» es una palabra muy poco afortunada.

-Yo solo quería decir... -se removió, incómoda.

-Será mejor que encendamos una luz.

-No, no es... necesario.

Pero Mikhail ya había encendido la lámpara de la mesilla.

-Quiero verte, porque creo que dentro de unos instantes voy a hacerte de nuevo el amor. Y me encanta mirarte -le acarició los labios con los suyos-. No.

-¿No qué?

-No tenses los hombros. Me gustaría creer que puedes relajarte conmigo.

-Estoy relajada -dijo, y a continuación suspiró profundamente. Sabía que no estaba diciendo la verdad-. Lo que pasa es que siempre que te hago una pregunta directa, me sales con evasivas. Yo solo quería saber si te has quedado... bueno, satisfecho.

Antes había estado segura de ello, pero ahora, cuando el ardor se había entibiado, se preguntaba si tal vez simplemente habían sido imaginaciones suyas...

-Ah -la abrazó, rodando para colocarla encima suyo-. Esto es como un concurso de preguntas y respuestas; cuando estaba en el colegio, me encantaban. Tienes varias opciones: A es «muy bien», B es «magnífico» y C es «maravilloso».

-Oh, olvídale.

Mikhail le sujetó las manos, reteniéndola cuando intentó apartarse.

-Aún no he terminado contigo, Hayward. Todavía tengo que responder a tu pregunta, pero me temo que no tengo suficientes opciones -la acercó hacia sí para darle un largo y dulce beso-. ¿Comprendes ahora?

Los ojos de Sydney todavía seguían oscurecidos por el placer que antes habían compartido. Su mirada parecía expresar más que mil palabras de ternura...

-Sí.

-Bien -le hizo apoyar la cabeza sobre su pecho y comenzó a acariciarle delicadamente la espalda-. ¿Te gusta?

-Sí -sonrió de nuevo-. Me gusta -siguieron unos minutos de plácido silencio-. ¿Mikhail?

-¿Mmm?

-Yo tampoco tengo tantas opciones.

Sydney estaba tan hermosa así, durmiendo, que Mikhail apenas podía apartar la mirada. Su cabello era como un halo de fuego dorado, cubriéndole parte de la cara. Una mano, pequeña y delicada, descansaba sobre la almohada donde él apoyaba la cabeza. La sábana, revuelta después de horas enteras haciendo el amor, la cubría a medias, llegando justo hasta la curva de un seno.

Había estado mejor que en cualquier fantasía que hubiera tenido Mikhail: generosa, abierta, conmovedoramente sexy y tímida al mismo tiempo. Había sido como iniciar a una virgen y ser seducido a la vez por una sirena. Y, después, el azoro, las dudas sobre sí misma... ¿De dónde habían podido salir aquellas dudas? Tendría que sonsacarle su origen. Tenía que averiguarlo, a toda costa.

Pero en aquel momento, contemplándola a la luz del alba, estaba tan hermosa y sentía una ternura tan inmensa por ella... Odiaba despertarla, pero sabía que se sentiría dolida si la abandonaba durmiendo. Con exquisita delicadeza, le apartó el cabello del rostro y la besó.

-Sydney...

Su soñoliento susurro le incendió la sangre en las venas.

-Despiértate para despedirme.

-¿Ya es de día? -parpadeó varias veces y se lo quedó mirando fijamente mientras se desperezaba-. Estás vestido.

-Pensé que sería mejor salir así a la calle. Mejor vestido que desnudo.

-¿Salir para qué?

-Para trabajar en el edificio del Soho. Ya casi son las siete. He hecho café y he utilizado tu ducha.

Sydney asintió. Podía reconocer ambos olores: el aroma del café y el del jabón en su piel.

-Tenías que haberme despertado.

-Anoche no te dejé dormir mucho. ¿Querrás venir a mi apartamento cuando salgas del trabajo? Te prepararé una buena cena.

-Sí -sonrió, aliviada.

-¿Y te quedarás a pasar otra noche conmigo, en mi cama?

-Sí -se sentó, para mirarlo frente a frente.

-Bien. Y ahora dame un beso de despedida.

-De acuerdo -al echarle los brazos al cuello, la sábana resbaló hasta su cintura; satisfecha, vio que bajaba la mirada y percibió de inmediato su excitación. Muy lentamente, esperando a que volviera a mirarla a los ojos, se fue acercando hasta acariciarle los labios con los suyos, para después retirarse. Repitió un par de veces la misma operación. Y empezó a desabrocharle los botones de la camisa.

-Sydney -protestó, riendo, y le sujetó las manos-. Voy a llegar tarde por tu culpa.

-De eso se trata -sin dejar de sonreír, le deslizó la camisa por los hombros-. Y no te preocupes, que yo te justificaré ante tu jefa...

Dos horas después, Sydney entraba en su despacho con un ramo de flores que había comprado en la calle. Se había dejado el cabello suelto y lucía un veraniego traje amarillo que sintonizaba a la perfección con su humor.

-¡Vaya, señorita Hayward! -exclamó Janine, su secretaria-. Tiene usted un aspecto fabuloso.

-Gracias, Janine. Y por dentro me siento exactamente así. Son para ti.

Janine aceptó las flores, tan sorprendida como azorada.

-Oh... gracias. Muchas gracias.

-¿Cuándo tengo mi primera entrevista?

-A las nueve y media, con la señorita Brinkman y los señores Lowe y Keller, para rematar la compra del proyecto de viviendas de Nueva Jersey.

-Eso quiere decir que aún dispongo de veinte minutos. Me gustaría hablar contigo en mi despacho.

-Muy bien -Janine se levantó, dispuesta a tomar su bloc de notas.

-No necesitarás eso -le dijo Sydney, y pasó al despacho. Después de sentarse, le indicó a Janine que hiciera lo mismo-. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Hayward?

-El pasado mes de marzo hice cinco años.

Sydney se recostó en su sillón y contempló a su secretaria. Le gustaba mucho. Janine era tan inteligente como atractiva. Tenía unos ojos grises de mirada franca y directa, y un precioso pelo rubio, liso y corto. Se notaba que cuidaba bastante su apariencia. Y la apariencia era un factor importante, aunque no fundamental, para lo que tenía en mente.

-Empezaste muy joven en la empresa.

-Con veintiún años -respondió Janine, sonriendo levemente-. Nada más salir de la universidad.

-¿Estás contenta con lo que haces, Janine?

-¿Perdón?

-¿Tienes intención de dedicarte para siempre al trabajo de secretaria, o tienes alguna ambición?

-Espero llegar algún día a dirigir un departamento -le confesó la joven, algo incómoda-. Pero me gusta trabajar para usted, señorita Hayward.

-Llevas cinco años trabajando en la empresa, en realidad cinco más que yo, que solo llevo unos meses, y aun así te gusta trabajar para mí. ¿Por qué?

-¿Que por qué? Porque ser secretaria de la presidenta de Hayward es un trabajo importante, y creo que soy eficaz.

-Convengo contigo en ambas afirmaciones -Sydney se levantó del sillón y empezó a pasear por la habitación-. Seré franca contigo, Janine. Nadie aquí, en Hayward, espera que yo me quede más de un mes o dos, y estoy segura de que se dice por ahí que paso más tiempo charlando por teléfono o pintándome las uñas que trabajando -por el rubor de Janine, comprendió que no iba muy descaminada-. Me asignaron una secretaria, y no un ayudante ejecutivo, o un subdirector, porque no se suponía que fuera a tener necesidad de uno. ¿Me equivoco?

-No. Esos son los rumores que corren por la oficina -Janine se irguió, sosteniéndole la mirada. Si la iban a despedir, se marcharía con la cabeza bien alta-. Yo acepté el trabajo porque significaba una buena promoción, a la vez que un aumento de sueldo.

-Y yo creo que hiciste muy bien. Se te abrieron las puertas, y tú entraste. Y desde que empezaste a trabajar para mí, tu comportamiento ha sido excelente. Eres la única

secretaria que he tenido, pero siempre te veo sentada ante tu escritorio cuando entro por la mañana, y a menudo te quedas trabajando después de que me marchó. Cuando te pido una información, siempre me la das, o me la consigues. Cuando te pregunto algo, tú me lo explicas. Nunca me has fallado.

-No me gusta hacer las cosas a medias, señorita Hayward.

Sydney sonrió, porque eso era exactamente lo que deseaba oír.

-Y quieres progresar. Y, sin embargo, cuando mi posición fue más débil que nunca en la empresa, la semana pasada, me apoyaste. Lo de interrumpir aquella reunión del consejo de administración fue un gran riesgo para ti, y el hecho de que en aquel momento te pusieras de mi lado habría reducido tus posibilidades de promoción si yo me hubiera visto obligada a dimitir. Ciertamente te ganaste un enemigo muy poderoso.

-Yo trabajo para usted, no para el señor Bingham. E incluso aunque no hubiera sido una cuestión de lealtad, yo solo hice lo que consideraba era lo correcto.

-Yo valoro mucho la lealtad, Janine. Las flores que acabo de regalarte eran una muestra de agradecimiento por esa lealtad.

-Gracias, señorita Hayward -la joven sonrió, más relajada.

-De nada. Y creo que tu promoción a ayudante ejecutiva, con el correspondiente salario y pluses, es una decisión acertada profesionalmente hablando.

Janine se quedó con la boca abierta.

-¿Perdón?

-Espero que aceptes el puesto, Janine. Necesito a alguien en quien pueda confiar, alguien a quien respete, y alguien que sepa manejar el papeleo de una empresa. ¿Aceptas? -Sydney le tendió la mano. Y la joven se la quedó mirando fijamente antes de levantarse para estrechársela con firmeza.

-Señorita Hayward...

-Llámame Sydney. Si vamos a estar juntas en esto, será mejor que nos tuteemos.

-Sydney -rió Janine, contenta-. Espero no estar soñando.

-Estás bien despierta. Y tu primera tarea en tu nuevo puesto será concertar una reunión con Lloyd. Hazlo de la manera más formal posible, para hoy mismo, en mi despacho, para las cuatro y media.

Lloyd se retrasó, pero Sydney era paciente. Pensó incluso en aprovechar ese tiempo para reflexionar y asegurarse de que no había tomado una decisión precipitada.

-Has escogido el peor día para esta reunión. Tenemos mucho trabajo -fue lo primero que le dijo.

-Siéntate, Lloyd.

Lo hizo, y ella esperó a que sacara un cigarrillo.

-No tardaremos mucho. Procuraré ser lo más breve posible.

Lloyd sonrió confiado después de exhalar una bocanada de humo.

-¿Tienes problemas con alguno de los proyectos?

-No -sonrió fríamente-. Es el enfrentamiento interno que existe en Hayward lo que me preocupa, y he decidido ponerle remedio.

-La reorganización de la empresa es un asunto muy delicado y laborioso -cruzó una pierna y se recostó en la silla-. ¿Crees sinceramente que vas a durar el tiempo suficiente para intentarlo?

-No voy a intentarlo, voy a hacerlo. Quiero tu carta de renuncia en mi mesa para las cinco de la tarde de mañana.

-¿De qué diablos estás hablando? -le preguntó, dando un respingo.

-De tu dimisión, Lloyd. O, si es necesario, de tu salida definitiva de Hayward. La diferencia depende de ti.

-¿Crees que puedes despedirme? -aplastó el cigarrillo en el cenicero-. No llevas aquí más que tres meses... ¿y me despidas a mí, que llevo doce años trabajando para Hayward?

-Así es. Tanto si llevo tres meses como tres años, yo soy una Hayward. No toleraré que un subordinado mío socave mi posición en la empresa. Es evidente que no estás satisfecho con tu actual posición en la compañía, y puedo garantizarte que voy a seguir al frente durante mucho tiempo. Así que, en consecuencia, y tanto por tu interés como por el mío, te pido que renuncies.

-No lo haré.

-Eso es una decisión tuya, por supuesto. Yo, por mi parte, plantearé el asunto ante el consejo, y utilizaré todo mi poder para recortar el tuyo -y añadió, siguiendo un impulso- Al filtrar a la prensa el accidente de la señora Wolburg colocaste en una posición muy difícil no a mí, sino a la empresa. Como vicepresidente ejecutivo te debes a la compañía, y no a algún oscuro sentimiento de resentimiento y venganza contra mí.

Lloyd se tensó visiblemente, y Sydney comprendió que había acertado en sus suposiciones.

-No tienes forma de probar que esa filtración procedió de mi despacho.

-Te sorprendería saber lo que soy capaz de probar -replicó-. Ya te dije que, si el consejo me respaldaba con el proyecto del Soho, no querría de ti más que tu lealtad o tu renuncia. Y ambos sabemos que tu lealtad no existe.

-Yo te diré lo que vas a conseguir con esto -el tono de Lloyd era burlón, pero por debajo de su impecable traje gris estaba sudando-. Yo estaré sentado detrás de ese escritorio cuando tú vuelvas de Europa, cansada de ir de tiendas.

-No, Lloyd. Tú nunca te sentarás detrás de este escritorio. Como mayor accionista de Hayward, me aseguraré de ello. Hasta ahora... -añadió con tono suave... no he creído necesario informar al consejo de las muchas ocasiones en que has ignorado mis órdenes y recomendaciones, y pasado por alto las quejas de mis clientes, inquilinos o asociados, que yo me ocupaba de transmitirte. Pero, pierde cuidado, ahora sí que lo haré. Y, teniendo en cuenta el clima actual que domina el consejo, creo que mis deseos serán satisfechos.

Lloyd cerró los puños de rabia.

-¿Piensas que solo porque has tenido éxito una vez, y porque tu senil abuelo te sentó en ese sillón, puedes darme la patada? Te hundiré. Ya lo verás.

-Intentalo cuando quieras. Pero si no lo consigues, te resultará difícil encontrar una posición parecida en cualquier otra compañía -le lanzó una mirada helada-. Si dudas de que tengo cierta influencia, o las agallas suficientes para utilizarla, estás muy equivocado. Dispones de veinticuatro horas para tomar una decisión. Hemos terminado.

-Maldita seas.

Sydney se levantó, firme.

-Fuera -le ordenó con tono tranquilo.

-Me voy, pero no te creas que hemos terminado -giró sobre sus talones y salió dando un portazo.

Después de respirar profundamente varias veces, Sydney se dejó caer en su sillón. Sí, tenía que reconocer que estaba temblando... pero solamente un poco. Y de rabia, no de miedo. De repente descubrió que ya no sentía la necesidad de desahogar su mal humor rompiendo papeles o retorciendo clips. De hecho, se sentía maravillosamente bien.

8

Mikhail echó la mezcla de carne picada, tomate y especias en la vieja olla de hierro y contempló la calle por la ventana de la cocina. Después de probarla, añadió un poco más de vino tinto. En el equipo de música del salón sonaba un aria de ópera. Una vez más se preguntó cuándo llegaría Sydney.

Dejó cocer la mezcla y se acercó al salón para observar el bloque de palisandro que poco a poco estaba convirtiendo en un rostro: el de Sydney. Su boca. Había una suavidad, una ternura en ella que poco a poco estaba surgiendo en la madera. Le tomó la medida con el pulgar y el índice. Y recordó su sabor, la delicia de sentirla contra la suya, miel caliente atemperada con fresco vino blanco. Era una boca que generaba adicción.

Aquellas mejillas, aquellos pómulos tan elegantes, tan aristocráticos. Y aquella barbilla firme y orgullosa... Delineó su curva con la punta de un dedo y evocó la exquisita tersura de su piel. Sus ojos. Al principio había temido que pudiera tener problemas para esculpir sus ojos. No por su forma, sino por el sentimiento que habitaba en ellos, los misterios que escondían. Había muchas cosas todavía que necesitaba saber. Se inclinó hacia el busto a medio terminar, encarándose con él.

-Me dejarás entrar -susurró. Al oír que llamaban a la puerta, se quedó donde estaba, contemplando aquel rostro esbozado-. Está abierta.

-Hey, Mik -Keely entró en el apartamento, vestida a la manera habitual: con una vistosa camiseta y unos pantalones cortos de color verde neón- ¿Tienes algo frío? Por fin se me ha terminado de estropear el frigorífico.

-Sírvete tú misma -le dijo con tono ausente.

-Dios mío, esto huele fenomenal -comentó desde la cocina, echando un vistazo al contenido de la olla-. Y parece demasiado para una sola persona...

-Es para dos.

-Oh -la boca se le estaba haciendo agua mientras sacaba un refresco de la nevera-. Sigue pareciéndome demasiado para dos...

Mikhail se volvió para mirarla, sonriendo.

-Échate un poco en un cuenco. Ya te lo calentarás después.

-Eres un rey, Mik -se puso a rebuscar en su armario-. Y bien... ¿quién es esa dama tan afortunada?

-Sydney Hayward.

-Sydney... -de repente abrió mucho los ojos, y casi dejó caer la cuchara con la que iba a apartar un poco de goulash para ella-...-Hayward. ¿Te refieres a la rica y hermosa Hayward que se viste de seda para ir al trabajo y que suele llevar un bolso de seiscientos dólares? ¿Ella va a venir aquí, a cenar contigo y todo eso?

-Pues sí.

-¡Guau! -no se le ocurría nada más. Y tampoco estaba segura de que aquello le gustara. No, en absoluto, se repitió mientras terminaba de apartar su ración de goulash.

Para Keely, la gente rica era diferente. Y aquella dama era rica con mayúsculas. Sabía que Mikhail había ganado mucho dinero con la escultura, pero no se lo imaginaba como un hombre rico. Él era simplemente Mik, el vecino simpático y sexy que siempre estaba dispuesto a desatascarle el fregadero o a compartir una cerveza con ella. Con el cuenco en la mano, se le acercó y vio la obra en la que estaba trabajando.

-¿Te gusta?

-Claro, siempre me gusta lo que haces -lo que no le gustaba a Keely era la expresión con que Mikhail estaba contemplando aquel busto-. Hey, supongo que los dos os habréis... enredado, ¿no?

-Sí -con las manos en los bolsillos, sorprendió una mirada de preocupación en sus ojos-. ¿Hay algún problema?

-¿Problema? No, no. Ninguno -se mordió el labio inferior-. Bueno, es solo que... Mik, esa mujer es de clase alta. No es como nosotros.

-Estás preocupada por mí -adivinó Mikhail, sonriendo.

-Bueno; somos amigos; ¿no? No podría soportar ver sufrir a un amigo.

Conmovido, le dio un beso en la punta de la nariz.

-¿Como hiciste tú con aquel actor de piernas de palillo?

-Ya, supongo que sí -reconoció, incómoda-. Pero yo no estaba enamorada de él, ni nada parecido. O solo un poco.

-Pero lloraste.

-Ya, sí, pero es que yo soy de lágrima fácil. Lloro hasta con los anuncios de televisión -volvió la mirada hacia el busto. Y pensó que definitivamente era de una aristócrata-. Una mujer con una cara así podría hacer que un tipo se metiera en la Legión Extranjera, o algo peor...

Mikhail se echó a reír y la despeinó cariñosamente.

-No te preocupes.

Antes de que pudiera pensar en algo más que añadir, volvieron a llamar a la puerta. Después de darle a Keely una palmadita cariñosa en un hombro, fue a abrir.

-Hola -la expresión de Sydney se iluminó nada más verlo. Llevaba un maletín en una mano y una botella de champán en la otra-. Vaya, hay algo aquí que huele maravillosamente. La boca se me ha hecho agua ya en el tercer piso y... -de repente descubrió a Keely cerca del banco de trabajo, sosteniendo un cuenco con las dos manos-
-Hola -se aclaró la garganta. Tuvo que recordarse que era absurdo avergonzarse porque una vecina de Mikhail la hubiera visto entrar en su apartamento con una maleta de ropa, dispuesta a pasar la noche...

-Hola. Yo ya me iba -sintiéndose tan incómoda como la recién llegada, Keely fue un momento a la cocina a recoger su refresco.

-Me alegro de verte de nuevo -pronunció Sydney de pie al lado de la puerta, que aún seguía abierta-. ¿Ya te han asesinado? -le preguntó, refiriéndose a la película de televisión en la que sabía estaba participando.

-Sí. Ya me han estrangulado tres veces -sonriendo, se dispuso a marcharse-. Que disfrutéis de la cena. Gracias, Mik.

Cuando desapareció cerrando la puerta a su espalda, Sydney dejó escapar un largo suspiro.

-¿Siempre habla y se mueve a tanta velocidad?

-Casi siempre -Mikhail le rodeó la cintura con los brazos-. La preocupa que puedas seducirme, y manipularme, para luego dejarme en la estacada.

-Oh, vaya.

-Que me seduzcas y manipules no me importa -le mordisqueó suavemente el labio inferior, aprovechando aquel momento de distracción para quitarle el maletín de la mano y lanzarlo a un lado-. Me gusta tu traje. Pareces una rosa bañada por el sol.

-Y a mí me gustas tú. Todo el tiempo -deslizó las manos por su espalda.

-¿Tienes hambre?

-Más que hambre -respondió Sydney-. Me he saltado la comida.

-Solo tendrás que esperar unos minutos -le prometió. Tuvo que soltarla, reacio. Sabía que, si no lo hacía, la cena se retrasaría más, mucho más...

Sydney no podía sentirse más halagada por sus atenciones. Mikhail había instalado una mesa pequeña y dos sillas en la diminuta terraza que daba al dormitorio. Una solitaria peonía rosa se alzaba en el centro, en una vieja botella vacía de vino, y la música del estéreo se imponía al ruido del tráfico de la calle. A un lado había un cesto con sabroso pan negro y en la mesa ya estaban servidos los dos cuencos azules con el goulash.

Mientras comían, le habló de su decisión de ascender a Janine, y de su enfrentamiento con Lloyd.

-Le has pedido la renuncia. Pero deberías despedirlo.

-Es un poco más complicado de lo que parece -Sydney se llevó la copa de champán a los labios-. Pero el resultado es el mismo. Si se resiste, lo llevaré ante el consejo de administración. Tengo documentación en la que apoyarme. Este edificio, por ejemplo. Hace más de un año que mi abuelo le encargó a Lloyd que atendiera las peticiones de sus inquilinos y se ocupara de su mantenimiento. Ya conoces el resto de la historia.

-Entonces quizá tenga que estarle agradecido por ello -extendió una mano para sujetarle delicadamente un mechón detrás la oreja-. Si él hubiera sido un tipo honrado y eficiente, yo no habría tenido que entrar en tu despacho como lo hice. Y tal vez no estarías aquí conmigo, esta noche.

Tomándole la mano, Sydney se la apretó contra la mejilla.

-Entonces quizá debí haberle subido el sueldo, ¿no? -le besó la palma, sorprendida ella misma de lo fácil que le resultaba expresar sus sentimientos.

-Ni de broma.

-Sé que fue él quien filtró a la prensa lo del accidente de la señora Wolburg -partió un pedazo de pan y siguió comiendo-. Su resentimiento hacia mí ha acabado por colocar a Hayward en una posición muy difícil. Yo no estoy dispuesta a consentirlo, y el consejo de administración tampoco.

-Lo superarás. Estoy seguro -brindó por ella.

-Yo también. ¿Sabes? -pronunció con tono suave-. Hoy, por primera vez, me sentí libre, fuerte, responsable. Durante toda mi vida he hecho lo que me decían que era lo mejor, lo adecuado, lo que esperaban de mí.

-Comprendo lo que quieres decir. Estoy ante una mujer que está empezando a confiar en ella misma, y a tomar aquello que ella misma ha elegido -sonriendo, Mikhail le acarició una mejilla con la punta de un dedo-. Así que tómate a mí.

Lo miró. Aquellos ojos oscuros eran capaces de acelerar el corazón de cualquier mujer. Pero a ella le estaba sucediendo algo más que eso, y tenía miedo de analizarlo. Esforzándose por recordarse que solo existía el presente, se inclinó hacia él. Y Mikhail la abrazó al tiempo que murmuraba dulces palabras que ella no alcanzaba a comprender.

-Creo que tendré que comprarme un diccionario de ucraniano -Sydney cerró los ojos, disfrutando de la caricia de sus labios en su rostro.

-Esta que voy a pronunciar es fácil -y la repitió entre besos.

Sydney se echó a reír, mientras él la ayudaba a levantarse.

-Será fácil para ti. ¿Qué quiere decir?

-Te amo -la besó de nuevo. Cuando Sydney abrió los ojos, pudo ver en ellos tanta sorpresa como pánico.

-Mikhail, yo...

-¿Por qué te dan miedo las palabras? -la interrumpió-. El amor no es ninguna amenaza.

-Es que no esperaba esto... -le puso una mano en el pecho, para guardar cierta distancia.

-¿Y qué esperabas?

-Yo pensaba que tú... -Sydney se preguntó cómo podría expresarlo de una manera sutil, discreta-... suponía que tú...

-Que solo quería tu cuerpo -terminó Mikhail por ella, disgustado. Le había mostrado tantas cosas y ella había visto tan poco... -. Lo quiero, pero no solo. ¿Vas a decirme que lo de anoche no fue nada?

-Por supuesto que no. Fue precioso -Sydney tuvo que sentarse; realmente tenía necesidad de hacerlo. Se sentía como si se hubiese caído de cabeza por un precipicio.

-El sexo estuvo bien -comentó él tomando su copa, aunque se sintió tentado de tirarla al suelo-. El sexo satisfactorio es bueno para el cuerpo y para el estado de ánimo. Pero no basta para el corazón. El corazón necesita del amor, y hubo amor anoche. Por las dos partes.

Sydney dejó caer los brazos, abatida.

-No lo sé. Nunca había disfrutado antes con el sexo.

-No eras virgen -la miró por encima del borde de su copa-. Estuviste casada antes.

-Sí. No quiero hablar de eso, Mikhail -todavía sentía en la boca el amargo recuerdo de aquella experiencia-. ¿No te basta con que estemos bien juntos, con que sienta por ti algo que jamás antes llegué a sentir? No quiero analizarlo. Simplemente no puedo.

-¿No quieres saber lo que sientes? -le preguntó, incrédulo-. ¿Cómo puedes vivir sin saber lo que tienes dentro?

-Para mí es diferente. Yo no soy como tú. Tus sentimientos, tus emociones... siempre están a flor de piel. Se pueden ver en la manera que tienes de hablar, en tus ojos, en tu trabajo. Los míos no son tan fáciles de expresar. Yo necesito tiempo.

-¿Y tú crees que yo soy un hombre paciente?

-No -respondió, sincera.

-Bien. Entonces comprenderás que dispones de poco tiempo -empezó a recoger los platos-. Ese marido que tuviste... ¿te hizo mucho daño?

-Un fracaso matrimonial siempre hace daño. Por favor, no me obligues a hablar de eso ahora...

-No lo haré por esta noche. Porque esta noche quiero que solamente pienses en mí -y se dirigió a la cocina.

La amaba. Aquellas palabras siguieron resonando en la mente de Sydney mientras recogía la flor y el cesto de pan. No era posible dudarlo. Sabía ya que Mikhail era un hombre que no quería decir más que lo que realmente decía, y rara vez menos. Pero todavía no podía saber lo que significaba el amor para él.

Para Sydney era algo dulce, maravilloso y duradero que le ocurría a la gente, a todo el mundo menos a ella. Su padre la había querido, a su particular manera, pero durante su temprana infancia habían pasado escasas y esporádicas temporadas juntos. Y después del divorcio, cuando ella tenía ya seis años, casi no había vuelto a verla. Y su madre. No dudaba del cariño que le profesaba su madre. Pero siempre había sabido que no era más profundo que cualquiera de sus otros intereses o aficiones. También había estado Peter, y su relación con él había sido firme, fuerte, importante. Hasta que intentaron amarse como marido y mujer.

Pero no era el amor de un amigo lo que le estaba ofreciendo Mikhail. Y por el hecho de saberlo, de sentirlo, se sentía desgarrada por dos fuerzas opuestas: la de una

inefable felicidad y la del más absoluto terror. Todavía aturdida, entró en la cocina para encontrar a Mikhail fregando los platos.

-¿Estás enfadado conmigo? -se atrevió a preguntarle.

-Un poco. Pero estoy más asombrado que enfadado -y dolido, añadió para sí, pero no quería ni su arrepentimiento ni su compasión-. Ser amada debería hacer que te sintieras feliz, contenta.

-Y en parte así es. Pero por otro lado temo apresurarme demasiado y arriesgarme a estropear lo que ya tenemos, lo que hemos empezado -Sydney pensó que lo que él necesitaba era sinceridad. Se la merecía, así que intentaría dársela-. Durante todo el día de hoy no he ansiado otra cosa que estar aquí contigo, ser capaz de compartir contigo lo que nos sucedió anoche, de escucharte. Y sabía que me harías reír, que se me aceleraría el corazón cuando me besaras... -terminó de secar un cuenco que él había estado fregando-. ¿Por qué me miras así?

-Ni siquiera sabes que estás enamorada de mí -sacudió la cabeza-. Pero no importa -le entregó el otro cuenco-. Ya lo sabrás.

-Qué arrogancia por tu parte -repuso Sydney, algo molesta-. Es una cualidad que nunca sé si admirar o detestar.

-Te gusta, porque te incita a combatir, a resistirte.

-Supongo que debería sentirme halagada de que me ames.

-Por supuesto -sonrió Mikhail-. ¿Es que no lo estás?

-Supongo que sí -dejó el segundo cuenco junto al primero-. Forma parte de la naturaleza humana. Y tú...

-¿Yo qué?

Levantó de nuevo la mirada hacia él. Un brillo de diversión había asomado a sus ojos y sonreía satisfecho, casi con engreimiento.

-Eres tan guapo...

Dejó de sonreír y la miró con la boca abierta. Cuando la cerró de nuevo, sacó las manos del agua del fregadero y maldijo entre dientes.

-¿Estás maldiciendo... por mí? -vio que, en lugar de contestarle, se limitaba a secarse las manos-. Vaya, creo que te he hecho ruborizar -deleitada, se echó a reír y le acunó el rostro entre las manos-. Sí. No hay duda.

-Déjalo -le retiró las manos, avergonzado-. No me gusta que me digan eso.

-Pero es que eres guapísimo -antes de que pudiera apartarla de sí, Sydney le echó los brazos al cuello-. La primera vez que te vi pensé que parecías un pirata. Un maravilloso pirata.

En esa ocasión Mikhail maldijo en ucraniano, arrancándole una sonrisa.

-Quizá sea por el pelo -reflexionó mientras se lo peinaba con los dedos-. Intentaba imaginarme lo que sentiría al hundir las manos en él, así... O tus ojos. Tan oscuros, tan peligrosos... -bajó luego las manos hasta sus labios.

-Pues estoy empezando a sentirme peligroso.

-Mmm. O tal vez fuera por tu boca -lo besó tentativamente, con exquisita lentitud, sin dejar de mirarlo a los ojos, y comenzó a delinearle el contorno de los labios con la lengua-. Ninguna mujer se resistiría a esa boca tuya...

-Estás intentando seducirme.

-Alguien tiene que hacerlo, ¿no? Luego, por supuesto, está ese magnífico cuerpo que tienes. La primera vez que te vi sin camisa me quedé sin habla -le abrió la camisa para deslizar las manos por su pecho-. Tenías la piel húmeda y brillante, todo músculos... -de repente se olvidó del juego, sintiéndose tan seducida como él-. Tan duro, con la piel tan suave. Ansiaba tocarte así, y así...

Soltó un tembloroso suspiro al acariciarle los hombros, los brazos. Cuando volvió a mirarlo a los ojos, vio en ellos un brillo oscuro y ardiente. Bajo sus dedos, los músculos de sus brazos se endurecieron como el acero.

-¿Eres consciente de lo que me haces? -le preguntó Mikhail. Se dispuso a desabrocharle los diminutos botones del traje, y le temblaron los dedos. Llevaba debajo un sujetador de encaje negro. Podía sentir en las sienes el acelerado pulso de su corazón-. ¿O de lo mucho que te necesito?

-Entonces demuéstremelo. Me conformaré con eso.

La abrazó desesperado, apoderándose de sus labios y alzándola en vilo. Aturdida de deseo, se aferró a él mientras la llevaba al dormitorio. Se descalzó por el camino, librándose de los zapatos con un gesto tan sencillo y a la vez tan libre que se echó a reír. Y seguía riendo cuando se derrumbaron en la cama.

Mikhail musitó su nombre, y ella el suyo, en el momento en que sus bocas volvieron a encontrarse. Ya sabía Sydney cómo iba a acabar aquello, y procuró adaptarse a su ritmo. Sentirlo dentro de sí le resultaba tan urgente y natural como respirar, y se esforzó por despojarle de los vaqueros mientras él hacía lo mismo con su sujetador. Hacía un calor agobiante, a pesar de la ventana abierta. Se oyó a lo lejos el bajo y ronco rumor de un trueno: Sydney podía sentir su poder repercutiendo en su sangre, en sus nervios.

Mikhail ansiaba desatar la tormenta, fuera y dentro de ella. Tenía la sensación de que, hasta ese momento, no había ansiado nada realmente. Recordaba haber sentido deseo, apetito sexual por el cuerpo de una mujer. Pero todo aquello no era nada comparado con la violenta necesidad que sentía por Sydney. Sus manos recorrían su cuerpo apresuradamente, queriendo tocarla por entero, toda ella, incendiándole la piel. Si la veía temblar, insistía hasta hacerla estremecer, convulsionarse. Cuando la oía gemir, la atormentaba de deseo hasta arrancarle un grito. Y, aun así, seguía deseándola más y más...

Resonó otro trueno, más cerca, como una amenaza. El sol se hundía en el cielo, cubriéndolo de llamas y sombras. La colmó de placer. Ella se entregó.

Enloquecido, la alzó en vilo para que enredara las piernas en torno a su cintura, combándose como un arco. Y enterró la cara en su hombro, temblando, arrastrado también por el inmenso poder que ambos habían convocado.

No comenzó a llover hasta la tarde siguiente, en forma de una violenta tormenta. En su despacho, Sydney se hallaba manteniendo una difícil conferencia de negocios por teléfono y con varias personas a la vez: el aparato estaba conectado de manera que no tuviera que sostener el auricular, y para que Janine, sentada frente ella, también pudiera escuchar la conversación. Las dos estaban tomando notas. Después de una mañana de intenso trabajo en colaboración con su nueva ayudante, por fin tenía al alcance de la mano la información que tanto necesitaba.

-Sí, señor Bernstein, creo que el reajuste beneficiará a todo el mundo -esperó a escuchar la confirmación de labios de Bernstein, que a su vez se la transmitió a su abogado y a su socio en la costa oeste-. Para mañana a las cinco, hora de la costa este, tendrá toda la información pertinente en su despacho -sonrió-. Sí, en Hayward nos gusta movernos con rapidez. Muchas gracias, caballeros. Adiós -después de colgar, miró a Janine-. ¿Y bien?

-No has sudado ni una gota. En cambio, mírame a mí -Janine le mostró una mano-. Me sudan las palmas de las manos. Esos tres pensaban pasar por encima de tu cadáver. Enhorabuena.

-Creo que el contrato dejará satisfecho al consejo de administración -«siete millones», pensó. Había rematado un contrato de siete millones. Y Janine tenía razón: se había mantenido tan firme como una roca.

De repente sonó el teléfono.

-Despacho de la señora Hayward -respondió Janine-. Un momento, por favor -y se dirigió a Sydney-: Es el señor Warfield.

-Hablaré con él. Gracias, Janine -esperó a que su ayudante se hubiera marchado antes de volver a conectar la línea-. Hola, Channing.

-Sydney, llevo dos días intentando localizarte. ¿Dónde te habías escondido?

Pensando en la cama de Mikhail, Sydney se sonrió.

-Lo siento, Channing. He estado... ocupada.

-Trabajas demasiado, cariño. Poco ocio. Voy a tener que sacarte un día de estos. ¿Qué te parece si quedamos a comer mañana? En el Lutece.

-Tengo una reunión.

-Las reuniones se pueden reprogramar.

-No puedo. Tengo un par de proyectos pendientes, y durante toda la semana no voy a poder escaparme de la oficina.

-Diablos, Sydney, le prometí a Margerite que no te dejaría enterrada en tu escritorio debajo de un montón de papeles. Y yo soy hombre de palabra.

Sydney se preguntó por qué había podido rematar un contrato multimillonario con la mayor frialdad del mundo... para ponerse luego nerviosa ante tanta insistencia en algo tan personal como su tiempo libre.

-Mi madre se preocupa sin necesidad. Lo lamento de verdad, Channing, pero tengo que dejarte. Voy... a llegar tarde a una cita -improvisó.

-Las mujeres hermosas están autorizadas a llegar tarde a todos los sitios. Si no puedo sacarte a comer, tendré que insistir en que nos acompañes el viernes. Tengo unos amigos con los que voy al teatro. Primero unas copas, por supuesto, y después de la función una cena ligera.

-Te digo que no puedo, Channing. Que te lo pases bien. Y ahora tengo que colgar. Ciao -y, maldiciéndose a sí misma, colgó.

¿Por qué no le había dicho, rotunda y simplemente, que se estaba viendo con otro hombre? Era una pregunta sencilla, y la respuesta también lo era. Channing se lo diría a Margerite, y Sydney no quería que lo supiera su madre. Lo que tenía con Mikhail era algo suyo, solo suyo, y quería que así continuara siendo durante algún tiempo más.

Lo amaba. Cerrando los ojos, experimentó un estremecimiento que era a la vez de deleite y de alarma. Quizá, con el tiempo, pudiera amarlo completa, totalmente. Con la misma pasión que, hasta ese momento, se había creído incapaz de sentir. Incluso había llegado a pensar que era frígida. Y, en eso, ciertamente no había podido estar más equivocada. Pero aquello era solo un primer paso, y todavía le quedaban muchos más.

Tiempo. Necesitaba tiempo para ordenar y analizar sus sentimientos. Y luego... luego ya se vería. De pronto, un golpe en la puerta la devolvió a la realidad.

-¿Sí?

-Perdona, Sydney -Janine entró con un documento con el membrete de Hayward en la mano-. Hemos recibido esto del despacho del señor Bingham. Pensé que querías leerlo en seguida.

-Sí, gracias -Sydney lo leyó. Era una carta de renuncia. Cuidadosamente escrita para expresar toda la rabia y la furia del mundo, pero, al fin y al cabo, una renuncia. La

hizo tranquilamente a un lado-. Janine, voy a necesitar algunos datos: vamos a tener que buscarle un nuevo puesto al señor Bingham, y con discreción.

-Muy bien -cuando ya se dirigía hacia la puerta, Janine se detuvo—. ¿Me permites un consejo en calidad de ayudante ejecutiva tuya?

-Por favor.

-Vigila tu espalda. Hay un hombre al que le encantaría clavar un cuchillo en ella.

-Lo sé -se frotó el cuello, cansada-. Janine, antes de que te ocupes de esos datos, ¿serías tan amable de preparar un café? Para las dos.

-En seguida -se volvió y a punto estuvo de chocar contra Mikhail, que se disponía a entrar en ese instante. Advirtió que llevaba una camiseta blanca literalmente empapada por la lluvia, que destacaba los músculos de su torso-. Perdón, la señorita Hayward está...

-Está bien -Sydney ya se había levantado del sillón-. Veré al señor Stanislaski.

-¿Tú eres Janine, la recientemente ascendida? -le preguntó de pronto Mikhail a la joven, con una sonrisa.

-Eh... sí.

-Sydney me ha comentado que eres excelente en tu trabajo.

-Gracias -repuso, complacida-. ¿Le gustaría tomar una taza de café?

-No, gracias. Acabo de tomar uno.

-No me traigas todavía el mío, Janine -intervino Sydney-. Y tómate unos minutos de descanso.

-Muy bien -y cerró la puerta.

-¿Es que no tienes paraguas? -le preguntó Sydney, acercándose para que le diera un beso. Pero él no se movió.

-No quiero tocarte, te estropearía el traje. ¿Tienes una toalla?

-Espera un momento -entró en el cuarto de baño contiguo-. ¿Qué estás haciendo por aquí tan pronto?

-La lluvia está retrasando las obras. Terminé con el papeleo y salí a las cuatro -tomó la toalla que ella le ofrecía y empezó a secarse la cabeza.

-¿Tan tarde es? -inquirió Sydney. Miró su reloj y vio que casi eran las cinco.

-Veo que estás muy ocupada.

Sydney pensó en la carta de renuncia que estaba sobre su escritorio y en los informes que todavía tenía que estudiar.

-Un poco.

-Cuando estés libre, quizá te gustaría ir conmigo al cine.

-Me encantaría -recogió la toalla-. Solo necesitaré una hora.

-Volveré -extendió una mano para jugar con el elegante collar de perlas que llevaba Sydney-. Ah, otra cosa.

-¿Qué?

-Mi familia va a visitar a mi hermana este fin de semana. Han organizado una barbacoa. ¿Querrás acompañarme?

-Claro. Soy una entusiasta de las barbacoas. ¿Cuándo?

-Ellos saldrán el viernes, después de trabajar -decidió incorporar al busto que le estaba haciendo aquel collar de perlas. Esas perlas, en especial-. Tú y yo saldremos cuando quieras.

-Creo que para las seis ya estaría de vuelta en casa y preparada. O, mejor, para las seis y media -se corrigió-. De acuerdo.

-Muy bien -la tomó suavemente de los hombros, sin acercarse para no mojarle la ropa, y le dio un beso-. Le gustarás mucho a Natasha.

-Eso espero.

La besó de nuevo.

-Te amo.
-Lo sé -repuso, emocionada.
-Y tú me amas a mí -murmuró Mikhail-. Lo que pasa es que te empeñas en no admitirlo. Pero pronto posarás para mí.
-¿Qué?
-Que posarás para mí. Para otoño tengo una exposición, y creo que exhibiré varias piezas tuyas.
-No me habías dicho que ibas a volver a exponer tan pronto. ¿Piezas mías?
-Sí, muy pronto tendré que ponerme a trabajar duro. Por eso me marchó ahora, para dejarte trabajar a ti.
-Oh -se había olvidado de todo lo que tenía que hacer-. Sí, nos veremos dentro de una hora.
-Este fin de semana no tendremos que preocuparnos por el trabajo, pero el siguiente... -se dirigió hacia la puerta.
-Mikhail.
-¿Sí? -se volvió hacia ella, con la mano en el picaporte.
-¿Dónde vive tu hermana?
-En Virginia -y se marchó, sonriente, cerrando a su espalda.
Sydney se quedó mirando absorta la puerta cerrada durante por lo menos diez segundos.
-¿Virginia?

9

No le daría tiempo. Tanto había dudado Sydney sobre la ropa que se pondría, que había hecho y deshecho dos veces el equipaje. ¿Qué podría llevarse para pasar un fin de semana en Virginia? Para pasar unos pocos días en la Martinica... no lo habría dudado. Un rápido viaje a Roma habría sido mucho más fácil. Pero un fin de semana familiar en Virginia...

Mientras cerraba el maletín por tercera vez, se prometió que ya no lo volvería a abrir. Para ayudarse a resistir la tentación se lo llevó al salón, y corrió al dormitorio a cambiarse de ropa. Acababa de ponerse unos finos pantalones de algodón y una camiseta de manga corta de color verde menta, y ya se disponía a quitársela para ponerse otra cosa... cuando llamaron a la puerta. «Tenía que suceder», pensó. Acabarían llegando tarde a la casa de la hermana de Mikhail. Nerviosa, se echó hacia atrás la melena preguntándose por enésima vez si no debería recogerse, y abrió la puerta.

Pero a quien vio en el umbral no fue a Mikhail, sino a Margerite.

-Sydney, cariño -la besó en las mejillas.

-Mamá. No sabía que hoy ibas a venir a la ciudad.

-Claro que lo sabías -tomó asiento en el salón-. Channing te dijo lo de nuestra salida al teatro en grupo, ¿no?

-Sí que lo hizo. Me había olvidado.

-Sydney -pronunció, suspirando-. Cada día me preocupas más.

Automáticamente, Sydney se acercó al armario de las bebidas y le sirvió a su madre su jerez favorito.

-No hay necesidad. Estoy perfectamente.

-¿Que no hay necesidad? Rechazas docenas de invitaciones, la semana pasada ni siquiera pudiste compartir una tarde con tu madre yendo de compras, te entierras viva en ese despacho... y no hay necesidad de que me preocupe por ti -sonrió, indulgente, y aceptó la copa-. Bueno, vamos a arreglar definitivamente todo eso. Quiero que te pongas ahora mismo algo impactante, arrebatador. Nos veremos con Channing y con el resto del grupo en el Doubles, para tomar una copa antes de la función.

Lo extraño era, pensó Sydney, que había estado a punto de murmurar unas palabras de asentimiento, tan acostumbrada como estaba a hacer siempre lo que se esperaba de ella. En lugar de ello, se sentó en un brazo del sofá esperando poder negarse sin herir los sentimientos de Margerite.

-Mamá, lo siento. Si he rechazado tantas invitaciones ha sido porque el trabajo en Hayward, con el delicado asunto de la transición de poderes, ha ocupado la mayor parte de mi tiempo y energía.

-Querida, de eso se trata...

-No -Sydney negó con la cabeza-. Se trata de que no siento ya la necesidad de seguir llenando todas y cada una de las noches de mi calendario de actividades sociales, como antes solía hacer. En cuanto a lo de esta noche, te agradezco de verdad la invitación. Pero, como ya le expliqué a Channing, tengo un compromiso.

La irritación relampagueó por un instante en los ojos de Margerite, pero finalmente se limitó a tamborilear con un dedo sobre el brazo de su silla.

-Si crees que voy a dejarte aquí durante toda la tarde entregada a ese horrible papeleo...

-Este fin de semana no voy a trabajar -la interrumpió Sydney-. De hecho, voy a salir a ... -aliviada, oyó que llamaban a la puerta-. Discúlpame un momento.

Nada más abrir, quiso advertirle a Mikhail de la llegada de su madre, pero él tenía otros planes: sin dejarle terminar la frase, la besó apasionadamente en el umbral de la puerta. Pálida y rígida, Margerite se levantó como un resorte.

-Mikhail... -protestó Sydney, intentando apartarse.

-Todavía no he terminado.

-Mi madre -le puso una mano en el pecho mientras, con la otra, señalaba nerviosa hacia atrás.

Mikhail descubrió a Margerite y, al ver su expresión de furia, atrajo suavemente a Sydney hacia sí en un sutil y natural gesto de protección.

-Margerite.

-¿Acaso no existe una regla... -preguntó, tensa... que prohíbe mezclar los negocios con el placer? Sí, claro. Pero para ti no existen reglas, ¿verdad, Mikhail?

-Algunas reglas son importantes, otras no -su tono era suave, pero no revelaba disculpa o arrepentimiento alguno-. Y la sinceridad es importante, Margerite. Yo fui sincero contigo.

Margerite le dio la espalda, negándose a reconocer la verdad de aquella afirmación.

-Preferiría hablar unos minutos a solas contigo, Sydney.

-Mikhail, ¿te importaría llevar mi maletín al coche? -le preguntó Sydney, con la mirada fija en la rígida espalda de su madre-. Me reuniré contigo dentro de un momento.

Mikhail alzó la barbilla, preocupado por la desesperación que leía en sus ojos.

-Me quedo contigo.

-No -le puso una mano en el brazo-. Será mejor que nos dejes a solas. Solo unos minutos. Por favor...

No le dejaba otra elección. Maldiciendo entre dientes, recogió el maletín. En el momento en que salió cerrando la puerta a su espalda, Margerite se giró rápidamente hacia Sydney.

-Estás loca. Te estás acostando con él.

-No entiendo por qué eso parece preocuparte tanto. Pero, sí, es verdad.

-Si te consideras capaz de manejar a un tipo como ese, estás muy equivocada -dejó con fuerza su copa sobre la mesa-. Esta pequeña y sórdida aventura podría arruinarte la vida. Dios sabe el daño que te hiciste a ti misma y a mí al divorciarte de Peter, pero logré superarlo. Y ahora esto. Escabulléndote con ese tipo para pasar un tórrido fin de semana en algún motel...

-No hay nada sórdido en mi relación con Mikhail -Sydney cerró los puños de rabia-, y yo no me estoy escabullendo. En cuanto a Peter, no pienso hablar de él contigo.

Margerite avanzó entonces hacia su hija, fulminándola con la mirada.

-Desde el mismo día que naciste, hice todo lo posible por asegurarme de que tuvieras todo lo que te correspondía por ser una Hayward. Los mejores colegios, los amigos más apropiados, incluso el marido ideal. Y ahora me arrojas todo eso a la cara: todos esos planes, tantísimos sacrificios... ¿Y para qué? -empezó a pasear por la habitación, mientras su hija permanecía tensa y callada-. Oh, créeme, comprendo que te sientas atraída por ese hombre. Incluso yo misma llegué a acariciar la idea de tener una discreta aventura con él. Además de que es un magnífico animal masculino, tiene a su favor su reputación y su talento artístico. Pero sus antecedentes son cero. Menos que

cero. Campesinos y granjeros. Por lo demás, yo no tengo compromisos ni ataduras de ningún tipo, pero tú estás a punto de comprometerte con Channing. ¿Crees que te aceptaría si llega a enterarse de que te has acostado con ese espléndido ejemplar?

-¡Basta ya! -Sydney se adelantó para sujetarla de un brazo-. He dicho que basta. Para alguien que se siente tan orgullosa de pertenecer al linaje de los Hayward, ciertamente no le haces ningún honor a tu nombre. Para mí siempre significó una inmensa carga comportarme como una «perfecta» Hayward y no hacer nada que pudiera empañar ese apellido.

Pues bien, he sido una «perfecta» Hayward y ahora mismo estoy trabajando día y noche para librar a ese apellido del más mínimo reproche. Pero lo que haga con mi vida y mi ocio es únicamente cosa mía, y de nadie más.

Pálida de asombro, Margerite se apartó. Jamás le había hablado su hija de aquella manera.

-No te atrevas a utilizar ese tono conmigo. ¿Tan cegada estás por el deseo que te has olvidado de tus lealtades?

-Nunca me he olvidado de mis lealtades -le espetó Sydney-. Y en este momento, este es el tono más razonable de voz que puedo usar contigo. Escúchame, mamá. Por lo que se refiere a Channing, nunca he estado a punto de comprometerme con él, ni tengo la menor intención de hacerlo. Eso es lo que pretendías tú, no yo. Nunca, jamás, volveré a dejarme presionar para contraer ese tipo de compromisos. Y si así consigo quitarle esa idea de la cabeza a Channing, soy capaz de anunciar en el Times mi relación con Mikhail. Por lo demás, tú no sabes nada acerca de la familia de Mikhail, ni sobre él, como persona.

-¿Y tú sí? -Margerite alzó la barbilla.

-Sí, yo sí, y sé que es un hombre bueno y cariñoso. Un hombre sincero y honrado que sabe lo que quiere de la vida y lo persigue. Claro, eso lo puedes comprender tú también, pero la diferencia es que él es incapaz de manipular o de hacerle daño a alguien para conseguirlo. Me ama. Y yo... -de repente lo vio todo claro, transparente como el cristal, y le resultó fácil pronunciar aquella frase tan sencilla y rotunda-. Yo también.

-¿Amor? -Margerite retrocedió, estupefacta-. Te has vuelto loca. Dios mío, Sydney, ¿cómo puedes creerte todo lo que te dice un hombre en la cama?

-Creo en lo que me dice Mikhail. Y ahora, si me disculpas, le estoy haciendo esperar demasiado. Y tenemos por delante un largo viaje.

Con la cabeza bien alta Margerite se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir le lanzó una última mirada por encima del hombro.

-Te romperá el corazón y acabará engañándote. Pero quizá sea eso precisamente lo que necesitas para que te acuerdes de tus responsabilidades.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, Sydney se dejó caer en el sofá, agotada. Mikhail iba a tener que esperar pacientemente algunos minutos más...

Pero Mikhail no estaba esperando pacientemente; estaba paseando de un lado a otro en el garaje, sombrío, como una fiera enjaulada. De repente se abrieron las puertas del ascensor y vio salir a Sydney.

-¿Te encuentras bien? -le acunó el rostro entre las manos-. No, ya puedo ver que no.

-Estoy bien, de verdad. Ha sido bastante desagradable. Las discusiones familiares siempre lo son.

-Venga, subamos arriba. Nos iremos mañana por la mañana, cuando te sientas mejor -le propuso él.

-No, me gustaría irme ahora.

-Lo siento -le besó las manos-. No me gusta haber sido el causante de este enfrentamiento con tu madre.

-Tú no has tenido la culpa de nada. De verdad -porque lo necesitaba realmente apoyó la cabeza en su pecho, disfrutando de la sensación de sus brazos en torno suyo-. Era un asunto antiguo, Mikhail, enterrado hace mucho tiempo. No quiero hablar de ello.

-Me escondes demasiadas cosas, Sydney.

-Lo sé. Y lo siento -cerró los ojos, con un nudo en la garganta. No, no podía ser tan difícil pronunciar aquellas pocas palabras-: Te amo, Mikhail.

La mano con que Mikhail le estaba acariciando la espalda se quedó de pronto inmóvil, hasta que la enterró en su pelo para obligarla suavemente a alzar la cabeza. Su mirada era intensa, brillante. En los ojos de Sydney al fin estaba viendo lo que quería ver, lo que tan desesperadamente había ansiado ver.

-Vaya, al fin has renunciado a tu tozudez -tenía la voz ronca por la emoción-. Ya me lo dirás otra vez, durante el viaje, mientras conduzco. Me gusta mucho oírlo.

Riendo, Sydney lo tomó del brazo y se dirigieron hacia el coche.

-De acuerdo.

-Y mientras conduces tú, yo te lo diré a ti.

Con los ojos muy abiertos, se detuvo en seco:

-¿Voy a conducir?

-Sí -le abrió la puerta del pasajero-. Primero empiezo yo, luego ya me sustituirás tú. Llevas tu permiso de conducir, ¿no?

-Sí -respondió, dubitativa, contemplando el tablero de mandos.

-¿No tienes miedo?

-Esta noche no -se volvió para mirarlo-. En absoluto.

Era ya pasada la medianoche cuando Mikhail aparcó frente a una gran casa de ladrillo rojo en la pequeña ciudad de Shepherdstown, en Virginia. Hacía más calor, y no había una sola nube en el cielo tachonado de estrellas. A su lado, Sydney dormía con la cabeza apoyada en un brazo flexionado. Al principio había tomado el volante con entusiasmo, conduciendo de Nueva Jersey a Delaware, pero después de atravesar la frontera de Maryland la había vencido el cansancio.

Mikhail siempre había sabido que el amor sería así. Que al final encontraría una mujer que cambiara el quebrado curso de su vida para convertirlo en un círculo perfecto. Y aquella mujer estaba con él en ese momento, durmiendo a su lado. Cuando la miraba, podía imaginarse perfectamente cómo transcurrirían sus vidas. No sería un camino perfecto. La perfección significaba que no habría sorpresas. Podía imaginársela despertándose a su lado por las mañanas, en el gran dormitorio de la antigua casa que convertirían en su hogar. Podía verla regresando a casa por la noche, con su rostro reflejando los éxitos del día. Y se sentarían juntos a hablar, de su trabajo, del suyo. Pero se estaba apresurando demasiado. Todavía no habían llegado a tanto, y él tenía que atesorar cada instante... Se inclinó para deslizarse delicadamente los labios por su cuello.

-Bésame, milaya...

Sydney se despertó al sentir la caricia de su boca, y le tocó una mejilla. Mikhail aspiró embriagado su aroma a rosas y miel. Y sintió una punzada de deseo, no menos dulce...

-¿Dónde estamos?

-En nuestro destino.

Cualquier lugar era nuevo y maravilloso estando en compañía de Mikhail, pensó Sydney mientras lo abrazaba. Excitado, emitió un ronco gemido de placer.

-Debo de estar haciéndome viejo. No me parece tan fácil como antes seducir a una mujer.

-Yo creía que lo estabas haciendo muy bien.

-Pues no. Lo que pasa es que me siento intimidado porque mi madre puede asomarse a una ventana en cualquier momento. Vamos. Te conseguiré una cama para después meterme en ella.

Sydney se echó a reír, saliendo del coche.

-Vaya, ahora soy yo la que se siente intimidada -echándose la melena hacia atrás, se volvió para contemplar la casa. Era grande, maciza, con las luces del primer piso encendidas, rodeada de grandes árboles.

Cuando Mikhail se reunió con ella cargando con sus equipajes, echaron a andar por el sendero empedrado que llevaba al porche. El jardín estaba lleno de flores de todos los colores y tamaños. Sydney descubrió un triciclo cerca del garaje. A la luz que se proyectaba desde las ventanas, vio también un macizo de petunias que parecía haber sido pisoteado.

-Creo que Iván ha vuelto a cometer una de las suyas -le comentó Mikhail, siguiendo la dirección de su mirada-. Si es listo, se esconderá hasta que llegue la hora de volver a casa.

Cuando llegaron al porche, pudieron oír el sonido de las risas y la música.

-Parece que aún están levantados -dijo ella-. Yo creía que ya se habrían acostado.

-Solo disponemos de dos días para estar juntos, y no los vamos a desperdiciar durmiendo -Mikhail abrió la puerta de rejilla y entró sin llamar. Después de dejar el equipaje al pie de las escaleras, y de tomar a Sydney de la mano, la llevó a la habitación de la que procedían las voces y la música.

Sydney podía sentir que una discreta reserva empezaba a apoderarse de ella. Era lógico. Durante años la habían educado para saludar de la manera más apropiada, cortés y formal, a los desconocidos, con un firme apretón de manos y un tranquilo «¿cómo está usted?». Estaba luchando contra aquella tendencia tan arraigada cuando Mikhail irrumpió con ella en el salón.

-Hola -los saludó, y se acercó a una preciosa joven ataviada con un vestido de color púrpura para alzarla bruscamente en brazos.

-Siempre llegas tarde -le reprochó Natasha, y besó a su hermano en las mejillas-. ¿Qué me has traído?

-Bueno, quizá tenga algo para ti -la dejó en el suelo y se volvió luego hacia el hombre que estaba sentado al piano-. ¿Has cuidado bien de ella?

-Sí, siempre que me ha dejado -Spence Kimball se levantó para estrechar la mano de Mikhail-. Llevaba una hora entera rabiando y esperando a que llegaras.

-Hey, no es verdad -protestó Natasha, volviéndose hacia Sydney. Sonrió de inmediato, con una sonrisa tierna y cariñosa, aunque lo que vio la preocupaba: ¿aquella mujer de aspecto reservado y distante era la misma de la que decía su familia que estaba enamorado Mikhail?-. Todavía no me has presentado a tu amiga.

-Sydney Hayward. Sydney, mi hermana Natasha.

-Encantada de conocerte -la recién llegada le tendió la mano-. Siento que hayamos llegado tan tarde. La verdad es que la culpa fue mía.

-Oh, solo estaba bromeando. Bienvenida, Sydney. Creo que ya conoces a mi familia. Y este es mi marido, Spence.

Pero Spence ya se había adelantado a saludarla, con una mezcla de placer y asombro en la mirada.

-¿Sydney? ¿Sydney Hayward?

Se volvió hacia él, con la exacta y cortés sonrisa en su lugar... que no tardó en convertirse en otra sincera, de auténtico deleite.

-Spence Kimball. Vaya, no tenía ni idea... -se estrecharon las manos-. Mi madre me dijo que te habías trasladado al sur y vuelto a casar...

-Os conocéis -observó Natasha intercambiando una mirada con su madre, Nadia, que estaba sirviendo unas copas de vino.

-Conozco a Sydney desde que tenía la edad de Freddie -explicó Spence, refiriéndose a su hija mayor-. No la he visto desde... -se interrumpió, recordando que la había visto por última vez en su boda con Peter. Aunque durante los últimos años había perdido el contacto con la alta sociedad neoyorquina, se había enterado de que su matrimonio había terminado en fracaso.

-Ha pasado mucho tiempo -murmuró Sydney.

-El mundo es un pañuelo -exclamó Yuri, dándole a Spence una cariñosa palmada en la espalda-. Sydney es la propietaria del edificio donde vive Mikhail. Hasta que ella le hizo caso, estuvo de un humor de perros...

-No es verdad -gruñendo, Mikhail le quitó a su padre el vaso de vodka y apuró su contenido-. En cualquier caso, al final la convencí. Y ahora está loca por mí.

-Atrás todo el mundo -exclamó Rachel, bromeando-: su ego se está expandiendo otra vez.

Mikhail extendió un brazo para retorcerle cariñosamente la nariz a su hermana pequeña.

-Diles que estás loca por mí -le ordenó a Sydney-. Para que Rachel tenga que comerse sus palabras.

Sydney arqueó una ceja.

-¿Cómo te atreves a hablar cuando tienes la boca tan llena de arrogancia?

Alex se echó a reír mientras se dejaba caer en el sillón.

-No puedes con ella, Mikhail. Ven aquí, Sydney, y siéntate a mi lado. Yo soy más modesto.

-¿No estás cansada de conducir? -le preguntó Nadia a Sydney.

-Un poco. Yo...

-Lo siento -al instante se le acercó Natasha-. Tienes que estar muy cansada... Te enseñaré tu habitación -la tomó del brazo-. Si quieres puedes quedarte descansando, o bajar para reunirte con nosotros. Queremos que te sientas como si estuvieras en tu casa.

-Gracias -repuso. Antes de que pudiera recoger su maletín, Natasha ya lo estaba cargando-. Eres muy amable.

-Bah. Eres amiga de mi hermano, así que también lo eres mía -subieron las escaleras y, al final del pasillo, hizo entrar a Sydney en una pequeña habitación con una cama de dosel. Antiguas y vistosas alfombras cubrían el suelo de madera de roble-. Espero que estés cómoda aquí -dejó su maletín sobre un aparador, cerca de la cama.

-Es maravillosa -la habitación olía a la madera de cedro del gran armario que ocupaba toda una pared, y a los pétalos de rosa que había en un cuenco, en la mesilla-. ¿Sabes? Me alegro mucho de conocerte, como hermana de Mikhail y además esposa de un viejo amigo mío. Tengo entendido que Spence da clases de música en la universidad.

-Sí, enseña en la universidad de Shepherd. Y está volviendo a componer.

-Es fantástico. Tiene muchísimo talento. Todavía me acuerdo de su hijita, la pequeña Freddie.

-Ahora ya tiene diez años -sonrió Natasha-. Quiso quedarse levantada esperando a Mikhail, pero se quedó dormida en el sofá. Y se llevó a Iván a la cama, esperando que allí no me atrevería a estrangularlo... Me destrozó las petunias del jardín. Pero mañana... -se interrumpió de repente, ladeando la cabeza y aguzando el oído.

-¿Qué pasa?

-Es Katie, la pequeñita de la familia. Siempre se despierta a medianoche para mamar... -se llevó una mano al pecho-. Si me disculpas...

-Por supuesto.

Una vez en la puerta Natasha vaciló, presa de una intuición. Siempre hacía caso de sus intuiciones.

-¿Te gustaría verla?

-Sí -respondió, tras dudar un instante-. Sí. Me gustaría mucho -añadió con una sonrisa.

Al otro extremo del pasillo, tres puertas más adelante, se oía ya mucho más alto el llanto del bebé. La habitación estaba débilmente iluminada.

-Hola, corazón -murmuró Natasha mientras levantaba a la niña de la cuna-. Mamá ya está aquí contigo -cuando el llanto se convirtió en un suave susurro, Natasha se volvió para descubrir a Spence en el umbral-. No pasa nada. Tenía hambre, eso es todo.

Spence jamás se cansaba de contemplar a su hija pequeña, aquella perfecta réplica de la mujer de la que se había enamorado. Inclinandose hasta rozar con la mejilla la de su esposa, deslizó un dedo por la carita de Katie con infinita ternura. El susurro cesó por completo, y comenzó un alegre gorjeo.

-Estás actuando para Sydney, ¿eh? -comentó Natasha, riendo.

Mientras Sydney los observaba, ambos siguieron acunando a la niña. Y en cierto momento los sorprendió mirándose con tanta intimidad y tanto amor que sintió ganas de llorar. Profundamente conmovida, abandonó discretamente la habitación para dejarlos solos.

Poco después de las siete de la mañana la despertaron unas risas y gritos procedentes del otro lado de la ventana. Gimiendo suavemente, se volvió y descubrió que la cama estaba vacía. Mikhail había cumplido su promesa de hacerle una visita en medio de la noche, pero ya se había marchado.

Enterró la almohada en la cabeza para no oír los gritos del jardín. Finalmente, resignada, se levantó y se puso la bata. Acababa de abrir la puerta cuando Rachel abrió la del otro lado del pasillo. Las dos se miraron soñolientas. Fue Rachel quien bostezó primero.

-Cuando tenga niños -empezó a decir- no consentiré que me saquen los sábados de la cama hasta después de las diez. Y solo si me llevan el desayuno a la cama.

-Oh, pues entonces te deseo buena suerte -sonrió Sydney, apoyándose en el pomo de la puerta.

-¿Tienes una moneda?

Como todavía estaba medio dormida, Sydney se miró automáticamente los bolsillos de la bata.

-No, lo siento.

-Espera -Rachel desapareció en su habitación para regresar en seguida con una moneda-. ¿Cara o cruz?

-¿Perdón?

-Cara o cruz. La que gane se duchará primero. Y la que pierda bajará a preparar el café.

-Oh -su primer impulso fue ofrecerse cortésmente de todas formas a preparar el café, pero luego se imaginó una deliciosa ducha con agua caliente...-. Cruz.

Rachel lanzó la moneda al aire.

-Maldita sea, he perdido. ¿Con leche?

-Solo.

-Te lo tendré preparado en diez minutos -le prometió Rachel, y echó a andar por el pasillo. De repente se detuvo, mirando a su alrededor para asegurarse de que estaban solas-. Dado que ahora no nos oye nadie... ¿estás realmente loca por Mikhail?

-Dado que ahora no nos oye nadie, sí.

Sonriendo, Rachel giró sobre sus talones.

-Dicen que sobre gustos no hay nada escrito.

Media hora después, bien despierta después de la ducha y el café, Sydney bajó las escaleras. Siguiendo el rumor de sus voces, encontró a la mayor parte de la familia reunida en la cocina. Natasha, vestida con unos pantalones cortos y una camiseta, estaba cocinando algo. Yuri se hallaba sentado a la mesa, haciendo lo indecible para conseguir que la pequeña Katie se tomara el desayuno. Alex, por su parte, se sostenía la cabeza con las dos manos, murmurando palabras ininteligibles mientras su madre le ponía una taza de café debajo de la nariz.

-Ah, Sydney -exclamó Yuri, alzando la voz.

-Papá... -protestó Alex, esbozando una mueca de dolor... apiádate de este enfermo agonizante de resaca...

Su padre se limitó a darle un cariñoso golpe en el brazo.

-Siéntate a mi lado -le dijo a Sydney-. Y prueba los pasteles de Tash.

-Buenos días -la saludó Natasha mientras su madre le servía a Sydney una taza de café-. Siento que estos hijos tan salvajes que tengo te hayan despertado tan temprano. A ti y a todo el mundo, claro.

-Oh, los niños suelen hacer ruido -pronunció Yuri, con tono indulgente.

-¿Entonces está todo el mundo levantado? -inquirió Sydney, sentándose.

-Spence le está enseñando a Mikhail el hoyo que ha cavado para la barbacoa -la informó Natasha al tiempo que dejaba una bandeja de pasteles sobre la mesa-. ¿Has pasado una buena noche?

Sydney pensó en la visita de madrugada que le había hecho Mikhail e intentó no ruborizarse.

-Sí, gracias. Oh, por favor... -quiso protestar cuando Yuri le llenó el plato de pasteles.

-Tienes que reponer energías -le dijo, haciéndole un guiño.

Antes de que Sydney pudiera pensar en una respuesta, una especie de bólido en miniatura entró por la puerta trasera. Yuri lo interceptó al vuelo y lo sentó en sus rodillas.

-Este es mi nieto Branden. Un verdadero monstruo. Y yo me como a los monstruos para desayunar... ¡Ñam, ñam!

El niño, de unos tres años de edad, se retorció en los brazos de Yuri, chillando:

-¡Abuelo, ven a verme montar en la bici! ¡Ven a verme!

-Hey, tenemos una invitada en la casa. Maleducado -lo regañó Nadia.

Apoyando la cabeza en el pecho de su abuelo, Branden le lanzó una larga y escrutadora mirada a Sydney.

-Tú también me puedes ver montando en la bici -la invitó-. Tienes un pelo muy bonito. Como Lucy.

-Hey, eso es todo un cumplido. Lucy es su gata -le explicó Natasha a Sydney, divertida-. Ya tendrá tiempo de verte en la bici -le dijo a su hijo-. Todavía no ha terminado de desayunar.

-Pues entonces ven tú, mamá.

-Tranquilo, que ya iré -le acarició el pelo-. Anda, ve a decirle a papá que tiene que ir a la tienda a comprar unas cosas.

-No hace falta. Ahora viene.

Yuri se puso a jugar con el niño y se lo cargó al hombro.

-¡Papá, mira! Mira lo alto que soy -le gritó Brandon a su padre, al verlo entrar en la cocina.

-¿Es que ese niño no sabe hablar sin dar gritos? -se quejó Alex.

-Tú no dejaste de gritar hasta que cumpliste los doce años -le recordó Nadia.

Compadeciéndose ligeramente de él, Sydney se levantó para servirle más café. Momento que aprovechó Alex para tomarle una mano, llevársela a los labios y darle un sonoro beso.

-Eres una reina entre las mujeres, Sydney. Fúgate conmigo.

-Me obligarías a matarte -intervino Mikhail, entrando en la cocina en aquel instante.

-No hace falta -sonrió-. Podríamos jugárnosla. Echando un pulso, por ejemplo.

-Dios mío, qué tontos son estos hombres -murmuró Rachel, que también acababa de entrar en la cocina, después de ducharse.

-¿Por qué? -inquirió la preciosa niña rubia que asomó la cabeza por la puerta, detrás de Mikhail.

-Porque, mi querida Freddie, creen que pueden resolverlo todo a fuerza de músculos, en lugar de utilizar el escaso cerebro que tienen.

Ignorando a su hermana mayor, Mikhail se sentó a la mesa e hizo a un lado los platos. Alex le dijo algo en ucraniano, y segundos después se ponían a echar el pulso.

-¿Qué están haciendo? -quiso saber Freddie.

-El tonto -suspiró Natasha, pasándole un brazo por los hombros-. Sydney, te presento a mi hija mayor, Freddie. Freddie, esta es Sydney, la amiga de Mikhail.

Desconcertada, Sydney se volvió para sonreír a la niña.

-Me alegro de verte de nuevo, Freddie. Te conocí hace años, cuando todavía eras un bebé...

-¿De verdad? -intrigada, Freddie vaciló entre estudiar a Sydney o contemplar a Mikhail y a Alex, que seguían midiendo sus fuerzas.

-Sí, yo... -Sydney se interrumpió por un instante al ver la rápida mirada que le lanzó Mikhail-. Conocí a tu padre cuando vivías en Nueva York.

Siguió un silencio, solamente turbado por los gruñidos de los dos contendientes mientras se esforzaban por ganar. Rachel se sentó en el otro extremo de la mesa y se sirvió un pastel de la bandeja.

-Pasadme el sirope, por favor.

Con su mano libre, Mikhail se lo entregó.

-Mamá, ¿quieres que te lleve a dar un paseo por el pueblo antes de comer? -le ofreció Rachel.

-Eso estaría muy bien -ignorando a sus hijos, Nadia empezó a llenar el lavaplatos-. Natasha, podemos llevarnos a Katie en el carrito, si quieres.

-Os acompañaré con ella; de paso, le echaré un vistazo a la tienda -dijo Natasha mientras se lavaba las manos, para luego explicarle a Sydney-: Tengo una tienda de juguetes.

-Oh -exclamó Sydney con tono distraído, ya que no podía dejar de mirar a los dos hombres-. Qué bien.

Las tres mujeres Stanislaski, la madre y las dos hijas, se sonrieron. Nadia, que era la más sentimental de todas, comenzaba ya a oír campanas de boda.

-¿Quieres más café? -le preguntó a Sydney.

-Oh, yo...

En aquel preciso instante, Mikhail soltó una exclamación de triunfo: había vencido a su hermano. Freddie se puso a aplaudir y su hermanita pequeña intentó imitarla. Sonriendo, Alex flexionó los dedos, que tenía agarrotados.

-Ya lo sabes -le advirtió Mikhail-: búscate otra mujer.

Y antes de que Sydney pudiera reaccionar, la levantó en brazos, la besó en los labios y la sacó de la cocina.

10

-¿Y si hubieras perdido ese pulso?

Divertido por el leve disgusto que destilaba la voz de Sydney, Mikhail le pasó un brazo por la cintura y siguió bajando la calle en cuesta de la ciudad.

-Pero no perdí.

-Ya -suspiró-. Pero el caso es que Alex y tú os habéis jugado a un pulso quién se quedaría conmigo, como si yo fuera una caja de cervezas.

Mikhail amplió su sonrisa. Con una caja de cervezas podría emborracharse un tanto, pero eso no habría sido nada comparado con lo que había sentido cuando sorprendió la mirada de fascinación de Sydney mientras echaba aquel pulso con su hermano.

-Y, además... -continuó Sydney, bajando la voz para que no la oyera nadie de su familia, que iban por delante y por detrás de ellos-... me besaste delante de tu madre.

-Te gustó.

-Desde que...

-Desde luego que sí -terminó Mikhail por ella, recordando la pasión con que había respondido a su beso-. Y a mí también.

Sydney se propuso no sonreír. Ni admitir ni por un instante la explosiva excitación que la había asaltado cuando la alzó en brazos de aquella forma...

-Quizá debí haberle hecho caso a Alex -comentó, para darle celos-. Me parece que es él, y no tú, quien ha heredado el encanto de vuestro padre...

-Todos los Stanislaski tenemos nuestro encanto -replicó Mikhail, sin ofenderse, y se detuvo en seco frente al césped de una zona ajardinada para arrancar una margarita- ¿Lo ves? -le dijo mientras le entregaba la flor.

-Mmm -Sydney la aceptó, encantada. Quizá había llegado la hora de cambiar de tema, antes de que se sintiera tentada a darle la razón-. ¿Sabes? Me ha encantado volver a ver a Spence. Cuando tenía quince años me enamoré desesperadamente de él...

Entrecerrando los ojos, Mikhail clavó la mirada en la espalda de su cuñado, que caminaba unos metros por delante de ellos.

-¿Ah, sí?

-Sí. Tu hermana es una mujer afortunada.

-El afortunado es él -replicó Mikhail; el orgullo familiar parecía imponerse.

-Creo que ambos tenemos razón -en esa ocasión, fue Sydney la que sonrió.

Brandon, cansado de ir de la mano de su madre, se soltó y se volvió hacia ellos.

-Tío, tienes que llevarme en brazos -le dijo a su tío.

-¿Tengo que llevarte?

-Sí -exclamó, entusiasta, trepando por las piernas de Mikhail como un mono por un árbol-. Como hace papá.

Mikhail lo alzó en brazos y, para deleite del niño, se lo cargó sobre los hombros. Ya más tranquilo, Brandon sonrió a Sydney.

-¿Sabes? Tengo ya tres años. Y sé vestirme solo.

-Y muy bien, por lo que veo. ¿Vas a ser un famoso compositor, como tu padre?

-Qué va. Yo quiero ser astronauta. ¿Tú vives con el tío Mikhail?

-No -se apresuró a responder Sydney.

-Por ahora -contestó al mismo tiempo Mikhail, sonriéndole.

-Antes os estabais besando -señaló Brandon-. ¿Cómo es que no tenéis hijos?

-Basta ya de preguntas -fue Natasha quien acudió en su rescate.

-Yo solo quiero saber...

-Lo quieres saber todo -lo interrumpió Natasha, dándole un sonoro beso-. Pero por el momento tendrás que conformarte con saber que podrás llevarte un coche nuevo de la tienda.

De repente Brandon perdió todo interés por los hijos que pudiera o no tener su tío con Sydney.

-¿Cualquier coche?

-Cualquier coche pequeño.

-Sigamos con lo que antes estábamos diciendo. Tú me devolviste el beso, ¿recuerdas? -le dijo Mikhail a Sydney mientras Brandon volvía a reunirse con su madre, para discutir sobre el tamaño del coche que iba a regalarle. Pero ella atajó la conversación clavándole un codo en las costillas.

La ciudad le parecía encantadora, con sus calles en cuesta y sus pequeñas tiendas. La juguetería de Mikhail era impresionante, con un amplio surtido de juguetes que incluían exquisitas muñecas de porcelana y cajas de música.

Mikhail se mostró muy paciente mientras Sydney entraba en todo tipo de tiendas de antigüedades y boutiques de ropa. En algún momento de su recorrido perdieron al resto de su familia. O fue su familia quien los perdió a ellos. No fue hasta que iniciaron el regreso, colina arriba, cuando comenzó a quejarse, cargado como iba con sus compras.

-¿Por qué llegué a pensar que eras una mujer equilibrada y razonable?

-Porque lo soy.

Mikhail musitó una de las escasas palabras en ucraniano que ella podía comprender, o al menos su sentido.

-Pues si lo eres, ¿por qué has comprado todo esto? ¿Cómo esperas llevártelo a Nueva York?

Satisfecha consigo misma, se puso a jugar con los preciosos pendientes en forma de estrella que se había comprado.

-Tú, que eres tan inteligente, ya encontrarás una manera.

-Ya, y ahora me halagas, para hacerme quedar como un estúpido todavía mayor.

-Fuiste tú quien me compró esa caja de porcelana -sonrió Sydney.

Mikhail sacudió la cabeza, dándole en silencio la razón. La había sorprendido admirando aquella caja ovalada, decorada en la parte superior con un delicado bajorrelieve que representaba el rostro de una mujer.

-Te morías de ganas de tenerla.

-Es verdad -Sydney se puso de puntillas para besarla-. Gracias.

-No me darás las gracias cuando tengas que pasarte las cinco horas del trayecto de vuelta a casa con esa caja encima de las rodillas.

Se estaban acercando al jardín cuando vieron a Iván correr por el césped, con el rabo entre las piernas.

-¡Iván! -lo llamó Sydney, agachándose-. Ven aquí.

El animal se dirigió hacia ella, buscando refugio. Sydney lo abrazó, y el perrillo escondió su temblorosa cabecita en su pecho. Unos metros más allá, los gatos que lo habían estado persiguiendo se tumbaron en el jardín, contemplando la escena.

-Escondiéndose detrás de una mujer... -pronunció Mikhail, disgustado.

-Solo es un cachorrillo. Tú, que eres tan hombre, anda y vete a echar un pulso con tu hermano.

Riendo entre dientes, la dejó para que terminara de consolar al traumatizado perrillo. Minutos después apareció Freddie, sin aliento.

-¡Aquí está!

-Los gatos lo han asustado -explicó Sydney, mientras la niña acariciaba a Iván.

-Solo estaban jugando. ¿Te gustan los perritos? -le preguntó Freddie.

-Sí. Claro que sí.

-A mí también. Y los gatitos. Hace mucho tiempo que tenemos a Lucy y a Desi. Ahora estoy intentando convencer a mamá para que me compre un cachorrillo como Iván -con el animal en los brazos, se volvió para mirar las destrozadas petunias del jardín-. Pensé que podría conseguirlo a cambio de arreglar esas flores...

-Es un buen comienzo. ¿Quieres que te ayude?

Sydney pasó la siguiente media hora intentando arreglar las flores, o más bien, ya que no sabía nada de jardinería, siguiendo las instrucciones de Freddie. Iván se quedó cerca de ellas, temblando cuando veía acercarse a alguna de las gatas.

Cuando terminaron el trabajo, Sydney dejó al perro al cuidado de la niña y entró en la casa para lavarse. Pensó que todavía no era mediodía y ya había hecho un montón de cosas: había asistido a un pulso masculino, y la había besado el hombre al que amaba delante de todo el mundo. Había hecho prácticas de jardinería y había jugado con un cachorrillo en el jardín. Si ese ritmo iba a continuar durante el fin de semana, no tenía ni la más remota idea de lo que podría hacer a continuación.

Atraída por las risas y los gritos que estaba oyendo desde el jardín, miró por la ventana: la familia Stanislaski estaba jugando un partido de béisbol. Rachel estaba lanzando la pelota, mientras Alex tenía que batearla. En vano había intentado ponerla nerviosa con gritos y silbidos, ganándose una reprimenda de su madre, que estaba siguiendo el juego con Brandon sentado en sus rodillas. Mikhail, por su parte, esperaba el lanzamiento situado en la segunda base, preparado para echar a correr.

Yuri y Spence también se hallaban esperando a que Alex bateara la pelota, pero para capturarla y devolvérsela lo antes posible a Rachel. Interesada, Sydney se apoyó en el alféizar de la ventana, pensando en lo hermosa que resultaba aquella escena. Vio cómo Brandon se volvía para darle a Nadia un rápido beso, antes de bajarse de su regazo y dirigirse hacia el columpio. Poco después Freddie hizo su aparición; tras dar un par de empujones al columpio, corrió a incorporarse al partido.

Alex bateó con fuerza la pelota, mandándola muy lejos. Las voces se convirtieron en gritos. Desplegando una sorprendente agilidad, Yuri echó a correr y recibió la pelota en el aire. Mikhail pasó la tercera base y se dirigió a toda velocidad hacia el punto de salida, a donde también había echado a correr Rachel para esperar el lanzamiento de Yuri. La joven no se amilanó al ver aquella montaña de músculos lanzándose hacia ella. Se produjo una espectacular colisión, en medio de una nube de polvo.

-¡Fuera! -gritó Nadia.

Segundos después todos los miembros de la familia se dirigieron hacia allí, pero no para mezclarse con aquellos dos, sino solo para gritar y hacer gestos y aspavientos. Nada más levantarse, Rachel golpeó en el pecho a Mikhail, que se defendió tumbándola sobre el césped. Soltando un grito de alegría, Brandon corrió para incorporarse a la divertida refriega. Y Sydney no pudo evitar pensar que a ella también la habría encantado sumarse.

-Siempre que se ponen a jugar acaban peleándose -comentó Natasha detrás de ella. Estaba sonriendo, contemplando por encima del hombro de Sydney el tumulto que

se había montado en el jardín. Todavía le pesaban los brazos después de haber subido al bebé para acostarlo-. Es más prudente observarlos desde lejos.

Pero cuando Sydney se volvió, Natasha descubrió que tenía los ojos llenos de lágrimas.

-Oh, por favor... -le tomó una mano-. No te preocupes. Ya sabes que no se están peleando de verdad.

-No, si ya lo sé -desesperadamente avergonzada, Sydney parpadeó para contener las lágrimas-. No estaba preocupada. Es solo que... Era una tontería. De repente los estaba observando y fue como contemplar una preciosa pintura o escuchar una melodía maravillosa. Me he emocionado.

Natasha pensó que no necesitaba decir más. Después de lo que Spence le había contado de Sydney, ya sabía que había habido muy poca alegría, muy poca diversión en su vida.

-Lo quieres mucho.

Sydney se quedó sin habla.

-No es asunto mío -continuó Natasha-. Pero Mikhail es especial para mí. Y ya he visto que tú también lo eres para él. No te parece un hombre fácil de comprender, ¿verdad?

-No. Tienes razón.

Natasha se volvió nuevamente hacia la ventana y miró a su marido, que en aquel instante estaba jugando con Freddie y con Branden en el césped. No muchos años antes, pensó, ella misma había tenido miedo de llegar a esperar algo así.

-¿Te asusta?

Sydney se dispuso a negarlo, pero luego cambió de opinión. Y le confesó lenta, tranquilamente:

-Lo que me asusta, a veces, es la enormidad de sus sentimientos. Mikhail tiene tantos, y le resulta tan fácil sentirlos, analizarlos, expresarlos... mientras que yo nunca me he caracterizado por dejarme llevar por los míos. A veces me siento como desbordada por él, y eso no me gusta...

-Mikhail es sus sentimientos -declaró Natasha con sencillez-. ¿Te gustaría verlos? -y sin esperar su respuesta, se acercó a la estantería más próxima, llena de pequeñas tallas de madera que revelaban una exquisita sensibilidad.

Una de las miniaturas representaba una alta torre a cuya ventana estaba asomada una hermosa joven de cabello dorado, y otra era una preciosa cama con dosel con un príncipe arrodillado frente a una princesa durmiente.

-Me las hizo él. Son los personajes de los Cuentos de hadas que yo le leía cuando era pequeño.

-Son preciosas. Son... mágicas.

-Y Mikhail es el mago -dijo Natasha-. Sus obras pueden ser trágicas, eróticas, atrevidas, algunas incluso estremecedoras. Pero siempre son reales, porque las modela con sus propios sentimientos.

-Lo sé. Y también sé que, al enseñarme estas obras, lo que quieres demostrarme es que Mikhail es una persona extremadamente sensible. No es necesario. Nunca he conocido a una persona más bondadosa y compasiva que él.

-Pensé que quizá tenías miedo de que pudiera herirte...

-No -negó Sydney con tono suave. Pensó en la profundidad de los sentimientos de Mikhail que le habían permitido crear algo tan hermoso, tan sugestivo-. Temo más bien que yo pueda herirlo a él.

-Sydney... -Natasha se detuvo al oír que se cerraba la puerta trasera. Segundos después unos pasos resonaban en el pasillo.

La interrupción inundó de alivio a Sydney. Confiarle sus sentimientos a alguien le resultaba una experiencia novedosa y demasiado incómoda. Le sorprendía que hubiera empezado a hacerlo con una mujer a la que apenas conocía del día anterior. Aquella familia tenía algo especial, algo tan mágico como las figuras de cuento de hadas que Mikhail le había regalado a su hermana. Quizá la magia que se le suponía fuera algo tan sencillo como la felicidad.

La mañana fue transcurriendo entre juegos y bromas, pero ya dentro de la casa. Hasta que Nadia despejó el territorio de la cocina ordenando a todos los hombres que salieran al jardín.

-No entiendo cómo consientes que se queden ahí fuera sentados, tomando una cerveza, mientras nosotras preparamos la comida... -rezongó Rachel al tiempo que pelaba una patata.

-Porque... -Nadia puso dos huevos a hervir... si se hubieran quedado aquí dentro, habrían picado de la comida o se habrían puesto en medio todo el tiempo, molestándonos...

-Tienes razón. Pero aun así...

-Tranquila. Serán ellos los que lo recojan todo y frieguen -terció Natasha.

Satisfecha, Rachel empezó a pelar otra patata.

-De todas formas, si Vera estuviera aquí, los habría mantenido a raya.

-Vera es nuestra ama de llaves -le explicó Natasha a Sydney mientras cortaba verduras-. Lleva años con nosotros. Le dimos este mes libre para que pudiera hacer un viaje con su hermana. ¿Podrías lavar estas uvas?

Sydney se dedicó a seguir pasivamente las instrucciones que le iban dando.

-Puedes hacer unos huevos rallados con pimienta, si quieres. A Mikhail le gustan mucho.

-Yo... No sé cómo se hacen.

-¿No te enseñó tu madre a cocinar? -no había disgusto en la voz de Nadia, sino solamente incredulidad. Ella había instruido a todos sus hijos, chicas y chicos, en las artes de la cocina.

Mientras que, por lo que sabía Sydney, su madre no había cocido un huevo en toda su vida. Esbozó una vacilante sonrisa.

-No. Más bien me enseñó a pedir la comida en los restaurantes.

-Descuida, que ya te enseñaré yo -le dijo Nadia, dándole una cariñosa palmadita en la mejilla.

Segundos después murmuró algo en ucraniano al oír, por el intercomunicador que estaba conectado con el dormitorio, el llanto de Katie. Ya se estaba secando las manos con un trapo, dispuesta a subir a la habitación para atender a su nieta, cuando Natasha le hizo una discreta seña pidiéndole que no lo hiciera.

-Sydney, ¿te importaría subir tú? -con una sonrisa rebotante de candor e inocencia, Natasha se volvió hacia ella-. Tengo las manos ocupadas.

Sydney la miró asombrada.

-¿Quieres que suba a calmar al bebé?

-Por favor.

Sintiéndose más que nerviosa, Sydney salió de la cocina.

-¿Se puede saber qué es lo que estás tramando, Tash? -quiso saber Rachel.

-Esa chica quiere una familia. Ya lo verás.

-Pues creo que se hartará de la nuestra... -repuso la joven, y soltó una carcajada.

Sydney caminaba por el pasillo, asustada de la potencia del llanto del bebé. ¿Se habría puesto enferma? ¿En qué diablos habría estado pensando Natasha para mandarla subir a ella? Quizá, en su familia, era una costumbre habitual. Aspirando profundamente, entró en la habitación.

La pequeña Katie estaba agarrada a un extremo de la cuna, manteniéndose de pie en un difícil equilibrio. Nada más ver a Sydney le echó los brazos, y al hacer ese movimiento cayó hacia atrás, aterrizando con el trasero.

-Oh, pobrecita -musitó Sydney, demasiado conmovida para seguir estando nerviosa-. ¿Creías que nadie iba a venir? -la abrazó, enternecida-. Eres tan pequeñita, tan poquita cosa... Te pareces a tu tío, ¿eh? Se puso colorado cuando le dije que era muy guapo, pero tú también eres muy guapa, ¿verdad?

Lo que no sabía Sydney era que en la cocina, Nadia, Natasha y Rachel se estaban desternillando de risa mientras escuchaban su voz por el intercomunicador.

-Oh-oh -solo cuando le dio una palmadita en el trasero, comprendió el origen del problema-. Estás mojadita, ¿eh? Mira, supongo que tu madre podría cambiarte en diez segundos, pero resulta que solo me tienes a mí, así que... ¿qué podemos hacer?

Katie había dejado de llorar y estaba haciendo burbujas con la boca mientras jugaba con el cabello de Sydney.

-Supongo que tendremos que intentarlo. ¿Sabes? No he cambiado un pañal en toda mi vida -dijo en voz alta mientras buscaba uno-. Ni jugado al béisbol, ni cocinado, ni nada... Oh, aquí están -descubrió una bolsa repleta de pañales. Suspirando, sacó uno-. Bueno, manos a la obra -delicadamente tumbó a Katie en una mesa y se aprestó a la operación.

-¡Hey! -nada más entrar Mikhail en la cocina, su madre y sus hermanas se apresuraron a ordenarle que guardara silencio-. ¿Qué pasa?

-Sydney está cambiando a Katie -murmuró Natasha, sonriendo, y señaló el intercomunicador.

-¿Sydney? -Mikhail se olvidó de la cerveza que había ido a buscar y se quedó a escuchar.

-De acuerdo -decía Sydney en aquel instante-, ya tenemos la mitad del camino hecho -había acabado de secar a Katie y de ponerle polvos de talco. Quizá se había excedido, pero pensó que era mejor pecar por exceso que por defecto. Frunció el ceño mientras se esforzaba por ponerle el pañal-. No sé si estará muy apretado, ¿qué dices tú? -al ver que Katie agitaba los pies, riendo, añadió-: Vale, tú eres la experta. Bueno, guapa, ya hemos terminado. ¿Quieres bajar a ver a mamá?

-Ma-ma -artículo penosamente Katie-. Ma-ma -y se dejó levantar de nuevo por Sydney.

En la cocina, cuando dejaron de escuchar a Sydney por el intercomunicador, los cuatro Stanislaski se esforzaron por ocuparse en algo. Disimulando.

-Siento haber tardado tanto -se disculpó Sydney al entrar con la niña-. He tenido que cambiarle el pañal -al descubrir a Mikhail se detuvo en seco, con la mejilla apoyada contra la carita de Katie. Y se ruborizó de inmediato.

-Dámela -le pidió él, extendiendo los brazos.

Sydney así lo hizo. Sin dejar de mirarla, Mikhail sostuvo al bebé con exquisita ternura, apoyándole la cabecita contra el hombro.

-Ven aquí -antes de que ella pudiera reaccionar, la atrajo hacia sí y le dio un largo y dulce beso en los labios. Luego se apartó lentamente, sonriendo-. Ya volveré por la cerveza -y se marchó con Katie.

-Bueno, y ahora... -le dijo Nadia a Sydney, que aún seguía aturdida-. Voy a enseñarte a preparar esos huevos...

Al día siguiente, el sol ya se estaba poniendo cuando Sydney abrió la puerta de su apartamento. Todavía no había dejado de reír... y estaba segura de que durante aquel fin de semana se había reído más que en toda su vida. Dejó las bolsas con sus compras en el sofá mientras Mikhail cerraba la puerta con el pie, cargado con su equipaje.

-¡Uf! Has metido en esta maleta más cosas de las que tenías cuando te la llevaste, ¿verdad?

-Sí, un par de ellas -sonriendo, lo abrazó por la cintura. Se sentía bien, maravillosamente bien-. Dyakuyu -le dijo, probando a decir «gracias» en su lengua.

-No lo has pronunciado muy bien, pero de nada -la besó en ambas mejillas-. ¿Ves? Este sí que es el saludo tradicional en mi tierra.

Sydney tuvo que morderse el labio inferior para no sonreír.

-Eso ya lo sabía -y también sabía por qué se lo estaba diciendo... por segunda vez. Se había dejado besar por todos y cada uno de los miembros de su familia. Pero no con el clásico y más bien aséptico roce de mejillas, más que beso, al que estaba acostumbrada, sino con un firme y sonoro beso acompañado de un fuerte abrazo. Solo que Alex no se lo había dado precisamente en las mejillas...

-Tu hermano besa muy bien -le comentó, esforzándose por adoptar un tono serio, casi solemne-. Debe de ser algo de familia.

-¿Te gustó?

-Bueno... Desde luego, tiene estilo.

-Solo es un chico -musitó Mikhail, aunque Alex solo era dos años menor que él.

-Oh, no -rió Sydney-. Por supuesto que no lo es. Pero creo que tú tienes... una ligera ventaja sobre él.

-¿Ligera?

-Como carpintero que eres... -le echó los brazos al cuello... sabes perfectamente que unos cuantos milímetros pueden resultar vitales... para que encaje una pieza.

-Y... ¿yo encajo en ti, Hayward?

-Sí -sonrió mientras él le acariciaba la frente con los labios-. Me parece a mí que sí.

-¿Y mis besos te gustan más que los de Alex?

-En cierta forma, sí -suspiró-. Aunque...

Eso fue lo único que pudo decir antes de que Mikhail se apoderara de su boca, inflamándola repentinamente de deseo. Con un murmullo de aprobación, Sydney se apartó para mirarlo a los ojos.

-Ahora... -excitado, la levantó en brazos... supongo que tendré que demostrártelo.

-Si insistes.

No tardó en llegar a la habitación, donde la tumbó con pocas ceremonias en la cama. Para cuando ella recuperó el aliento, Mikhail ya se había quitado la camisa y los zapatos.

-¿Por qué te sonríes? -le preguntó.

-Por ese aspecto de pirata que tienes -sin dejar de sonreír, se apartó el cabello de los ojos-. Solo te falta un sable y un parche.

Enganchando los pulgares en las trabillas del pantalón, repuso:

-Así que crees que soy una especie de bárbaro, ¿eh?

Sydney dejó vagar la mirada por su torso desnudo, ascendiendo lentamente hasta clavarla en sus ojos de mirada oscura, sombría, peligrosa.

-Creo que eres guapísimo.

Estaba tan hermosa sentada en la cama, despeinada, todavía ruborizada después de su violento e impaciente beso... Mikhail recordó la expresión de su rostro cuando la vio entrar el día anterior en la cocina, con Katie en los brazos y aquel asombrado deleite, aquella deliciosa timidez, reflejándose en su mirada. Se había puesto colorada cuando, durante la comida, su madre anunció que había sido ella quien había preparado los huevos. Y también cuando su padre le dio aquel fuerte abrazo y pudo ver cómo se emocionaba...

Sí. Sydney necesitaba amor. Era una mujer fuerte, inteligente, honesta. Y necesitaba amor. Frunciendo el ceño, se sentó en el borde de la cama y le tomó una mano.

-¿Qué pasa? ¿He hecho algo mal? -inquirió ella, estremeciéndose.

No era la primera vez que Mikhail detectaba aquel tono de inseguridad y duda en su voz. Conteniendo su impaciencia y las numerosas preguntas que ansiaba hacerle, sacudió la cabeza.

-No, nada. Soy yo -volviéndole la mano, le besó delicadamente la palma-. Me olvido de ser tierno contigo.

Sydney se asustó todavía más; con sus bromas sobre Alex, había herido sus sentimientos, su ego. Oh, Dios...

-Mikhail, todo eso que te dije de Alex iba en broma. No me estaba quejando.

-Quizá deberías.

-No -lo abrazó, besándolo en los labios-. Te quiero -confesó, desesperada-. Ya sabes lo mucho que te quiero.

A pesar del fuego que lo consumía por dentro, Mikhail le acarició el rostro con exquisita, conmovedora ternura, y la besó con una emoción que procedía directamente de su corazón, de lo más profundo de su ser.

Su boca era tan suave, tan paciente... Aquel ligero contacto no le evocaba a Sydney, como en anteriores ocasiones, la habitual chispa de deseo, sino algo mucho más cálido y hermoso. Incluso cuando él profundizó el beso, siguió habiendo solamente ternura; una inmensa y abrumadora ternura. Debilitada e indefensa, Sydney podía sentir cómo su cuerpo se iba derritiendo segundo a segundo.

-Eres tan hermosa... -murmuraba Mikhail mientras volvía a tumbarla en la cama, sin dejar de besarla-. Merezco la muerte por no haberte enseñado más cosas...

-No puedo... -no podía pensar, ni respirar, ni moverse.

-Sss -delicadamente, fue desvestiéndola-. Esta noche es solo para ti. Solo para disfrutar -perdió el aliento viendo cómo se derramaba el sol del crepúsculo sobre su piel. Parecía tan frágil...-. Déjame mostrarte lo que significas para mí.

Todo. Sydney lo significaba todo para él. Aquella noche quería despejar todas las dudas que ella pudiera tener al respecto. Lenta, hábilmente, le demostró que más allá de la pasión, más allá del deseo, estaba la ternura. La generosidad, la magia del alma. Y que el amor también podía ser sosegado, paciente, duradero.

El cuerpo de Sydney era como un exquisito banquete, repleto de múltiples y eróticos sabores y matices. Pero esa noche lo probó con lentitud, saboreando,

compartiendo cada suspiro, cada estremecimiento. Y tampoco estaba dispuesto a que ella lo apresurase.

Incapaz de soportarlo, Sydney se sentía flotar en un largo y oscuro río, por el que Mikhail iba guiándola con la suavidad de la seda. Jamás antes se había sentido tan consciente de su propio cuerpo, de la textura de su propia piel, de la fragancia de su propio aroma. Y del suyo... Aquellos músculos duros como la roca parecían canalizar su fuerza en forma de una inimaginable ternura. La fluidez de sus movimientos le descubría nuevos anhelos, nuevos placeres, nuevas complicidades.

Mikhail deslizaba las yemas de los dedos por su piel incansablemente, excitándola cada vez más. Y dándole placer a ella lo conseguía él también: un placer igual de dulce, igual de rotundo, igual de sencillo. Sydney podía escuchar el sonido de su propia respiración, un leve y tembloroso rumor que resonaba en el silencio del dormitorio. A modo de tributo a la belleza de aquellos instantes, lágrimas de emoción empezaron a resbalar por su rostro y a atenazarle la garganta mientras susurraba su nombre.

La besó una vez más en los labios al tiempo que se deslizaba en su interior. Se sentía lleno de ella, refugiado y acogido en su más íntimo ser. Más. Recordaba que en una ocasión había ansiado desesperadamente más. En cambio, ahora, lo tenía todo.

Incluso con el ardiente martillo del deseo resonando en su interior, se movía lentamente, sin prisas, sabiendo que aún podía darle más placer antes de que se desencadenara la última y gloriosa liberación.

-Te amo, Sydney -le confesó, temblando, mientras se dirigía a su encuentro-. Solo a ti. Siempre.

11

Cuando empezó a sonar el teléfono, ya era noche cerrada y estaban durmiendo plácidamente, abrazados. Sydney se acurrucó aún más contra Mikhail, cerrando los ojos con fuerza y musitando un simple «no», decidida a ignorarlo.

Con un gruñido, Mikhail rodó encima de ella, y consideró por un instante la posibilidad de quedarse donde estaba: tan delicioso era el cuerpo que se enredaba tan seductoramente con el suyo.

-Milaya -murmuró, y como no respondía, se estiró para descolgar el auricular.

-¿Qué? ¿Alexi? -se sentó en la cama nada más reconocer la voz de su hermano, maldiciendo en ucraniano. Solo se tranquilizó cuando Alex le aseguró que no se trataba de ninguna alarma, y que la familia estaba perfectamente-. Vaya horas de llamar. Será mejor que estés o en un hospital o en una cárcel... ¿En ninguno de los dos sitios? ¿Y por qué me llamas de madrugada? -juró de nuevo mientras miraba el reloj de la mesilla: todavía eran las cinco menos cuarto-. ¿Qué? -esforzándose por oír bien, se cambió de oreja el auricular-. Maldita sea, ¿cuándo? Voy para allá.

Colgó de golpe el teléfono y ya estaba buscando su ropa cuando se dio cuenta de que Sydney había encendido la luz. Estaba mortalmente pálida.

-¡Tus padres!

-No, no se trata de la familia -volvió a sentarse en la cama y le tomó una mano-. Es el edificio del Soho. Han entrado unos vándalos en mi apartamento y en el de la señora Wolburg.

-¿Vándalos? -repitió, asombrada.

-Uno de los policías que recibió la denuncia es compañero de Alex, y sabe que yo vivo allí. Así que lo avisó. Parece que los daños son importantes.

-Solo en el edificio, supongo... -pronunció Sydney, con el corazón en la garganta.

-Sí, no hay nadie herido -vio que cerraba los ojos de alivio por un instante-. Ya sabes: pintura por las paredes, los cristales de las ventanas rotos. Salgo ahora mismo para verlo.

-Dame diez minutos -le pidió Sydney, y saltó de la cama.

Dolía. Solo eran daños materiales, pero dolía. En el apartamento de la señora Wolburg, en su antiguo armario de caoba, alguien había escrito repugnantes obscenidades con pintura roja. Tres de las ventanas estaban rotas. Las paredes de yeso habían sido rayadas, como si las hubieran acuchillado. El suelo de parqué estaba inundado: el agua del grifo que habían dejado abierto había echado a perder las alfombras, empapando las faldas del sofá. Los exquisitos bordados de la anciana flotaban como trapos viejos.

-Dejaron abierto el grifo del fregadero -explicó Alex-. Para cuando rompieron las ventanas de abajo y despertaron a los vecinos, el daño ya estaba hecho. Lo siento -le dijo a Sydney-. Recogeremos las declaraciones de los inquilinos, pero...

-¿Y el otro apartamento, el de Mikhail?

-Igual. Entraron en los dos que estaban vacíos. Allí también hay un montón de pintadas -le apretó cariñosamente un brazo-. Lo siento. Estamos recabando declaraciones de los inquilinos, pero...

-Estaba oscuro. Todo el mundo estaba durmiendo, así que supongo que nadie vería nada.

-Nada es imposible -Alex se volvió hacia los vecinos que se habían arremolinado en el pasillo-. ¿Por qué no subes a ver el apartamento de Mikhail? Voy a tardar bastante en tranquilizar a los vecinos y en conseguir que se marchen a sus casas...

-No, es mi edificio -declaró Sydney-. Yo hablaré con ellos.

Después de asentir con la cabeza, Alex la acompañó hasta el pasillo.

-Es curioso que no se molestaran en robar nada... y que solo entraran en los dos apartamentos vacíos, como si hubieran sabido de antemano que lo estaban.

Sydney lo miró. Tal vez no llevara puesto el uniforme, pero decididamente era un policía.

-¿Se trata de un interrogatorio, Alex?

-Solo era una observación. Supongo que podrías averiguar cuántas personas tienen acceso al listado de arrendatarios del edificio.

-Supongo que sí -respondió-. Incluso tengo una leve idea acerca de quién puede ser el responsable de esto, Alex. Oh, no me refiero a los que hicieron este destrozo, sino al que les pagó para que lo hicieran. El problema es que no sé si seré capaz de probarlo.

-Déjanos las pruebas a nosotros.

-Mira, una vez que esté segura, te lo contaré todo. Es una promesa... si tú a la vez me prometes no decirle nada a Mikhail.

-Me pides demasiado, Sydney.

-No tengo más remedio -repuso con tono firme, y se dirigió a hablar con los vecinos.

Hacia las ocho de la mañana Sydney ya estaba en la oficina revisando la ficha personal de Lloyd Bingham. A las diez había hecho varias llamadas telefónicas, consumido varias tazas de café y elaborado un ingenioso plan.

Había autorizado a Mikhail a contratar más obreros, se había entrevistado con un investigador del seguro y, a esas alturas, estaba preparada para desatar una pequeña guerra psicológica. Llamó al despacho de Lloyd Bingham por la línea interna y esperó.

-Hola.

-Lloyd, soy Sydney Hayward.

-¿Algún problema?

-Ninguno que no se pueda solucionar. Realmente ha sido un gesto muy mezquino, Lloyd.

-No sé de qué estás hablando.

-Claro que no -replicó, sarcástica-. La próxima vez, te sugiero que lleves un poco más de cuidado.

-¿Quieres ir al grano de una vez?

-Se trata de mi edificio, de mis inquilinos y de tu error.

-Es un poco temprano para andar con certijos.

-No es un certijo cuando la solución está tan clara. Supongo que no eras consciente de la cantidad de gente trabajadora que vive en ese edificio. Y en lo muy temprano que esa gente se levanta, se toma su café y mira por la ventana. O en lo mucho que esa gente puede colaborar con la policía facilitándole las descripciones de esos vándalos.

-Si algo le ha pasado a tu edificio, ese es tu problema -le espetó Lloyd-. Yo no estaba por allí.

-Ni yo lo suponía. A ti siempre te ha gustado delegar las tareas. Pero dado que la policía ha encontrado ciertas pistas, me temo que no tardarás en descubrir lo peligroso

que resulta no contar con subordinados leales -afirmó Sydney. Habría jurado que lo había oído sudar de miedo.

-Yo no tengo por qué escuchar estas cosas.

-No, claro que no. Y yo tampoco deseo entretenerte. Ah, Lloyd, no permitas que te saquen demasiado dinero. Te aseguro que no hicieron un buen trabajo.

Y colgó, inmensamente satisfecha. Sospechaba que Lloyd no tardaría mucho tiempo en reunirse con sus secuaces para pagarles sus honorarios. Y dado que el investigador del seguro se había mostrado muy interesado por su hipótesis, estaba segura de que vigilaría aquel encuentro. Pulsó el botón del intercomunicador.

-Janine, necesito comer algo antes de empezar con la ronda de entrevistas a las nuevas secretarías. Encárgame algo por teléfono.

-De acuerdo. Sydney, precisamente me disponía a avisarte... tu madre está aquí.

El pequeño éxito que antes había disfrutado se le atravesó de pronto en la garganta.

-Oh, dile que estoy en... -«cobarde», se amonestó-. No, dile que pase -aspiró profundamente antes de levantarse y dirigirse hacia la puerta-. Mamá.

-Sydney, querida -vistiendo tan elegante como siempre y oliendo a perfume francés, Margerite entró en el despacho y la besó en las mejillas-. Lo lamento tanto... Me he pasado todo el fin de semana queriendo contactar contigo para pedirte disculpas. ¿Puedo sentarme?

-Claro. Perdona. ¿Quieres algo?

-Querría borrar completamente aquella tarde de viernes de mi vida -ya sentada, le lanzó una mirada cargada de vergüenza-. Esto no es fácil para mí, Sydney. Lo cierto es que... que estaba celosa.

-Oh, mamá...

-No, por favor. Ya soy lo suficientemente mayor como para admitir mis defectos. Y me gusta pensar que sigo siendo una mujer atractiva y deseable.

-Lo eres.

-Ya. Pero no tanto cuando me descubro a mí misma devorada por la envidia al ver que el hombre al que esperaba... bueno, seducir, ha sido seducido por mi hija. Me arrepiento de mi comportamiento y de todo lo que te dije. Ya está -suspiró-. ¿Me perdonas?

-Por supuesto que te perdono. Y yo también tengo que pedirte perdón por la manera en que te hablé.

-Me sorprendiste; eso tengo que reconocerlo. Nunca te ha habido visto demostrar tanta pasión por algo. Querida, es un hombre muy guapo. No voy a decirte que apruebo vuestra relación, pero desde luego puedo comprenderla. Tu felicidad es importante para mí, Sydney.

-Ya lo sé.

Le brillaban los ojos cuando miró a su hija.

-Estoy tan contenta de que hayamos aclarado esto... Y quiero hacer algo por ti, algo que pueda compensarlo al menos en parte...

-No tienes por qué hacer nada.

-Quiero hacerlo, de verdad. Ven a cenar conmigo esta noche.

Sydney pensó en las muchas cosas que tenía que hacer, y en la tranquila cena que la esperaba al final de la jornada, con Mikhail.

-Me encantaría -respondió al fin, conmovida por su expresión expectante.

-Maravilloso -exclamó Margerite, levantándose-. A las ocho, en Le Cirque -y le dio a su hija un rápido abrazo antes de marcharse.

Para las ocho, Sydney salió de su coche ataviada con un elegante vestido de noche, de seda azul claro, sin mangas.

-El chofer de mi madre se encargará de llevarme a casa, Donald.

-Muy bien, señorita Hayward. Que disfrute de la velada.

-Gracias.

El maître, que la reconoció al momento, la acompañó hasta la mesa. Mientras atravesaba el selecto y suntuoso restaurante, se imaginó a Mikhail sentado en su banco de trabajo delante de un cuenco de goulash y una botella de cerveza. E intentó no suspirar de envidia...

Cuando vio a su madre, con Channing, en una apartada mesa, procuró no apretar los dientes de rabia.

-¡Aquí estás, cariño! -exclamó Margerite, aparentemente sin advertir el brillo de furia de su mirada-. ¡Qué alegría!

-Sí. Qué alegría -repuso fríamente Sydney mientras Channing se levantaba para ayudarla galantemente a sentarse. Pero no dijo nada cuando se inclinó para besarla en las mejillas.

-Estás preciosa esta noche, Sydney.

La botella de champán ya había sido abierta. Esperó a que le llenaran su copa, pero el primer sorbo no consiguió enfriar su rabia.

-Mi madre no me dijo que te reunirías con nosotras esta noche.

-Esa era mi sorpresa -Margerite parecía burbujear de felicidad, como la copa de champán que sostenía en la mano-. Mi pequeño regalo de compensación -y, como si estuviera representando un papel previamente convenido, hizo a un lado su servilleta y se levantó de la mesa-. Y ahora, tendréis que disculparme... voy a empolvarme un poco la nariz.

Consciente de que solo le quedaban cinco minutos para terminar su misión, inmediatamente Channing le tomó una mano a Sydney, para no perder el tiempo.

-Te he echado de menos, querida. Tengo la sensación de que han pasado meses desde la última vez que estuvimos a solas tú y yo...

-Han sido semanas, más bien. ¿Qué tal te ha ido, Channing?

-Sin ti, me he sentido desolado -deslizó un dedo por su brazo desnudo, pensando que verdaderamente tenía una piel exquisita-. ¿Cuándo vamos a dejar estos juegos, Sydney?

-Yo no he estado jugando -tomó un sorbo de champán-. He estado trabajando.

Una expresión de disgusto nubló por un instante la mirada de Channing. Estaba convencido de que Margerite estaba en lo cierto. Una vez que se casaran, Sydney estaría demasiado ocupada con él para seguir con su carrera profesional. Era mejor apuntar directamente al grano.

-Querida, llevamos meses saliendo juntos. Y, por supuesto, nos conocemos desde hace años. Pero las cosas han cambiado.

-Sí que han cambiado -le sostuvo la mirada.

Estimulado por ese comentario, Channing volvió a tomarle la mano.

-No he querido apresurarte, pero creo que ya es hora de que demos el siguiente paso. Te quiero mucho, Sydney. Creo que eres una mujer dulce, cariñosa y divertida.

-Y apropiada -musitó ella.

-Por supuesto. Quiero que seas mi esposa -se sacó una caja del bolsillo de la chaqueta y la abrió. Contenía un precioso anillo, con un enorme diamante redondo que parecía recoger toda la luz de la sala.

-Channing...

-Me recordaba a ti -la interrumpió-. Aristocrático y elegante.

-Es muy bonito, Channing -pronunció, escogiendo cuidadosamente las palabras. «Y frío», añadió para sí. «Muy frío»-. Lo lamento, pero no puedo aceptarlo. Y a ti tampoco.

El estopor se dibujó primeramente en el rostro de Channing, seguido de una chispa de disgusto.

-Sydney, ambos somos adultos. No hay necesidad de que seas tan... modesta.

-Lo que estoy siendo es sincera -se removió en su silla, y en esa ocasión fue ella quien le tomó las manos-. No tienes idea de lo mucho que lamento que mi madre te haya hecho creer que yo siento otra cosa. Al hacerlo, nos ha colocado a los dos en una posición muy embarazosa. Seamos francos, Channing. Tú no me amas, y yo tampoco.

-Si eso fuera cierto, nunca te habría pedido en matrimonio -replicó, ofendido.

Me lo estás pidiendo porque me encuentras atractiva, porque puedo ser una excelente anfitriona para los actos sociales y porque pertenezco al mismo círculo que tú. Esos son motivos para la firma de un contrato, o de una asociación, pero no de un matrimonio -cerró la caja del anillo y se la puso entre las manos-. Ya he sido una esposa desgraciada, Channing, y no tengo intención de volver a serlo otra vez.

-Entiendo que todavía puedas sentirte algo dolida por lo que te pasó con Peter, pero...

-No, tú no comprendes lo que me pasó con Peter. Para serte sincera, aquello nada tiene que ver con el hecho de que haya rechazado tu petición. Yo no te amo, Channing, y además estoy profundamente enamorada de otro hombre.

-Entonces... -se puso rojo como la grana... lo que me resulta más humillante es que fingieras tenerme cierto afecto cuando...

-Claro que te tengo afecto -replicó, cansada-. Pero eso es todo lo que te tengo: afecto. Si hasta este momento fracasé en dejártelo claro, lo único que puedo hacer es pedirte disculpas.

-Creo que las disculpas no bastan, Sydney -se levantó de la mesa, tenso-. Por favor, despídeme de tu madre.

Tieso como un palo, se alejó de la mesa dejando a Sydney invadida por una mezcla de cólera y de culpa. Cinco minutos después Margerite salió del lavabo de señoras, luciendo una radiante sonrisa.

-¿Y bien? -se inclinó hacia su hija con gesto conspiratorio, encantada de que Channing las hubiera dejado unos instantes a solas.

-Channing se ha marchado, mamá.

-¿Que se ha marchado? -miró a su alrededor-. ¿Qué quieres decir?

-Que se ha ido, y además enfadado, porque he rechazado su petición de matrimonio.

-¿La has rechazado? -Margerite parpadeó asombrada-. Sydney, ¿cómo has podido...?

-¿Que cómo he podido? -alzó la voz pero se dominó en seguida, convirtiéndola en un susurro-. ¿Cómo has podido tú? Todo estaba preparado, planificado por ti.

-Claro que sí -tomó su copa de champán-. Llevaba meses esperando veros a los dos juntos, comprometidos. Y dado que resultaba obvio que Mikhail había logrado sacarte del caparazón bajo el que te encerrabas, la oportunidad me pareció la adecuada. Channing es justamente el hombre que necesitas. Es decente, su familia no tiene la más mínima tacha, posee una casa preciosa y una excelente situación económica.

-No lo amo.

-Sydney, por el amor de Dios, sé razonable.

-Nunca he sido otra cosa en mi vida, y quizá sea ese el problema. Yo te creí cuando viniste a verme esta mañana. Creía que lo sentías de verdad, que te importaba, y que querías que hubiera algo más que unas cuantas palabras amables entre nosotras.

-Todo lo que te dije esta mañana era verdad -se le llenaron los ojos de lágrimas-. Me sentí fatal durante todo el fin de semana, pensando que te había alejado de mi lado... Tú eres mi hija, y me importas mucho. Solo quiero lo mejor para ti.

-Tu intención es buena -murmuró Sydney, sintiéndose de pronto insoportablemente cansada-. Pero también estás segura de saber lo que es mejor para mí. No quiero hacerte daño, pero finalmente he descubierto que eso es algo que siempre has ignorado. Y con tu actuación de esta noche, me has obligado a hacerle a Channing un daño que, por mí misma, jamás le habría hecho.

-Sydney... -una lágrima resbaló por su rostro... yo solo pensaba...

-No pienses por mí -la propia Sydney estaba peligrosamente cerca de llorar-. No vuelvas a pensar por mí. Ya te dejé que lo hicieras antes, y mira lo que le he hecho a Channing...

-Yo no quiero que te quedes sola -sollozó Margerite-. Es terrible quedarse sola.

-Mamá -aunque temía derrumbarse en cualquier instante, le tomó las dos manos- Escúchame, escúchame bien. Te quiero, pero no puedo ser como tú. Quiero que las dos podamos tener una relación cordial y sincera. Llevará tiempo. Pero nunca lo conseguiremos mientras no te esfuerces por comprenderme, por respetarme y quererme como soy, y no como la persona que quieres tú que sea. No puedo casarme con Channing para complacerte. No puedo casarme con nadie para complacerte.

-Oh, Sydney.

-Hay cosas que no sabes. Cosas de las que no quiero hablar. Por favor, confía en mí. Sé lo que estoy haciendo. Solo durante estas últimas semanas he sido más feliz que en toda mi vida.

-Stanislaski -pronunció Margerite con un suspiro.

-Sí, Stanislaski. Y yo -añadió Sydney-. Yo soy la que está haciendo algo con mi vida, mamá. Esa es la diferencia. Y ahora, voy a ayudarte a retocarte ese maquillaje...

En su banco de trabajo, Mikhail lijaba el busto de palisandro. No había tenido intención de quedarse trabajando hasta tan tarde, pero Sydney había surgido sencillamente entre sus manos, entre sus dedos. No había otra explicación para la súbita inspiración que lo asaltó, para la vida que estaba cobrando aquel busto segundo a segundo. Apenas había tenido que pensar, o que calcular. Aunque tenía los dedos agarrotados después de todo el tiempo que había estado trabajando, apenas podía recordar la técnica de la que se había servido.

Lo único que importaba era el resultado. Y allí estaba ella, con él; hermosa, cálida, viva. Sabía ya que era una obra de la que jamás se separaría. Se sentó, flexionando los hombros para aliviarse de la tensión. Había sido una jornada terriblemente larga, que había empezado antes del amanecer. Había tenido que dominar y canalizar su rabia para limpiar y reparar los destrozos que aquellos vándalos le habían causado en el apartamento. Y ahora que ya había cesado el ímpetu que lo había obligado a terminar el busto, estaba absolutamente exhausto. Pero no quería irse a la cama. A su cama vacía.

¿Cómo podía echarla tanto de menos cuando solamente llevaba unas pocas horas sin ella? ¿Por qué se sentía como si la tuviera a un mundo de distancia, cuando solamente se encontraba en el otro extremo de la ciudad? No soportaría pasar otra noche

sin ella, pensó mientras se levantaba para comenzar a andar inquieto por la habitación. Sydney iba a tener que comprenderlo. Él se lo haría entender.

Pasándose una mano por el pelo, repasó las opciones que tenía. Podía irse a la cama e intentar dormir. Podía llamarla y conformarse con escuchar el sonido de su voz. O podía salir e ir a buscarla a su casa, llamando a su puerta hasta que le abriera. Sonrió; prefería la tercera posibilidad. Se puso una camisa y se dirigió hacia la puerta. Pero Sydney fue la que lo sorprendió a él al aparecer de pronto en el umbral, justo cuando se disponía a salir.

-Oh. Qué casualidad -se llevó una mano al pecho-. Siento llegar tan tarde, pero vi la luz encendida y...

Mikhail no la dejó terminar, sino que primero la hizo entrar y después la abrazó apasionada, desesperadamente.

-Precisamente iba a buscarte -musitó.

-¿A buscarme? Acabo de salir del restaurante.

-Quería verte. Quería... -se interrumpió-. Vaya -la observó con detenimiento-. Has estado llorando.

-No, no he llegado a llorar. Mi madre se emocionó un poco, y supongo que se produjo una reacción en cadena.

-¿No me dijiste que os habíais reconciliado?

-Y así fue. Bueno, al menos creo que ahora ya nos entendemos mejor.

Mikhail sonrió levemente, delineando con un dedo el contorno de sus labios.

-Pero sigue sin aprobarme como compañero de su hija.

-Ese no es el problema. Le frustré los planes que tenía para esta noche.

-Tienes que contármelo todo.

-Sí -pronunció Sydney. Se acercó al sofá, con la intención de sentarse, cuando vio el busto-. Es maravilloso. Tienes un increíble talento.

-Solo esculpo lo que veo, lo que pienso, lo que siento.

-¿Es así como me ves?

-Es así como eres -le puso las manos sobre los hombros-. Para mí.

Entonces, para él, era muy bella, se dijo Sydney. Y parecía, también para él, estremecerse de vida y de amor.

-Ni siquiera he posado para ti.

-Ya lo harás. Vamos, cuéntamelo todo.

-Cuando me reuní con mi madre en el restaurante, resultó que Channing estaba con ella.

-Ah, el banquero -la mirada de Mikhail se ensombreció peligrosamente-. Le dejaste que te besara antes que a mí...

-Es que lo conocía antes que a ti -se volvió, divertida por aquel ataque de celos-. Y yo no te dejé que me besaras, si mal no recuerdo. Me besaste sin pedirme permiso.

En aquel instante Mikhail volvió a hacerlo, en un impulso incontenible.

-Nunca más te dejarás besar por ese hombre, ¿verdad?

-No -respondió ella.

-Bien -la llevó al sofá-. Así podrá salvar la vida.

Soltando una carcajada, Sydney lo abrazó y apoyó después la cabeza sobre su hombro.

-En realidad, Channing no tuvo la culpa de nada. Y mi madre, en el fondo, tampoco. Fue más una cuestión de costumbre, de circunstancias. Ella había planificado el encuentro para que él se me declarara en matrimonio.

-¿Cómo? ¿Quiere casarse contigo?

-No. Más bien creía que quería casarse conmigo. Porque, desde luego, a estas alturas ya se le ha quitado de la cabeza -de repente vio que se levantaba como un resorte y empezaba a pasear por la habitación, furioso-. Oye, no hay motivo para que estés tan enfadado. Yo fui la única que se encontró en una situación incómoda. Y dudo que vuelva a dirigirme la palabra otra vez.

-Si lo hace, le cortaré la lengua -repuso Mikhail, pero poco a poco se fue tranquilizando-. Nadie, excepto yo, se casará contigo.

-Ya te he explicado... -Sydney se interrumpió de repente, con un nudo de emoción en la garganta-. No hay necesidad de que hablemos de esto -añadió, levantándose-. Es tarde.

-Espera y siéntate -le ordenó Mikhail, y entró en el dormitorio.

Cuando lo vio salir segundos después con una pequeña caja en la mano, Sydney sintió que la sangre se le congelaba en las venas.

-No, Mikhail, por favor...

Abrió la caja. Contenía un anillo de oro, con un precioso rubí engastado.

-El abuelo de mi padre se lo regaló a su esposa. Es un trabajo muy fino de joyería, aunque la piedra es pequeña. Me lo legó a mí porque soy el hijo mayor. Si no te gusta, puedo comprarte otro.

-No, es maravilloso. Pero no puedo aceptarlo. Por favor, no puedo -escondió las manos detrás de la espalda-. No me pidas que lo haga.

-Te lo estoy pidiendo -declaró Mikhail, impaciente-. Dame tu mano.

-No puedo llevar ese anillo -retrocedió un paso-. No puedo casarme contigo.

Sacudiendo la cabeza, le puso el anillo en el dedo.

-¿Ves cómo puedes llevarlo? Te queda un poco grande, pero eso tiene fácil arreglo.

-No -Sydney se lo habría quitado, pero él se lo impidió cubriéndole la mano-. No quiero casarme contigo.

-¿Por qué?

-No quiero casarme con nadie -lo dijo lo más claramente posible-. No quiero arriesgarme a estropear lo que ya tenemos.

-El matrimonio no estropea el amor, sino que lo alimenta.

-Tú no puedes saberlo -le espetó ella-, porque tú nunca has estado casado. Yo sí. Y no quiero volver a pasar por aquello.

-Comprendo -murmuró Mikhail, luchando por dominar su rabia-. Ese marido tuyo te hizo daño, te hizo desgraciada, y piensas que conmigo será igual.

-Maldita sea, yo lo amaba -exclamó con voz quebrada. Se cubrió la cara con las manos mientras empezaba a sollozar.

Desgarrado entre los celos y una inmensa tristeza, Mikhail la abrazó tiernamente.

-Lo siento.

-Tú no lo entiendes.

-Pues déjame entenderlo -le alzó el rostro para besarle las lágrimas-. Lo siento -repitió.

-Mira, no quiero hacerte daño. Por favor, dejemos este asunto en paz.

-Yo no puedo hacerlo. Te amo, Sydney. Te necesito. Te necesito para vivir. Explícame por qué no quieres aceptarme.

-Mikhail, yo no puedo pensar en el matrimonio. Administrar Hayward representa una gran responsabilidad, y necesito centrarme en mi carrera.

-Eso es una cortina de humo que encubre el verdadero motivo.

-De acuerdo -recuperándose un tanto, se apartó de él-. No creo que pudiera soportar un nuevo fracaso, y volver a perder a alguien al que amo. El matrimonio transforma a la gente.

-¿Cómo te transformó a ti?

-Yo amaba a Peter, Mikhail. No como te amo a ti, pero lo amaba más que a nadie. Era mi mejor amigo. Crecimos juntos. Cuando mis padres se divorciaron, él fue la única persona con la que pude contar. Se preocupaba realmente por cómo me sentía, por lo que pensaba, por lo que quería.

-Y te enamoraste.

-No -negó, entristecida-. Nos enamoramos los dos. Siempre estábamos juntos. Sin darnos cuenta empezamos a convencernos, a dar por seguro de que algún día nos casaríamos. Todo el mundo decía que formábamos una pareja perfecta, que estábamos hechos el uno para el otro... Supongo que, de oírlo tanto, llegamos a creérselo. De todas formas era lo esperado, y ambos fuimos educados para hacer lo que se esperaba de nosotros... -se enjugó las lágrimas-. Yo siempre he seguido las reglas. Se esperaba que estudiara en internados y universidades y alcanzara las notas más altas. Lo hice. Se esperaba que me comportara siempre de una manera convenientemente recatada, disimulando los sentimientos y las emociones inaceptables. Lo hice. Se esperaba que me casara con Peter. Y lo hice.

Mikhail la contemplaba atento, sin perderse una palabra de aquella sorprendente confesión.

-Así que nos casamos con veintidós años, una edad aceptable para el matrimonio. Supongo que ambos pensábamos que todo saldría bien. Después de todo, nos conocíamos desde que éramos niños, nos gustaban las mismas cosas, nos comprendíamos. Nos queríamos. Pero no salió bien. Casi desde el principio, desde la luna de miel en Grecia. Los dos amábamos el país. Y ambos pretendimos que la parte física de nuestra relación estaba bien. Por supuesto, no lo estaba, y cuanto más fingíamos, más nos íbamos distanciando. Regresamos a Nueva York para que Peter pudiera ocupar su puesto en el negocio familiar. Yo me encargaba de decorar la casa, daba fiestas... Pero nuestra relación no funcionó.

-Fue un error -pronunció Mikhail con tono suave.

-Sí lo fue. Un error que cometí, del que fui responsable. Perdí a mi mejor amigo, y antes de que pudiera darme cuenta, el amor se había evaporado. Ya solo había discusiones y acusaciones. Si yo era frígida, me decía, ¿por qué no podía tener derecho a buscar un poco de calor con otra mujer? Pero guardábamos las apariencias: eso era lo esperado. Y cuando nos divorciamos, lo hicimos de la manera más fría y civilizada posible.

-Nuestro caso no es el mismo -le dijo Mikhail, acercándosele.

-No, no lo es. Y no dejaré que lo sea.

-Sigues dolida por algo que te sucedió, no por algo que hiciste -le acunó el rostro entre las manos cuando vio que negaba con la cabeza-. Sí. Necesitas olvidarte de ello y confiar en lo que tenemos. I

Yo te daré tiempo.

-No -desesperada, le sujetó las muñecas-. ¿Es que no te das cuenta de que es lo mismo? Me amas, así que esperas que me case contigo, porque eso es lo que quieres... lo que consideras que es lo mejor...

-Necesito compartir mi vida contigo. Quiero vivir contigo, tener hijos contigo. Verlos crecer. Hay una familia dentro de nosotros, Sydney.

Se apartó bruscamente. Sabía que él nunca la escucharía. Nunca la comprendería.

-El matrimonio y la familia no figuran en mis planes -declaró, con un tono súbitamente frío-. Vas a tener que aceptar eso.

-¿Aceptarlo? Tú me amas. Soy lo suficientemente bueno para eso, ¿no? Lo soy para que te acuestes conmigo, pero no para que cambies esos planes que tienes. Y todo porque antes te contentaste con seguir las reglas establecidas, en vez de escuchar a tu propio corazón.

-Lo que estoy siguiendo ahora es mi sentido común -se dirigió hacia la puerta-. Lo lamento, pero no puedo darte lo que quieres.

-No te irás a casa sola, a estas horas.

-Creo que lo mejor es que me marche.

-Si quieres marcharte, hazlo -le abrió la puerta-. Pero yo te llevaré.

Hasta que se dejó caer en su cama, sollozando, no se dio cuenta de que todavía llevaba el anillo que él le había regalado.

12

Más que enterrarse en su trabajo durante los dos días siguientes, fue su trabajo lo que la enterró a ella. Sydney solo esperaba que eso, al menos, sirviera de algo. Se suponía que mantenerse ocupada era bueno para el ánimo. Pero entonces... ¿por qué el suyo seguía tan decaído?

Cerró el contrato más importante de su corta trayectoria en Hayward, contrató una nueva secretaria para descargar de trabajo a Janine y presidió con éxito un pleno del consejo de administración. Las acciones de Hayward habían experimentado una subida de varios puntos durante los diez últimos días. El consejo estaba encantado con ella.

Pero ella seguía sintiéndose fatal.

-El agente Stanislaski por la línea dos -la informó su nueva secretaria por el intercomunicador.

-Stan... oh -su ánimo se elevó de inmediato, para luego caer bruscamente. El agente: debía de tratarse del hermano de Mikhail-. Sí, acepto la llamada, gracias -forzó una sonrisa-. ¿Alex?

-Hola, Sydney. Pensé que querría ser la primera en saberlo. Acaban de traer a tu viejo amigo Lloyd Bingham para un interrogatorio. Está detenido.

-Entiendo -su sonrisa se evaporó.

-El investigador del seguro siguió tu consejo y lo estuvo vigilando. Ayer se entrevistó con un par de tipos y les entregó un dinero. Una vez que los capturamos, cantaron más y mejor que Springsteen.

-Entonces Lloyd contrató a esa gente para que destrozaran los apartamentos.

-Eso es lo que han reconocido ellos. No creo que vuelvas a tener problemas con él al menos durante una buena temporada.

-Me alegro de oír eso.

-Fuiste muy sagaz al decirle lo que le dijiste: mordió el cebo. Tienes tanto cerebro como belleza... -le dijo con un suspiro que casi volvió a arrancarle otra sonrisa-. ¿Por qué no nos vamos tú y yo a pasar un par de días a Jamaica? ¿Para hacer enfadar a Mikhail?

-Me temo que ya está bastante enfadado.

-Hey, ¿es que te está haciendo pasar un mal trago? Ya sabes que siempre puedes recurrir al tío Alex -como ella no respondió, abandonó su tono bromista-. No le hagas mucho caso a Mik, Sydney. Tiene sus cambios de humor, eso es todo. Es un artista. Está loco por ti.

-Lo sé. Quizá podrías llamarle tú para darle la noticia de Lloyd.

-Claro. ¿Quieres que le diga algo más?

-Dile que... no -se corrigió-. No, ya se lo he dicho. Gracias por llamar, Alex.

-De nada. Llámame en cuanto cambies de idea con lo de Jamaica.

Sydney colgó, ansiando sentirse tan animada como parecía estarlo Alex a juzgar por su voz. Y tan feliz. Y tan desenfadada. Pero Alex no estaba enamorado. Y él no había acabado destrozando sus propios sueños.

¿Era eso lo que se había hecho a sí misma?, se preguntó mientras se levantaba del escritorio. ¿Había saboteado sus propios anhelos? No; había evitado que tanto ella como el hombre al que amaba cometieran un error. El matrimonio no era siempre la respuesta: su propia experiencia se lo había demostrado. Y la de su madre. Una vez que Mikhail se tranquilizara y asumiera su postura, todo volvería a ser como antes.

¿A quién quería engañar? Mikhail era demasiado tozudo, demasiado terco, estaba demasiado seguro de sí mismo para acabar cediendo. ¿Y si él le había dicho su última palabra? ¿Y si se trataba de un asunto de todo o nada? ¿Qué haría ella entonces? Tomó un clip y empezó a retorcerlo mientras caminaba nerviosa por la oficina. Si era un problema de perderlo o de arriesgarse a perderlo...

Dios, necesitaba hablar con alguien. Dado que no podía hacerlo con Mikhail, le quedaban muy pocas opciones. Una vez le había contado sus problemas a Peter, pero eso era... Se interrumpió. Eso era la fuente del problema. Y, quizá también, la solución. Sin darse tiempo para pensarlo, salió apresurada del despacho y entró en el de Janine.

-Tengo que ausentarme un par de días -la informó, sin preámbulo alguno.

-Pero... -se levantó de su escritorio, asombrada.

-Sé que todo esto es muy rápido, y muy poco conveniente, pero no puedo evitarlo. No hay ningún asunto importante pendiente en este momento, así que te arreglarás bien.

-Sydney, tienes tres entrevistas para mañana.

-Hazte tú cargo de ellas. Tan pronto como llegue a donde tengo que ir, te llamaré.

-Pero Sydney -Janine la siguió hasta la puerta-. ¿Adonde vas?

-A ver a un viejo amigo.

Menos de una hora después de que Sydney abandonara apresurada la oficina, entró Mikhail. Ya estaba hartó. Le había concedido dos días para que entrara en razón, y ya se le había acabado el tiempo. Iban a tener que resolver su situación ya.

Sin detenerse, saludó a la nueva secretaria con un movimiento de cabeza y abrió la puerta del despacho de Sydney.

-Perdón, pero no puede...

Mikhail se giró en redondo hacia ella.

-¿Dónde diablos está?

-La señora Hayward no está en su despacho. Me temo que tendrá que...

-Si no está aquí, ¿dónde diablos...?

-Yo me encargo de esto, Carla -murmuró Janine desde el umbral.

-Sí, señorita -Carla se apresuró a retirarse, aliviada.

-La señora Hayward no se encuentra aquí, señor Stanislaski. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

-Decirme dónde está.

-Me temo que no puedo. Solo sé que se ha ausentado de la ciudad por un par de días. Se marchó de repente y ni siquiera me dijo adonde iba.

-¿Fuera de la ciudad? -miró ceñudo su escritorio vacío, y luego a Janine-. Ella nunca abandona así su trabajo.

-Reconozco que es muy inusual. Pero tengo la sensación de que se trataba de algo muy importante. Estoy segura de que llamará. Yo le transmitiré su mensaje.

Mikhail pronunció un juramento en ucraniano y salió de la oficina con el mismo apresuramiento con el que había entrado.

-Creo que será mejor que se lo diga usted en persona -murmuró Janine, en la oficina desierta.

Veinticuatro horas después de dejar su oficina, Sydney se encontraba en Georgetown, en Washington, frente a la casa en la que se había establecido Peter después de que se divorciaran. La adrenalina corría por sus venas. El impulsivo trayecto al aeropuerto, o el rápido viaje en avión, había resultado fácil. Incluso la llamada a Peter

para solicitarle una hora de su tiempo no había sido algo tan terrible. Pero aquel último paso... se le presentaba casi como imposible.

Hacía cerca de tres años que no lo veía. De repente se dijo que aquello era ridículo: hablar con Peter no cambiaría nada. Aun así, se sorprendió a sí misma subiendo los escalones del porche de aquella preciosa y antigua casa, y haciendo sonar la pesada aldaba de bronce.

Abrió el propio Peter. Parecía el mismo de siempre. Alto, rubio y esbelto, muy elegante con sus pantalones de color caqui y su camisa de lino. Pero en sus ojos verdes no se distinguía el menor brillo de calor, ni de placer por verla allí.

-Hola, Sydney -le dijo, haciéndose a un lado para dejarla entrar.

-Gracias por dejarme venir, Peter.

-Dijiste que era importante.

-Para mí, sí.

-Bueno -sin saber qué añadir, la guió por el pasillo hasta el salón.

Las maneras de ambos eran impecables. Sydney le hizo los amables comentarios de rigor sobre la casa, y él la invitó cortésmente a sentarse y a tomar una copa.

-Parece que estás muy bien establecido en Washington.

-Sí -tomó un sorbo de vino mientras ella se limitaba a hacer girar su copa entre los dedos, sin beber. La veía nerviosa. La conocía demasiado bien para no reconocer los síntomas. Por lo demás, estaba tan encantadora como siempre. Le dolía. Detestaba sentir ese dolor solo de verla. Y la mejor manera de sobrellevar ese dolor era ir directamente al grano-. ¿Qué puedo hacer por ti, Sydney?

«Somos dos extraños», se dijo de nuevo Sydney con la mirada clavada en su copa. Se conocían de toda la vida, habían estado cerca de tres años casados, y aun así eran como dos extraños.

-No sé por dónde empezar.

-Inténtalo -se recostó en su sillón, haciéndole un gesto de ánimo.

-Peter, ¿por qué te casaste conmigo?

-¿Perdón?

-Quiero saber por qué te casaste conmigo.

Había esperado cualquier cosa menos aquello. Cambiando de postura, tomó otro sorbo de vino.

-Por las razones habituales, supongo.

-¿Me amabas?

-Tú sabes que sí -le brillaron los ojos.

-Sé que nos queríamos. Tú eras mi amigo -apretó los labios-. Mi mejor amigo.

Peter se levantó para servirse más vino.

-Éramos unos críos.

-No cuando nos casamos. Éramos jóvenes, sí, pero no unos niños. Y seguíamos siendo amigos. No sé cómo pudo estropearse todo tanto, Peter, o lo que pude hacer yo para estropearlo, pero...

-¿Tú? -la miró fijamente, con la botella en una mano y la copa en la otra-. ¿Qué quieres decir con eso de que tú lo estropeaste?

-Te hice muy desgraciado, terriblemente desgraciado. Sé que era un fracaso en la cama, y que eso enturbió toda nuestra relación hasta un punto en que ya ni soportabas tenerme cerca.

-Tú no querías que te tocara -le espetó él-. Maldita sea, era como hacer el amor con...

-Con un iceberg -terminó Sydney por él, rotunda-. Eso es lo que me decías. Luchando contra la culpa que sentía, Peter dejó la copa sobre la mesa.

-Te dije muchas cosas, y tú a mí. Y creía haber superado todo aquello hasta que oí tu voz esta tarde, cuando me llamaste.

-Lo siento -se levantó, tensa-. Creo que he empeorado las cosas viniendo aquí. Lo siento, Peter. Me voy.

-Era como hacer el amor con mi hermana -las palabras resonaron en la habitación, a borbotones, haciendo que Sydney se detuviera en seco-. Maldita sea, Sydney. No podía... Nunca pude superar esa sensación para, bueno, hacerte mi esposa, consumir nuestro matrimonio. No podía. Y eso me fue alejando de ti.

-Yo creía que me odiabas.

-Era más fácil intentar odiarte que admitir que era incapaz de excitarte, ni de excitarme yo mismo -dejó con fuerza la botella sobre la mesa.

Confundida por sus palabras, dio un paso hacia él.

-Sabía que no podía satisfacerte en la cama... antes de que tú me lo dijeras, yo ya lo sabía. Y tuviste que buscar en otra parte lo que yo no podía darte.

-Te engañé -le confesó-. Mentí y engañé a mi mejor amiga. Detestaba la manera en que habías empezado a mirarme, la manera en que yo había empezado a mirarme a mí mismo. Cuando lo descubriste, tuve el descaro de echarte la culpa a ti. Diablos, Sydney, por aquel tiempo apenas nos dirigíamos la palabra. Excepto en público.

-Lo sé. Y recuerdo cómo reaccioné, las terribles cosas que te dije. Mi orgullo me hizo perder un amigo.

-Yo también perdí una amiga. Nunca, en toda mi vida, he lamentado nada tanto como eso -fue hacia ella y le tomó una mano-. -Tú no estropeaste nada, Syd. Al menos, sola, no.

-Necesito un amigo, Peter. Necesito desesperadamente un amigo.

Peter le enjugó una lágrima con el pulgar.

-Vamos -sonriendo, sacó un pañuelo y se lo entregó-. Suénate la nariz y sentémonos otra vez.

Sydney lo hizo, aferrándose a su mano.

-¿Fue esa la única razón por la que fracasamos? ¿Porque no funcionábamos en la cama?

-Esa era la razón principal -respondió él-. Aparte de eso, éramos demasiado parecidos. Diablos, Syd, ¿por qué diablos llegamos a casarnos?

-Porque eso era lo que nos decía todo el mundo.

-Es verdad.

Reconfortada, se llevó su mano a la mejilla.

-¿Eres feliz, Peter?

-Lo intento. ¿Y tú? ¿Qué tal te va a ti, presidenta Hayward?

-Te llevarías una buena sorpresa al enterarte...

-Me sentí orgulloso de ti.

-No lo hagas. Me vas a hacer llorar otra vez.

-Tengo una idea mejor -la besó en la frente-. Vamos a la cocina. Te prepararé un sándwich y me lo contarás todo.

Resultó bastante fácil. Hubo alguna incomodidad, cierta cautela, pero el vínculo que durante años los había unido terminó fortaleciéndose, en vez de romperse. Lenta, cuidadosamente, se fueron liberando de la tensión anterior. Mientras tomaban café, Sydney intentó contarle el resto.

-¿Has estado alguna vez enamorado, Peter?

-Sí, de Marsha Rosenbloom.

-Eso fue cuando teníamos catorce años.

-Pues sí. Estaba profundamente enamorado -le sonrió-. Pero ya he escapado a ese tipo particular de locura.

-Si lo estuvieras, si de repente te enamoraras de alguien... ¿te plantearías casarte otra vez?

-No lo sé. Me gustaría pensar que esta vez sí que podría hacerlo bien, pero no lo sé. ¿Quién es él?

-Un artista. Esculpe y talla madera, y trabaja también de carpintero. Hace muy poco tiempo que lo conozco, desde junio.

-Te mueves rápido, ¿eh, Sydney?

-Sí. Eso forma parte del problema. Con Mikhail, todo sucede muy rápido. Es tan expansivo, tan expresivo, tan lleno de emoción. Como sus obras, supongo.

Peter, sumando dos y dos, inquirió:

-¿El ruso?

-Ucraniano -lo corrigió ella.

-Oh, vaya, Stanislaski, ¿no? En la Casa Blanca tienen una pieza suya.

-¿Ah, sí? -sonrió-. No me dijo nada. Me llevó a su casa para presentarme a su familia, que es maravillosa, pero no me dijo que había un trabajo suyo en la Casa Blanca. Es un buen ejemplo de cómo elige sus prioridades...

-Y tú estás enamorada de él.

-Sí. Quiere casarse conmigo -sacudió la cabeza-. Recibí dos peticiones de matrimonio en una misma noche. Una de Mikhail, y la otra de Channing Warfield.

-¡Dios mío, Sydney, Channing no! No es para nada tu tipo.

-¿Por qué? -le preguntó, haciendo a un lado su taza e inclinándose hacia él.

-En primer lugar, carece de sentido del humor. Te aburrirías mortalmente con él. Lo único que le interesa del negocio de su papá es invitar a sus clientes a comer. Y su único y verdadero amor es su propio sastre.

Sydney sonrió, sincera.

-Te he echado de menos, Peter.

-¿Qué me dices de tu artista ucraniano? -le preguntó mientras le tomaba la mano de nuevo.

-No tiene sastre, ni se lleva a sus clientes a comer. Y me hace reír mucho. Peter, no podría soportar casarme con él y fracasar de nuevo.

-Poco puedo decirte. Si yo fuera tú, no escucharía los bienintencionados consejos de nadie.

-¿Pero me darías tú alguno?

-Te daré uno. No apliques a tu relación con él la desastrosa experiencia que vivimos tú y yo. Simplemente pregúntate algunas cosas: ¿te hace feliz? ¿Confías en él? ¿Cómo te imaginas tu vida con él? ¿Cómo te la imaginas sin él?

-¿Y cuando tenga las respuestas?

-Para entonces ya sabrás lo que tienes que hacer -le besó la mano-. Te quiero, Sydney.

-Yo también.

«Busca respuestas a esas preguntas», se recordó Sydney mientras pulsaba el botón del ascensor en el vestíbulo del edificio donde vivía Mikhail. Habían pasado

veinticuatro horas desde que Peter le hizo la lista de esas preguntas, pero todavía no se había permitido pensar en ellas.

O, más bien, no había tenido necesidad de hacerlo, se corrigió al tiempo que entraba al ascensor. Porque ya sabía las respuestas. ¿La hacía Mikhail feliz? Sí, locamente feliz. ¿Confiaba en él? Sin reserva alguna. En cuanto a su vida con él, sería una continua serie de emociones, exigencias, discusiones, risas. ¿Y su vida sin él? Nada: un espacio en blanco.

Sencillamente no podía imaginársela. Así que ya sabía lo que tenía que hacer. Si acaso no era demasiado tarde...

Cuando salió del ascensor, le llegó un aroma a madera fresca. Alzó la mirada para descubrir que ya habían puesto el falso techo del tejado. Solo quedaba pintarlo. Se dijo que Mikhail había hecho un buen trabajo. En un lapso muy corto de tiempo, había reformado por completo un antiguo y desvencijado edificio. Nerviosa, llevándose una mano al pecho, llamó a su puerta. Y esperó.

No se oía nada, ningún ruido del interior. Ni música, ni el sonido de sus herramientas, ni nada. No podía haberse acostado tan temprano: apenas eran las diez. Llamó otra vez, más fuerte.

De repente se abrió la puerta, pero no la de Mikhail, sino la del otro lado del pasillo. Keely asomó la cabeza. Al descubrir quién era, su habitual expresión amable y risueña se ensombreció.

-No está -le dijo. No sabía los detalles, pero estaba segura de una cosa: aquella era la mujer que había logrado deprimir tanto a Mikhail durante los últimos días.

-Oh -exclamó Sydney, desolada-. ¿Sabes dónde puede estar?

-Fuera -Keely procuró no dejarse conmover por la inmensa tristeza que distinguía en sus ojos.

-Entiendo. Entonces lo esperaré.

-Como quieras -repuso la joven, encogiéndose de hombros. ¿Qué le importaba a ella que aquella mujer estuviera obviamente enamorada? Esa mujer había herido a su amigo. Como actriz que era, se ufanaba de poder reconocer el estado de ánimo de la gente detrás de sus actos. Durante los últimos días Mikhail había estado muy furioso, pero en el fondo se había sentido muy dolido. Y todo por culpa de ella. ¿Qué importaba que ella también sufriera?

Por supuesto que importaba. El buen corazón de Keely pudo más que su voluntad.

-Escucha, probablemente vuelva pronto. ¿Quieres tomar algo?

-Oh, no, gracias. No hace falta. ¿Qué tal tu apartamento?

-Mejor que nunca. El horno nuevo funciona maravillosamente -incapaz de contener su amabilidad, Keely se apoyó en el marco de la puerta-. Bueno, todavía quedan algunos desperfectos... sobre todo con los daños que hicieron esos idiotas -se le iluminó de repente la cara-. Hey, ¿sabías que arrestaron a un tipo?

-Sí. Lo siento. Estaba resentido conmigo, y lo pagó con otros.

-No es culpa tuya que ese tipo sea un miserable. Al final sacaron el agua del apartamento de la señora Wolburg, y Mik borró la pintura de las paredes. El se encargó de todo.

Sí; Sydney conocía bien a Mikhail. Eso era de suponer en él.

-¿Sabes si resultaron muy afectadas las cosas de la señora Wolburg?

-Las alfombras se han estropeado. Y tiene muchísimas cosas empaçadas, pero se le secarán y quedarán como antes. Su nieto se pasó por aquí, y nos dijo que seguía

mejorando: está loca por volver a casa. Habíamos pensado en prepararle una fiesta de bienvenida para el mes que viene. Quizá te gustaría asistir.

-Yo...

Ambas se volvieron al oír el chirrido del ascensor. En el momento en que se abrieron las puertas, se oyeron dos profundas voces entonando una canción folklórica ucraniana, y acto seguido aparecieron los dos hombres, abrazados. Ambos estaban algo bebidos y bastante desastrados, y por la manera en que se abrazaban, resultaba imposible saber quién sostenía a quién. Sydney fue la primera que vio la sangre: manchaba la camisa de Mikhail, procedente de los cortes que tenía en la ceja y el labio.

-Dios mío.

El sonido de su voz hizo que Mikhail levantara la cabeza como movido por un resorte. Su sonrisa dejó paso a una sombría mueca mientras su hermano y él se detenían en seco.

-¿Qué quieres? -le preguntó con un tono nada invitador.

-¿Qué os ha pasado? -ya se dirigía apresurada hacia ellos-. ¿Ha habido un accidente?

-Hey, Sydney -Alex desplegó su más cautivadora sonrisa, aunque le costaba abrir el ojo izquierdo debido a la hinchazón que tenía-. Esta noche hemos tenido fiesta. Deberías haber estado allí, ¿verdad, hermanito?

Mikhail respondió dándole un codazo, que ella interpretó como un gesto de afecto, ya que a continuación lo abrazó y besó en las mejillas a modo de despedida.

-¿Qué ha pasado? -inquirió Sydney volviéndose hacia Alex, mientras Mikhail buscaba las llaves del apartamento en sus bolsillos-. ¿Quién te hizo eso?

-¿El qué? Ah, ¿esto? -se llevó una mano al ojo hinchado, sonriendo-. Oh, Mik siempre ha tenido un buen gancho de izquierda -lanzó una mirada cargada de admiración a su hermano, que ya estaba intentando abrir torpemente la puerta-. Pero lo sorprendí con la guardia baja. No lo habría conseguido si no hubiera estado tan bebido -apoyándose en la puerta de Keely, añadió-. Hey, Keely, preciosa, ¿tienes algo de comer en tu casa? ¿Algún filete crudo?

-No -respondió, pero como se compadeció de aquel estúpido, lo agarró del brazo-. Venga. Te meteré en un taxi.

-Vamos a bailar -le sugirió Alex mientras ella lo acompañaba al ascensor-. ¿Te gusta bailar?

-Me encanta -respondió, metiéndolo en el ascensor, y se despidió de Sydney deseándole buena suerte.

Iba a necesitarla, pensó Sydney en el instante en que siguió a Mikhail al interior de su apartamento.

-Te has estado peleando con tu hermano -lo acusó.

-Sí. ¿Y qué? ¿Preferirías que me hubiera peleado con desconocidos?

-Oh, siéntate -le ordenó, aunque de hecho lo sentó ella en una silla. Fue luego al cuarto de baño, murmurando entre dientes. Cuando volvió con una toalla húmeda y un frasco de antiséptico, estaba de pie otra vez, apoyado en el alféizar de la ventana e intentando despejarse la cabeza-. ¿Estás mal?

-A los Stanislaski el vodka nunca les sienta mal.

-De acuerdo, entonces solo estás borracho -le señaló la silla-. Anda, siéntate. Te lavaré la cara.

-No necesito que me cuiden -protestó, pero así y todo se sentó.

-Lo que necesitas es una niñera -inclinándose hacia él, empezó a limpiarle el corte de la ceja mientras Mikhail se contenía de abrazarla-. Salir por ahí a beber y pelearte con tu hermano, ¿a quién se le puede ocurrir algo tan estúpido?

-Pues me he sentido bien -la miró ceñudo.

-Oh, estoy segura de que debe de ser maravilloso sentir el golpe de un puño en el ojo. Puedo imaginarme la cara que pondría tu madre si te viera ahora.

-No me diría nada. Nos pegaría a los dos -se quejó débilmente cuando Sydney vertió un poco de antiséptico en la herida-. Incluso cuando empieza él, nos pega a los dos -explicó, indignado-. Siempre me he preguntado por qué.

-Estoy segura de que siempre os lo habéis merecido. Eres un idiota -vio que tenía los nudillos magullados-. Te dedicas a la escultura, maldita sea. No tiene sentido que te lastimes así las manos.

Por dentro, Mikhail se sentía encantado de que Sydney lo estuviera cuidando y atendiendo; incluso su regañina le gustaba. En cualquier momento la sentaría en su regazo para suplicarle que...

-Yo hago lo que quiero con mis manos -declaró. Y pensó en lo que le habría gustado hacer con ellas en aquel preciso momento...

-Ya. Haces lo que te gusta, y punto -le espetó Sydney mientras le curaba los nudillos-. Le gritas a la gente, le pegas. Bebes hasta que se te pudre el aliento a alcohol...

No estaba tan bebido como para no reconocer un insulto como aquel. De pronto se levantó y, tambaleándose ligeramente, desapareció en el cuarto de baño. Segundos después Sydney oyó correr el agua de la ducha.

No era así como había planeado que ocurriera, pensó mientras escurría la toalla mojada. Se suponía que tenía que confesarle a Mikhail lo mucho que lo amaba, pedirle que la perdonara por haber sido tan estúpida. Y se suponía que él debía de mostrarse amable y comprensivo, estrechándola entre sus brazos y diciéndole que ella le había hecho el hombre más feliz del mundo... Pero, en lugar de eso, estaba borracho y de un pésimo humor. Y ella se había mostrado gruñona y mordaz. -

Bueno, él se lo merecía. Antes de que pudiera pensárselo dos veces, lanzó contra la pared de la cocina el trapo empapado, que se estrelló contra el azulejo para terminar cayendo al fregadero. Se lo quedó mirando por un instante, y luego miró sus manos. Había tirado algo. Y la sensación era maravillosa.

Mirando a su alrededor, descubrió un taza de plástico y la lanzó al suelo; habría preferido que fuera de cristal. Luego agarró una vieja zapatilla y acababa de hacer lo mismo con ella cuando un ruido en el umbral la hizo volverse. Su mirada se vio directa e inevitablemente atraída por el torso húmedo y desnudo de Mikhail. Perdió el aliento.

-¿Qué estás haciendo?

-Tirar cosas -recogió la otra zapatilla y la lanzó también.

-Te marchaste de repente, sin decirme una palabra... ¿Y ahora vienes y te pones a tirar cosas?

-Así es.

-¿Adonde fuiste?

-Fui a ver a Peter -respondió.

Mikhail hundió las manos en los bolsillos de los vaqueros que acababa de ponerse.

-Me dejaste para ir a ver a otro hombre... ¿Por qué?

-Tenía que verlo, tenía que hablar con él. Y yo...

-Tú me has hecho daño -le espetó. Detestaba admitirlo, pero las palabras le quemaban en la lengua-. ¿Cómo puede importarme recibir puñetazos en la cara cuando ya me has roto tú el corazón? Me estás matando por dentro. Y no puedo defenderme.

-Lo siento -dijo un paso hacia él, pero se detuvo al ver que todavía no estaba dispuesto a aceptarla-. Tenía miedo de hacerte todavía más daño si hacía lo que me pedías. Mikhail, escúchame, por favor. Peter era la única persona que me quería. Mis padres... -sacudió la cabeza-. Mis padres no son como los tuyos. Ellos querían lo mejor para mí, estoy segura, pero su manera de hacerlo era contratando niñeras y comprándome ropa bonita, o enviándome a los mejores internados. No puedes imaginar lo sola que me sentí. Solo tenía a Peter, y luego lo perdí. Lo que siento por ti es mucho más, mucho más importante. Tanto que no sé lo que haría si te perdiera...

Mikhail estaba empezando a aplacarse, a ablandarse. Sydney ejercía también ese efecto sobre él. Por mucho que se esforzara por endurecerse el corazón, ella siempre conseguía derretírselo.

-Fuiste tú la que me dejó a mí, Sydney. Y no yo a ti.

-Tenía que verlo. Le hice mucho daño, Mikhail. Estaba convencida de haber arruinado el matrimonio, la amistad, el amor. ¿Y si hubiera hecho lo mismo con nosotros? -suspirando, se acercó a la ventana-. Y lo más curioso es que Peter estaba arrastrando la misma culpa, el mismo remordimiento, los mismos miedos. Hablar con él, retornar nuestra amistad, lo ha cambiado todo.

-No estoy enfadado porque hayas hablado con él, sino porque desapareciste de repente. Temía que no volvieras nunca.

-Ya he dejado de correr -se volvió hacia él-. Y si fui a ver a Peter, fue porque esperaba volver contigo. Volver de verdad.

Mikhail la miró fijamente, intentando leer en su alma.

-¿Y lo has hecho?

-Sí. Y para siempre -le enseñó la cadena que llevaba al cuello. En su extremo brillaba un rubí, engastado a un anillo de oro.

Estremecido, Mikhail cruzó la habitación y observó la sortija.

-La sigues llevando -murmuró.

-Tenía miedo de ponérmela en el dedo. Necesitaba que me dijeras si todavía querías que la llevara.

La miró fijamente a los ojos antes de acariciarle los labios con los suyos.

-No te lo pedí bien la primera vez.

-No, yo no te contesté bien -le acunó el rostro entre las manos, para besarle, sentirlo de nuevo-. Tú lo hiciste perfectamente.

-Estaba furioso... porque aquel banquero se me había adelantado.

Con los ojos húmedos por las lágrimas, Sydney sonrió.

-¿Qué banquero? Yo no conozco a ningún banquero -bromeó.

Mikhail le desabrochó la cadena para sacar el anillo.

-No lo había planeado así. No había música. -Yo la oigo ahora.

-Tampoco hubo palabras tiernas, ni flores... Emocionada, le besó las manos. - Eso no es lo importante. -Te amo, Sydney -le deslizó la sortija en el dedo-. ¿Quieres casarte conmigo?

-Sí. Aunque creo que ya lo estoy...